

*Selecta*



UNA MENTIRA  
*al día*

Unidos por el amor V

FERNANDA SUÁREZ

Una mentira al día

Unidos por el amor 5

*Fernanda Suárez*

*Selecta*

# Índice

[Una mentira al día](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Fernanda Suárez](#)

**Al corazón es al único que nunca se le puede mentir,  
no importan las palabras cuando los sentimientos son  
la única verdad.**



Lady Elyse Cartler, hermana del marqués de Chelmendley, tenía el firme propósito de ser una solterona a pesar de haber triunfado en su presentación en sociedad, poseer una excelente dote y una belleza envidiable. Sin embargo, no estaba interesada en casarse con ninguno de los caballeros, ya una vez llegó a estar enamorada y rompieron su corazón.

Sus pocos planes se destruirán por completo cuando el mismo caballero que hizo añicos su corazón intente ganar su amor, y ni las mentiras, esas que usa a modo de protección, podrán salvarla de sus verdaderos sentimientos.

Andrew Dunne, heredero al condado de Warrington, no tenía más propósito en la vida que el de salvar el patrimonio que le dejó su padre. No estaba dispuesto a perderlo todo por las deudas que heredó al recibir el título. No pensaba en casarse teniendo en cuenta que su situación económica no era la mejor. Además de que ninguna mujer llamaba su atención como para llevarlo a plantearse la posibilidad de un matrimonio... O así era hasta que la dama que en otra ocasión lo encandiló aparece una vez más frente a él.

Una historia en la que las mentiras dejan de ser un escudo de protección para convertirse en un muro que puede terminar separándolos.

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prólogo

Elyse caminaba tranquilamente por el salón mientras se divertía observando las actitudes de las jóvenes casaderas y sus estúpidas reacciones cuando algún caballero decidía convertirla en su foco de interés, pero cuando cierto hombre llamó su atención, su buen humor desapareció. Era apuesto, sin lugar a dudas, pero seguro que era un libertino y millonario noble que tenía como propósito enamorar a todas las jóvenes que se le cruzaban por el frente, un idiota más en el mundo, el idiota que rompió su corazón, aunque él aún no lo supiera; se giró y respiró profundo, no era el momento de traer malos recuerdos a colación.

Suspiró y caminó hasta una de las sillas ubicadas en uno de los rincones del salón, tomó asiento despreocupadamente, hacía mucho que había entendido que las normas de la aristocracia eran solo una excusa «válida» que daba a la sociedad la libertad de criticar lo que ellos consideraban correcto o incorrecto. Era ridículo, esas personas debían buscarse algo más interesante para hacer que molestarle la vida a los demás, así que había decidido vivir sin preocupaciones, después de todo, siempre encontrarían motivos para molestar.

—Si estuvieras más dispuesta a charlar con un par de caballeros, seguro que tu carné de baile no tendría suficiente espacio para todos aquellos que desean compartir una pieza contigo —dijo su hermano al sentarse a su lado, ella sonrió y se encogió ligeramente de hombros.

—No es que me preocupe el no tener pareja para el siguiente baile.

—¿Por qué te comportas así, Elyse? Es extraño, has tenido lo que cualquier jovencita desearía tener para la temporada, pero para ti es como si

simplemente no te importara. ¿Por qué? Sabes que siempre contarás conmigo, pero quiero entenderte. —La joven levantó la mirada y pudo ver cómo el conde de Warrington pasaba por el frente mientras llevaba a una de las jóvenes a la pista de baile. La rabia creció en su interior y tuvo que respirar profundo antes de responder a su hermano, no quería que él notara lo que sentía en su interior.

—No pasa nada, Enrique, estoy perfecta, es solo que ahora tengo otra percepción de lo que es bueno y lo que es malo. —Era una respuesta corta pero sincera, estaba tan acostumbrada a esconder su realidad que ya hasta se le hacía extraño hablar con la verdad, pero a la única persona en el mundo a la que odiaba mentirle era a su amada familia, su adorado hermano, Enrique Cartler, marqués de Chelmendley.

—¿Segura que no es por un caballero, un amor no correspondido? —Ella puso su mejor sonrisa y miró a su acompañante directamente a los ojos, era el momento de usar su mejor cualidad, una que había perfeccionado con el paso del tiempo.

—Nunca me he enamorado, querido Enrique, así que puedes estar tranquilo, mi corazón está intacto y no creo que cualquier idiota que se crea caballero llegue a él. —La mirada en los ojos de su hermano le confirmó que había creído en sus palabras, pero ese incómodo sentimiento en el pecho apareció de nuevo.

Tiempo atrás, aprendió que era muy buena mintiendo y, con el paso del tiempo, solo lo perfeccionó, para ese entonces ya era capaz de mentirle a cualquier persona con tal naturalidad que era imposible detectar el error, había aprendido que la sinceridad solo servía para darle a una persona el poder de lastimarte. Una mentira al día salvaría su vida, salvaría su corazón.

«Maldito seas, Andrew Dunne, te odio, te odio con todas las fuerzas de mi corazón», pensó la joven con tristeza.

—Bien, pero al menos espero ser digno de ti, regálame, aunque sea, un baile, pequeña. —Ella se abrazó a su hermano importándole poco los presentes y dejó un beso en su mejilla; lo adoraba, daría su vida por él.

—Tú puedes pedir tantos bailes como gustes, que siempre serás complacido. —Tomó su mano y lo siguió a la pista.

Andrew bailaba con una joven dama, hermosa, pero no lo suficiente, pues su mirada seguía empeñada en buscar a cierta señorita sentada lejos de la pista de baile. Era lo más cerca que la había tenido desde hacía por lo menos un año, pues cuando la conoció, ella no había sido presentada en sociedad, pero seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida; solía arrepentirse de sus actos muy seguido, pero poco podía hacer, sin embargo, había estado observándola sin que ella lo notara y había visto una extraña oscuridad en sus ojos, una que llamaba su atención, el brillo había desaparecido.

—¿Sucede algo, milord? Parece distraído —murmuró la joven, no recordaba su nombre, pero el caballero puso su mejor sonrisa, esa que solía facilitarle sus conquistas, y habló con tranquilidad y soltura.

—Nada, milady, nada que deba preocuparle.

## Capítulo 1

Ese día, Elyse había decidido escaparse de casa y correr hacia los árboles plantados en la parte trasera de la casa de campo de su familia. No hacía mucho que había regresado de la escuela para señoritas y no había sido sencillo distraer a su institutriz, pero necesitaba salir de ese encierro, pues ese día se cumplían cuatro años de la muerte de sus padres, los marqueses de Chelmendley, y el único lugar en el que podía encontrar un poco de paz y tranquilidad para poder pensar en ellos era en medio de los árboles y las flores, quería recordarlos, sus sonrisas, sus caricias, la forma en que su madre la abrazaba, los extrañaba.

Se detuvo cuando apenas se podía divisar la casa a sus espaldas, se dejó caer en el césped con un suspiro y cerró los ojos, seguro que aquello le causaría una buena reprimenda por parte de su institutriz, pues su vestido terminaría lleno de tierra y muy arrugado, pero olvidando el asunto, se dejó caer de espaldas, sentir cómo el sol caía sobre su rostro era algo realmente placentero, a veces deseaba poder quedarse allí toda la vida.

El galopar de un caballo la sacó de sus pensamientos y sobresaltada se sentó, miró a lado y lado, pero no vio nada, por lo que decidió ponerse de pie, esperaba ver a su hermano, seguro que al enterarse de que no estaba en casa había salido a buscarla, pero el caballero que se detuvo frente a ella, montado en un enorme y elegante caballo negro, no era su hermano, era un hombre alto de cabello negro y ojos azules, con un traje de montar azul oscuro y una sonrisa curvando sus labios que la hizo suspirar.

—Discúlpeme, no quería asustarla, no sabía que había alguien por aquí —

dijo quitándose el sombrero e inclinando su cabeza en una pequeña reverencia. Ella, en medio de sus nervios, hizo un torpe movimiento como intento de reverencia, pero terminó pisando su vestido y cayó al suelo; estaba por levantarse cuando el caballero en cuestión ya estaba a su lado tomándola del brazo para impulsarla hacia arriba. Aquello estaba mal, muy mal, ella aún no había sido presentada en sociedad, apenas tenía quince años y si algo había aprendido, era que su deber era permanecer alejada de todo y de todos, no podía estar lejos de su casa y mucho menos sola; si su hermano o su institutriz llegaban a saberlo, estaría en serios problemas, pero era que ese hombre era tan guapo que la había dejado sin palabras. Y a todo aquello había que sumarle que no habían sido presentados.

—Estoy bien —fue lo único que pudo decir con la poca voz que le salió, un murmullo que apenas si se escuchó; se alejó de él como si su tacto le quemara, alisó su falda y esquivó su mirada tanto como le fue posible, pero era un trabajo más difícil de lo que esperó, por lo que estaba obligada a usar más fuerza de voluntad de la que le hubiera gustado.

—Tranquila, sé que un encuentro así es poco común y muy indebido, entiendo que se sienta incómoda, solo quería verificar que se sintiera bien, espero que nos volvamos a encontrar. —Hizo una pequeña reverencia, subió a su caballo y siguió su camino, pero no pudo evitar el voltear y mirar hacia la dama en más de una ocasión, aunque ella ya corría hacia el lado contrario. Nunca la había visto, aunque había estado mucho tiempo fuera y se negaba a asistir a las veladas, pero de seguro que no olvidaría tanta belleza junta.

La joven tenía un cabello castaño claro que casi parecía rubio, era sedoso y muy brillante, y sus ojos, ese par de esferas brillantes de color verde, que aunque era un tono oscuro, eran los ojos más hermosos que había visto en su vida. De seguro era el brillo que primaba en ellos, fiel muestra de su inocencia, su pureza y su gran corazón, que debía ser enorme y lleno de mucho amor, ese era un rostro que, aunque lo intentara, jamás dejaría su memoria, y

esas mejillas sonrojadas terminarían siendo la muerte de algún hombre.

Ese día, Elyse no dejó de sonreír, de suspirar y de soñar despierta, ni siquiera la reprimenda de su institutriz afectó su buen humor, esperaba poder volver a ver al apuesto caballero de ojos azules y cabellos oscuros, quería saber su nombre, volver a conversar con él, disfrutar de la forma en que el sol se reflejaba en sus mechones, aquella sería el inicio de su propia historia de amor, de eso estaba casi segura.

Dos años más tarde, ya estaba disfrutando de su primera temporada social en Londres, los bailes, las salidas a Hyde Park, el teatro, tomar el té y cosas así se convirtieron en su día a día, incluso había hecho buenas amigas, como lady Emily Beickett, hija del marqués de Launderry, le encantaba ir a la modista por nuevos vestidos, comprar sombreros, guantes, joyas, era una experiencia realmente maravillosa.

—No puedo creer que mi pequeña hermanita ya esté en edad casadera. ¿Qué será de mí cuando encuentres con quién casarte? ¡Me abandonarás! — exclamó su hermano con dramatismo cuando la vio bajar por las escaleras con un hermoso vestido color azul cielo. Esa noche asistirían a la velada de los duques de Rutland; ya se moría por bailar.

—Qué exagerado te has vuelto, Enrique, aunque me case, eso no significa que me vaya a vivir al otro lado del mundo, seguirás teniéndome muy cerca. Además, tú ya deberías estar buscando una esposa. ¿Sabes qué diría papá de verte tan decidido a continuar soltero? —El caballero soltó una carcajada y asintió con diversión. Por supuesto que se lo decía, creció escuchando lo importante que era encontrar una buena joven que le diera muchos herederos al título; el anterior marqués, su padre, siempre le dijo que el título debía permanecer en la familia directa, nada de terceros, eso jamás.

—¡Cómo no saberlo! Seguro que me diría que demuestre que soy verdadero hombre y le dé un heredero al título —respondió en medio de las risas—. Es increíble que aún lo recuerdes, cuando murieron eras muy

pequeña. —Ella terminó de bajar las pocas escaleras que le quedaban y lo tomó del brazo para juntos encaminarse hacia la salida, el carruaje ya los esperaba.

—Sí, era muy pequeña, debía tener unos diez u once años de edad, pero los recuerdo. Tanto mamá como papá siempre fueron muy complacientes conmigo, además de cariñosos, claro, no tengo en mi memoria un solo momento en el que no me estuvieran abrazando, sonriendo o complaciendo con alguna cosa. —El marqués asintió y le ofreció su mano para subir al carruaje una vez que el conductor abrió la puerta para ellos. Le encantaba hablar con su hermana sobre sus padres, era la mejor forma de recordarlos, además que a veces le contaba historias que ella no conocía, aquello lo ayudaba a no olvidarlos.

Los antiguos marqueses murieron varios años atrás en un accidente, iban rumbo a una propiedad que poseían cerca de Escocia, querían pasar un par de días solos, como en un segundo viaje de novios, pero en el camino, los caballos se desbocaron al parecer por un animal que vieron y el carruaje cayó por un abismo, lo que acabó así con la vida de todos.

—Claro, recuerdo que cuando mamá quedó embarazada, ambos estaban más que felices, por mucho tiempo pensaron que sería imposible tener otro hijo, pero luego llegas tú para alegrarles los días. Siempre estaban comprándote muñecos y vestidos, decían que la princesa de la casa tendría lo que deseara. Cuando cumpliste diez y les pediste un caballo, buscaron el de mejor raza, no importaba cuánto les costara, y tenía que ser blanco. —Ella tomó asiento junto a su hermano y se abrazó a él. Enrique era la única familia que le quedaba, y no podía quejarse, él no paraba de demostrarle todo el cariño que le tenía.

—Rayo fue el mejor regalo del mundo, nunca olvidaré la risa que le causó a papá cuando elegí el nombre; en mi defensa, apenas tenía diez años. —Su acompañante soltó una carcajada.

—Es que para ser uno de los mejores caballos, ¿cómo pudiste ponerle «Rayo»? —Ambos empezaron a reír, y el camino continuó entre sonrisas y comentarios que los llenaban de felicidad y buenos recuerdos, por lo que, en menos de lo que pensaron, ya estaban en frente de la mansión de los duques.

Luego de saludar a los anfitriones, entraron al salón juntos, ella quiso ir a saludar unas amigas, pero su hermano la detuvo y la llevó hasta donde se encontraban un par de caballeros. Solo podía ver el rostro de uno de ellos, era apuesto, sin duda alguna, y muy elegante, pero nada relevante o especial, por lo menos no a su parecer.

—¡Caballeros! ¡Cómo me alegra volver a verlos! —exclamó el marqués con alegría y emoción al verlos, se acercó y ambos se giraron al verlo, pero en cuanto descubrió la identidad del otro caballero, la joven se quedó sin respiración—. ¡Jaime! Qué bueno volver a verte, Andrew, nos tenías un poco olvidados. —Se dieron un fuerte y masculino abrazo aprovechando que aún no había mucha gente, hacía mucho tiempo que no se reunían todos juntos.

—¡Chelmendley! Me alegra verte tan bien —respondió Jaime, pero entonces la vista de los caballeros se fijó en la dama que traía de su brazo, aunque ella no tenía ojos más que para ver al hombre que durante tantos años había recordado; intentaba observarlo tanto como le era posible sin llegar a ser muy obvia.

—Tengo el placer de presentarles a mi hermana, Elyse Cartler. Hermana, este es Jaime Liamberton, actual conde de Grosvenor y heredero al ducado de Westnster. —El joven tomó su mano y dejó un pequeño beso sobre el dorso de esta a lo que ella respondió con una reverencia, aunque la poca importancia que le causó conocerlo no pasó desapercibida para su hermano—. Y este es Andrew Dunne, heredero al condado de Warrington. —Los labios de la joven se curvaron en una delicada y tierna sonrisa que solo se ensanchó cuando el caballero dejó un beso sobre el dorso de su mano, hecho que tampoco pasó desapercibido para su hermano. Aquello le hizo dudar si de verdad era la

primera vez en que hablaban, la forma en que se miraban no era la normal.

—Es un verdadero placer —respondió el joven Dunne con fina coquetería, no podía creer que, después de tantos años, por fin volvía a ver a la causante de muchas noches en vela durante las que no hacía más que pensar en esos ojos.

El conde de Grosvenor y el marqués de Chelmdendley se enfrascaron en una conversación sobre negocios, aunque este último no dejaba de ver a su hermana.

—Así que lady Cartler, si no me equivoco, no hace mucho que fue presentada en sociedad, ¿estoy en lo correcto? —Sus mejillas se tornaron rosadas, pero ella asintió sin dejar de mirarlo, no iba a permitir que él se diera cuenta de lo nerviosa que la ponía su presencia, había llegado la hora de poner en práctica lo que su institutriz tanto se empeñó en enseñarle: las emociones deben estar ocultas, una dama no debe mostrar sus opiniones a menos que se las pregunten, pues estas siempre debe concordar con sus esposos.

—Efectivamente, esta es mi primera temporada —aquello explicó por qué no volvió a verla. Claro, cuando se la encontró, ella aún no había sido presentada, debía permanecer en casa.

—¿Puedo pedirle el primer baile? —Quería hablar con ella con un poco más de privacidad y la única opción con la que contaba era esa, un baile en el que esperaba que los demás participantes estuvieran enfrascados en sus propias conversaciones para que no hubiera peligro alguno de que escucharan la de ellos.

—Por supuesto, si me disculpan, iré a saludar a unos conocidos. —Las últimas palabras las dijo un poco más alto para que su hermano la escuchara. Hizo una reverencia y se alejó del lugar con el corazón latiendo como loco, seguro que en cualquier momento terminaría saliéndosele del pecho. Ese

encuentro había alterado sus nervios, tantos años esperando el momento en que se volvieran a ver y justo cuando ya empezaba a olvidar el tema y fijarse en otros caballeros, se lo encontraba de frente, ya hasta había empezado a perder la esperanza de volver a verlo, pero estuvo mucho más cerca de lo que nunca imaginó, era amigo de su hermano, eso sí que no se lo esperó, no después de escabullirse por la casa para ver el rostro de los hombres que iban a visitar a Enrique y ver que ninguno de ellos era el joven en cuestión.

Los siguientes minutos avanzaron con lentitud, cosa que solo logró ponerla aún más nerviosa de lo que ya estaba, así que cuando la banda tomó posición y estaba por empezar con los primeros tonos, no le quedó más opción que caminar hacia él y tomar posición.

—Llegué a pensar que no volvería a verla —murmuro él muy bajo esperando haber sido escuchado, no quería que nadie más que ella conociera sus palabras.

—Pensé lo mismo —respondió la joven con nerviosismo, estaba mucho más alterada de lo que le hubiera gustado admitir, no podía creer que estaba teniendo esa conversación con un amigo de su hermano y con Enrique a apenas un par de pasos de distancia.

—Ahora entiendo por qué tuvo esa actitud esa tarde, no había sido presentada en sociedad, pero no se preocupe, como he de suponer, el asunto es un secreto, puede tener la certeza de que de mi boca no saldrá palabra alguna sobre el asunto. —Elyse lo miró con curiosidad. ¿Por qué molestarse en bailar con ella solo para decirle eso? Ese sería el deber de cualquier caballero, además de que había pasado hacía tanto tiempo que poco importaba si alguien llegaba a saberlo, ella se limitaría a negarlo y punto; Enrique la apoyaría.

—Lamento si mi actitud fue grosera, era la primera vez que me encontraba con un hombre a solas y de frente. —Él encogió ligeramente su hombro derecho.

—No se preocupe, se comportó como toda una dama. —Ella solo sonrió ante el comentario, segura de que esos serían los minutos más largos de su vida. Desde que lo vio, no había dejado de pensar en lo que le diría o en lo que sucedería cuando se reencontraran, planeó miles de conversaciones en su cabeza, en todas ellas, ambos relataban pequeñas cosas de su vida y empezaban con una bonita amistad, aunque en sus ojos se notara el ardor que provocaban los sentimientos en su interior, solo les hacía falta un poco de tiempo para descubrir el amor que existía entre ellos. Sí, era una romántica empedernida. Cuando entendió en qué giraban entorno las conversaciones entre una debutante y un caballero, comprendió que muchos de sus sueños nunca se cumplirían, pero no perdía la esperanza de vivir toda una historia de amor junto a él.

—¿Puedo preguntar qué hacía fuera de su casa esa tarde? —Ella sonrió, a pesar de que el día en sí la llenaba de tristeza, él se había encargado de alegrar el momento.

—Mis padres cumplían un año más de fallecidos, quería un poco de paz y eso solo lo consigo en medio de las flores y los colores de la naturaleza, nunca llegué a pensar que podía encontrarme con alguien. —Eso teniendo en cuenta que aún estaban en la propiedad de su familia, por eso no creyó que se encontraría con alguien.

—Es cierto, yo me dirigía a la casa de campo de mi familia, no queda muy lejos de la de su hermano, pero ir por el camino principal me habría tomado demasiado tiempo, así que aprovechando que conozco al marqués y somos buenos amigos, me atreví a entrar para acortar un poco el camino, me habían llegado noticias de que mi padre estaba enfermo, tenía apuro por llegar, pero es algo que no volvió a suceder. —La joven lo miró con preocupación, ella misma entraría a territorio ajeno si su hermano se encontrase enfermo.

—¡Oh, no! Espero que su padre se haya recuperado satisfactoriamente, el resto no importa, si mi hermano no ve problema en ello, yo tampoco. —El

joven heredero al condado la miró con fascinación, ella se estaba preocupando por un hombre que ni siquiera conocía.

—Él se encuentra muy bien de salud —fue lo único que respondió con cierta tristeza, eso era lo único que, por suerte, no aquejaba a su familia, la salud, porque las deudas pronto terminarían hundiéndolos.

Andrew giró sobre sí mismo y notó que la mirada de su amigo estaba fija en ellos, por lo que prefirió guardar silencio durante el resto del baile, pero como quería seguir conversando con ella, y hubiera sido contraproducente pedir un segundo baile, cuando las últimas notas empezaron a sonar, él se acercó a su oído de una forma muy sutil y disimulada, nadie que los viera podría pensar que era un acercamiento indebido.

—Sé que no es lo correcto, pero me gustaría charlar un poco más, así que estaré observándola durante la velada. Cuando pueda, escabúllase hasta alguno de los balcones o las salidas hacia los jardines que, en cuanto pueda, yo la seguiré; puede estar tranquila, su virtud y buena reputación estarán a salvo. Enrique es capaz de matarme si la daño, solo será una conversación, sería difícil compartirlo en medio de los demás invitados sin levantar comentarios. Usted decide, estaré muy pendiente. —Se alejó con la misma sutileza con la que se acercó y complacido miró alrededor y notó que nadie fue consciente de su movimiento. Cuando la música terminó, hizo una reverencia a la dama, se acercó, le ofreció su brazo, que ella aceptó, y la llevó de vuelta junto a su hermano, pero no se alejó.

—Mucho cuidado con Elyse, es mi hermana. Si la haces sufrir, te muelo a golpes —le susurró el marqués con cara de pocos amigos cuando la joven se entretuvo hablando con una de sus amigas sobre el vestido que llevaba esa noche.

—Sabes que no me puedo casar, Enrique, solo quería ser un caballero al invitarla a bailar, no me volveré a acercar —respondió con la vista fija en la joven de ojos verdes y con un incómodo sinsabor en su boca, que solo

empeoró al ver cómo su amigo asentía conforme con su respuesta.

## Capítulo 2

Elyse se sentía nerviosa y a la vez emocionada, de por sí que todo aquello de las veladas, las invitaciones al té y las cabalgatas ya era un ambiente extraño para ella, ni hablar de encuentros fortuitos que, bien sabía, debía evitar a toda costa, pero que aun así la emocionaban a más no poder, así que en cuanto pudo y se vio lejos de la atención de los demás invitados, se escabulló entre las puertas y, como pudo, llegó al jardín.

Su corazón latía a tal velocidad que sentía que en cualquier momento podría salirse del pecho, eso sin contar que su respiración parecía haber enloquecido con lo acelerada que estaba, ni siquiera podía dejar de mover sus manos, pero sorprendentemente, nunca dudó, quería estar justo ahí, esperando por él, ese hombre con el que, estaba segura, tenía una conexión especial, y estaba dispuesta a todo con tal de descubrir si él era el amor de su vida, porque de ser así, ni loca lo dejaba ir.

El heredero al condado, en ningún momento, perdió de vista a la joven, eso sí, siendo tan cuidadoso y disimulado como le fue posible, pero al ver cómo la dama en cuestión desaparecía de una forma tan silenciosa constató con placer que nadie notó su ausencia.

—Regreso en un momento, me pareció ver a un gran amigo y quiero saludarlo —dijo a Enrique palmeando el hombro al aludido que asintió y continuó su conversación con el caballero que permanecía a su lado. Habían acordado mantenerse juntos, esperando poder librarse mutuamente de las jóvenes casaderas y sus madres, pero tenía la plena confianza de que su amigo podía solo por un par de minutos, debía solucionar ese asunto que tantas

noches en vela le había robado, solo esperaba que el antídoto no fuera más fuerte y fulminante que el veneno. Nunca imaginó que la joven de ojos apagados por la tristeza del momento pero de sonrisa resplandeciente, fuera nada más y nada menos que la hermana de uno de sus mejores amigos, algo en su interior le decía que estaba en problemas.

No conocía muy bien la casa de los anfitriones, por lo que no le quedó más opción que tomar el mismo camino que la dama usó, pero al encontrarla, estaban muy expuestos, cualquier persona que decidiese salir al balcón a tomar un poco de aire o, incluso, que tan solo se asomara a una de las ventanas, podría verlos.

—¿Confía en mí? —preguntó en cuanto se acercó sin llegar a perder de vista los puntos que los dejaban al descubierto, aunque para ella la forma en que esquivaba la mirada no fue un buen presagio.

—De no confiar en usted, no estaría aquí poniendo en peligro mi reputación. ¿No cree? —La seguridad de su voz era de admirar, lo dejó sin palabras, no pudo hacer más que mirarla con una pequeña sonrisa en los labios y tenderle la mano, debían ocultarse, aunque no supo descifrar la alegría que sintió cuando ella, con total seguridad, apoyó su mano sobre la de él, tomó su vestido, lo alzó un poco para evitar que se llenase de tierra y siguió sus pasos.

Se movieron por entre el jardín hasta que encontraron unos arbustos lo suficientemente altos como para protegerlos de miradas curiosas y, arriesgándose mucho más de lo que debería, Andrew se acercó tanto que la corta distancia le permitía disfrutar de su aroma que, a pesar de ser dulce, tenía un toque cítrico que lo enloqueció.

—¿Sobre qué quería charlar? —preguntó Elyse directamente, su cuerpo temblaba y tenía miedo de caer al suelo en cualquier momento. Si quería mantener la poca cordura que aún le quedaba, debía mantener cierta distancia, por lo menos la necesaria para mantenerse a salvo.

—¿Por qué accedió a venir? —Esa era una forma muy sutil de evadir la pregunta, pues era algo a lo que no tenía respuesta. ¿Cómo se suponía que le iba a decir que no había podido dejar de pensar en ella desde que la vio dos años atrás, que tenía su rostro, sus ojos, su cabello, su sonrisa grabada en sus recuerdos? Eso era algo que nunca le había sucedido, y era que ni la situación por la que estaba atravesando lo ayudaba a olvidarla, se merecía un buen recuerdo antes de verse obligado a regresar a su realidad.

—Tenía curiosidad. El caballero que abordó en las tierras de mi hermano cuando yo aún no era presentada en sociedad aparece frente a mí con deseos de hablar. Usted debe entender que es una propuesta difícil de rechazar, quería escucharlo. —La sinceridad era una de sus mayores cualidades, no le gustaban las mentiras.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho que decir, encontrarla aquí fue una sorpresa muy grata, nunca me imaginé que usted podía ser la hermana de Enrique; sobra decirle que nuestro encuentro es un secreto muy bien guardado, no tiene de qué preocuparse. —Ella asintió.

—¿Eso es todo? —Quería huir, los nervios empezaban a traicionarla, ya no los controlaba, se sentía morir.

—¿Quiere irse?

—No creo que haya algo más que me pueda retener. —Estaban jugando con fuego y ambos eran plenamente conscientes de lo que hacían, pero, aun así, no quería dejarlo, parecían hechizados con la sonrisa apenas visible del otro, la poca luz se había convertido en una aliada, pues así Elyse lograba disimular el tono rojizo de sus mejillas y Andrew, la cantidad de veces que se quedó viendo sus labios con adoración.

—No, a decir verdad, no, solo quería decirle lo mucho que me emocionaba volver a verla y, poniendo en riesgo mi vida y mi bienestar, he de decir que es usted una mujer verdaderamente hermosa. —En ese instante no

tenía más opción que desaparecer de la vida social de Londres para ocuparse en asuntos más importantes, no había impedimento alguno que lo obligara a guardar silencio y omitir los cumplidos. El problema era que, aunque sabía que debía ser cuidadoso para no ilusionarla y alimentar falsas esperanzas, su cercanía y su sonrisa eran algo que no podía ni quería evitar.

Elyse, por un momento, no supo qué responder, se quedó sin palabras, sin ideas, no pudo hacer más que sonreír, bajar el rostro y fijar la mirada en algo que le ayudara a disminuir los nervios y los latidos de su corazón.

—No, nunca bajes la mirada. —Él la tomó por el mentón y, con mucha suavidad, impulsó su rostro hacia arriba, eso sí, sin perder la oportunidad de acariciar su piel con mucha sutileza—. Tienes unos ojos hermosos y una sonrisa llena de dulzura y magia, nunca la escondas, no permitas que nada ni nadie te la robe. —La mano del caballero se movió hasta abarcar casi todo su cuello.

—¿Por qué lo hace? Ni usted ni yo deberíamos estar aquí, ni hablar de lo incorrecta que es su cercanía, incluso sus palabras; no logro entender sus actos, me dice que lo que menos desea es dañar mi reputación o tener que dar explicaciones a Enrique y, aun así, me hace una propuesta que está lejos de ser correcta y se acerca como si fuera a besarme. —Tal vez era su falta de experiencia o la inocencia que aún mantenía las que le permitieron decir lo que pensaba sin tapujos ni limitaciones, pero necesitaba respuestas y estaba decidida a conseguirlas.

—Hay cosas que, simplemente, no tienen explicación. —Sin medir las consecuencias de sus actos, imprimió un poco más de fuerza en su agarre en el cuello de la dama, lo que la obligó a moverse mucho más cerca. Tomó aire y unió sus labios en una sutil y delicada caricia. Llegó a esperar que Elyse lo alejara y le diera una muy buena bofetada que bien merecida se la tenía, pero, contra todo pronóstico, ella solo se dejó llevar y hasta puso sus manos sobre el pecho del caballero en un intento por encontrar un punto de apoyo y

equilibrio; cuando la sintió un poco más relajada, movió sus labios con lentitud y, poco a poco, la dama lo imitó.

Al alejarse, juntó su frente a la de ella y acarició tanto espacio como alcanzaba su áspera mano en el cuello de la joven.

—Me encargaré de dejarte el camino libre para que regreses al salón, cuenta hasta diez y toma el mismo rumbo que yo usé, todo estará bien —dijo a modo de despedida para luego dejar un casto y rápido beso sobre sus labios. Se alejó, alisó su chaqueta y, dando media vuelta, tomó el camino de regreso, lo que la dejó confundida, sola.

Andrew no sabía por qué la había besado, no quería pensar en ello, pero no tenía duda alguna de haber sido el primero, y eso lo llenaba de emoción, era como si su pecho se hinchara de alegría, al menos había sido el primero en probar sus labios, aquello nadie se lo podría quitar, ni siquiera el tiempo.

Cuando regreso al salón, fue muy cuidadoso, estaba seguro de que nadie lo vio entrar, pero debía despejarle el camino, por lo que se acercó a Enrique y llamó la atención de una de las jóvenes en edad casadera, pero con menos oportunidades de conseguir un buen partido, por lo menos no en esa temporada. Inevitablemente, gran parte de las miradas se fijaron en ellos y, aun así, sus ojos no se perdieron detalle alguno del momento justo en el que la dama entró. Parecía consternada y algo desorientada, pero confiaba en que pronto todo volvería a la normalidad.

—Tu hermana parece algo cansada, harías bien en ir por ella y ver si quiere regresar a casa. De igual forma, será mejor que me retire, mi padre me espera, tenemos una conversación pendiente sobre varios asuntos. —El heredero al condado se disculpó y, tras lanzarle una última mirada, abandonó el lugar; su carruaje y su realidad lo esperaban.

—¿Te encuentras bien, pequeña? —preguntó el marqués a su hermana ofreciéndole el brazo, que ella no dudó en tomar.

—Sí, es solo que estoy un poco cansada, pero estoy bien. —Elyse nunca imaginó que justo ese día recibiría su primer beso, mucho menos que sería con el hombre que, desde años atrás, robó sus pensamientos, parecían estar destinados a vivir en lo incorrecto, en lo indebido, entre la oscuridad y los secretos, pero lo que le preocupaba era que aún no lograba decir entre si sus actos eran correctos o no, lo único que tenía claro era que, por su bienestar, no volvería a permitirle tales atribuciones, no sin una propuesta.

—Grandioso, sabes que podemos retirarnos cuando así lo desees, mientras tanto, si no tienes comprometido el siguiente baile, me gustaría pedirlo para mí. —Ella sonrió y asintió; su hermano era todo lo que tenía, no podía ser más afortunada.

—Será todo un placer, milord. —Las primeras notas musicales ya empezaban a ser entonadas, por lo que Enrique la llevó directo a la pista y tomó la primera posición—. Pensé que estabas con el hijo del conde, lord Dunne. ¿Dónde se encuentra? —preguntó de la forma más disimulada que pudo, lo cual no era muy fácil teniendo en cuenta que su atención estaba cien por ciento centrada en encontrarlo.

—Hace poco partió rumbo a su casa, según tengo entendido, tenía un asunto que tratar con su padre. —Ella no pudo evitar sentir un poco de tristeza, pero se limitó a asentir.

La velada transcurrió con rapidez, en menos de lo que se esperaba, ya estaba en el carruaje con la cabeza apoyada en el ventanal y la vista fija en algún lugar más allá de lo que sus ojos alcanzaban a visualizar, recordando el dulce cosquilleo que sintió en el vientre cuando cierto caballero la besó. Debía aceptar tantas invitaciones como le fuera posible con la esperanza de volver a verlo con prontitud. El problema empezó cuando dos semanas y muchas veladas después seguía sin encontrárselo en su camino.

Esa tarde, no soportó más la incertidumbre, estaba decidida a preguntarle a su hermano. Ya hasta su calma había desaparecido, pasaba los días en el

jardín, en el salón de música o en algún salón del té en un intento por ocupar su cabeza, pero nada funcionaba, se sentía enloquecer.

—¿Estas muy ocupado? —preguntó abriendo la puerta del despacho de su hermano y se asomó un poco.

—No, tranquila, sigue. ¿Me necesitas? —respondió en cuanto la vio, pero pronto regresó su mirada a los documentos que permanecían en sus manos.

—La verdad es que solo quería hacerte un poco de compañía, tal vez podríamos charlar un poco. —Tomó asiento en uno de los sillones más cercanos, sus manos se movían con nerviosismo, aunque ese detalle pasó desapercibido, pues el marqués estaba más al pendiente de otro tipo de asuntos de mayor urgencia.

—Claro. ¿Cómo has estado? —dijo con un toque de indiferencia, algo que era de entender, parecía estar muy ocupado. Elyse no estaba segura de querer preguntarlo directamente, pensó en empezar con una charla común y pudiera que un poco sosa, pero al final entendió que era ridículo, si había de sorprenderse, poco importaba decirlo sin filtros o yéndose por las ramas, eso sumado a la desesperación que sentía que terminaría convirtiendo el momento en un horrible desastre. Así que, tras una respiración profunda, habló.

—Bien, a la perfección. ¿Sabes? Estuve pensando en las últimas veladas, supuse que tu acompañante sería Andrew, pero no he vuelto a verlo. —Puso todo de ella para restarle importancia, pero supo que falló cuando su hermano levantó el rostro y la miró.

—¿Tienes algún interés especial en él? —Ella, de inmediato, movió su cabeza de forma negativa; hubiera sido mejor no decírselo de forma tan directa.

—No, por supuesto que no, es solo que me parece un poco extraño. — Enrique la miró con curiosidad durante un par de minutos para luego ponerse en pie, acercarse y tomar asiento junto a su hermana.

—Lo que estoy por decirte lo hago de todo corazón, ¿bien? —Elyse asintió —. Yo a ti te adoro con todas las fuerzas de mi corazón, pequeña, eso ya lo sabes, eres todo lo que tengo en este mundo, tú estás por encima de todo y de todos, quiero lo mejor para ti, por eso me veo en la obligación de decírtelo: aléjate de Andrew. Él es un gran amigo, pero no es el hombre para ti, no quiero que te ilusiones, además que puede que no lo veamos en eventos sociales por un buen tiempo. Decidió alejarse, su familia tiene serios problemas económicos. Hasta donde me dijo, su padre lo está presionando para busque una unión conveniente, necesita una joven que posea una dote cuantiosa y, aunque puede que tú cumplas con todas sus necesidades, quiero que si te llegas a casar con un caballero, sea porque de verdad lo deseas y te ves compartiendo tu vida, quiero que seas feliz. —Acarició el dorso de su mano y sonrió como muestra de apoyo. La joven intentó disimular el dolor que le causaron sus palabras, pero no estaba segura de haber logrado su propósito.

—No, Enrique, yo lo único que quería era saber que había sucedido, no era por nada en especial, te lo aseguro, no tienes de qué preocuparte, pero creo que iré un rato al jardín. —Dejó un pequeño beso en su mejilla, se puso de pie y, con toda la elegancia e indiferencia que logró simular, salió del despacho como toda una dama.

Fue directamente a su habitación, sin importarle su vestido se lanzó a la cama, abrazó a una de las almohadas y lloró con amargura su dolor. No entendía sus actos, sus palabras, sus caricias, mucho menos sus besos. ¿Por qué la besó y la trató con tanta dulzura si lo único que quería era burlarse de ella? No era justo, llegó a ilusionarse, pero era que era imposible no hacerlo, un hombre tan apuesto y caballeroso era el pretendiente deseado por toda mujer, mucho más para alguien como ella, soñadora, deseosa de conocer el amor, ese que tanto se empeñaron en enseñarle que no importaba, que no existía. Nunca había vivido una situación ni medianamente parecida con otro hombre, siempre fue muy prudente, su reputación, ante todo, por lo que no entendía su reacción con lord Dunne, solo necesitó un par de palabras no muy

elaboradas para convencerla, y era que a su lado se sentía especial, única, era como si algo en su interior le estuviera diciendo que ella era la mujer perfecta para él, entonces, ¿por qué actuar de esa forma?

No fue fácil, pero se recompuso y, decidida a no sufrir más, prometió no volver a permitir que un hombre se le acercase más de lo debido, encontraría un caballero con quien compartiría su vida y se olvidaría de aquel que, por un momento, le robó el corazón. No más sueños, no más novelas románticas.

## Capítulo 3

Poco más de un año después, allí estaba Elyse, vistiendo un hermoso vestido color azul, su belleza había crecido con el paso del tiempo, desde el mismo momento en que fue presentada en sociedad, fue un completo éxito, pero, aunque había recibido varias proposiciones de matrimonio, no había aceptado ninguna de ellas. Su hermano le dio la plena libertad para elegir con quién compartiría su vida y respetó su decisión, le dijo que estaba pensando en permanecer soltera, él no tenía ningún problema con mantenerla a su lado, después de todo, aun cuando él encontrara una esposa, ella siempre sería su hermana, su familia.

En más de una ocasión, intentó darle una oportunidad a algún elegante y educado caballero que la trató como una verdadera dama, pero por alguna razón, siempre terminaba descubriendo que muchas de sus palabras no eran más que mentiras, mentiras de un hombre que bien deseaba más la dote que a la dama que era, o la oportunidad de unirse con la única hermana del marqués de Chelmendly y así tener acceso a él. Solo encontró palabras bonitas que, de quedarse escuchándolas, terminarían con ella lenta y dolorosamente.

Al terminar su primera temporada social en Londres, la tristeza y la desilusión se apoderaron de ella, las personas no eran lo que pensó, había mucha más maldad de la que alguna vez imaginó, por lo que lo único que quería era quedarse en su casa de campo entre la tranquilidad y la soledad, pero fue Enrique quien se encargó de subirle el ánimo, de enseñarle que poco importan los demás, aún tenía mucho más por conocer, pero al regresar, tomó una decisión, escondería sus verdaderos sentimientos, nunca revelaría nada

que fuera de importancia para ella, se convertiría en una máscara, en un antifaz lleno de secretos, y ya que el mundo vivía de mentiras, de apariencias, pues ella también aprendería a mentir, el único que conocería su verdadera esencia sería su hermano, el resto tendrían que limitarse a ver la falsedad en su sonrisa.

—Recuerda, Elyse, no debes tener afanes a la hora de buscar un esposo, si es la persona correcta, ya verás cómo todo fluirá con naturalidad y, de no encontrarla, pues siempre me tendrás a mí, nunca te faltará nada, así que no hay presiones, solo disfruta —le dijo su hermano el día que asistieron a la primera velada de la temporada. La joven, en medio de su alegría, lo abrazó con fuerza. Enrique era al único que no era capaz de mentirle.

No se había vuelto a topar con el heredero al condado de Warrington, Andrew Dunne. Solo escuchó comentarios en los que se aseguraba que la única razón por la que no lo perdieron todo y por la que su padre no terminó en la cárcel de deudores fue por Fredrick Aldridge, duque de Marlborough, esposo de Amberly Dunne, para ese entonces, Amberly Aldridge, quien por obvias razones no iba a permitir que su familia terminara en tales condiciones siendo toda una duquesa, pero eran rumores que bien podían ser malintencionados o crueles mentiras.

Para su segunda temporada tenía varios propósitos: primero, no casarse, se quedaría siendo la tía solterona pero hermosa que cuidaría de los hijos que podría tener su hermano si llegara a casarse; segundo, las mentiras eran sus grandes aliadas, así que viviría por medio de ellas, se convertirán en su realidad; tercero, no iba a permitir que ningún otro hombre le robase el corazón, ya no era la misma niña ingenua de hacía un año.

La temporada ya hacía un tiempo que había empezado y los hermanos Cartler no asistían a más que las veladas estrictamente necesarias debidas a su posición social, o así sucedió hasta ese momento.

—Elyse, he aceptado la invitación de los marqueses de Ailsa, es una

velada que se llevará a cabo dentro de tres días, quiero que me acompañes y nada de excusas, ese día regresan unos grandes amigos míos y quiero saludarlos. Además, seguro que tienes ganas de volver a ver a Cassandra Weasley, duquesa de Devonshire. Ha regresado de su viaje de bodas, creo recordar que le hiciste de cupido. —La joven abrió los ojos con sorpresa y sonrió al recordar sus aventuras como casamentera, una actividad que la mantuvo muy entretenida durante su primera temporada, además que, gracias a eso, había obtenido una gran amiga.

—¡Claro! Me encantará volver a ver a Cassandra, aunque se me hace un poco extraño que en su carta no me haya dicho que estarían allí. —Desde que la nueva duquesa contrajo matrimonio hacía poco más de un año, habían mantenido correspondencia constante, se tenían mucha confianza, eran amigas, confidentes, aliadas.

—¡Grandioso! Necesitamos muchas personas para intentar menguar el escándalo que causará el regreso de Andrew Dunne luego de todos los comentarios que rodaron con su situación económica. —Esas palabras la dejaron sin respiración. No, lo que menos quería era volver a ver a ese hombre que solo le recordaba el dolor que sintió al entender que él no había hecho más que ilusionarla. A veces le hubiera gustado enfrentarlo, preguntarle por qué la besó si no tenía intenciones de algo más.

—¿Eran verdad? Los comentarios. —La curiosidad era algo que no había podido cambiar en ella, no siempre era algo bueno.

—Siéndote sincero, no lo sé, antes de irse me habló un poco sobre los problemas económicos, pero nunca me dijo cuáles eran las verdaderas razones por las que se iba de Londres. Perdimos contacto, se desapareció, hasta hace muy poco me escribió una carta diciéndome que regresaba y que asistiría a la velada de los Ailsa. —Ella, en un intento por guardar la compostura y simular tranquilidad, se giró, le dio la espalda y fijó la mirada en el jardín más allá de su ventana; estaba sentada en un pequeño sofá en una de las esquinas de su

habitación.

—Tal vez ahora que regresa pueda dar todas las explicaciones —comento más para sí misma que para él, pero luego negó con la cabeza y se aferró al libro que permanecía sobre sus piernas y que había estado leyendo minutos atrás.

—¿Estás bien, Lys? —La preocupación en la voz de su hermano le rompió el corazón, y su respuesta solo lo empeoró.

—Por supuesto, estoy en perfectas condiciones, es solo que su desaparición fue tan repentina que su regreso es sorprendente —dijo girando levemente su rostro y dedicándole una de sus mejores sonrisas. Y ahí estaba la primera mentira del día, a veces creía que la facilidad que creó para vivir en la falsedad terminaría siendo su talón de Aquiles.

—Bien, si necesitas algo, no dudes en pedírmelo, te veo en la cena. —Dio media vuelta y se fue, por lo que la dejó una vez más en completa soledad.

¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel con ella? Volver a ver a lord Dunne era como decir que deseaba reunirse una vez más con el vizconde de Bolingbroke, un hombre que conoció poco tiempo después de la desaparición de Andrew. La cortejó durante un tiempo, eran amigos y ella se sentía muy cómoda a su lado, así que cuando le propuso matrimonio, aceptó, solo debía hablar con su hermano y podían considerarse comprometidos, hasta que por casualidad, lo vio a lo lejos durante uno de sus paseos por Hyde Park. Él conversaba tranquilamente con otro caballero al que no distinguía, por lo que solo se acercó esperando a que la vieran y se apresuraran a saludarla, pero entonces escuchó cómo el que se suponía que sería su esposo confesaba que lo único que quería al unirse a ella era acercarse a su hermano. Tenía problemas económicos y esperaba que el marqués los solucionara, claro, él nunca permitiría que su hermana pasase necesidades. Elyse, de inmediato, habló con su hermano, no se casó ni volvió a dirigirle la palabra sin importarle si con ello ponían en duda su excelente educación.

Cuando su primera temporada estaba por terminar, conoció a un apuesto y acaudalado duque que, en su momento, mostró cierto interés en ella, creyó que era la oportunidad perfecta para unirse a alguien que, aunque no le daría amor, podía darle una vida tranquila y cómoda. Decidió aceptarlo hasta que una tarde la tomó a la fuerza e intentó obligarla a besarlo y yacer con él. Por suerte, uno de sus golpes dio en el lugar adecuado para dejarlo doblado de dolor, lo que le dio el tiempo suficiente para correr y escapar; ese día terminó de perder la esperanza en el género masculino.

Esa fue una de las razones por las que su corazón se endureció un poco más, pero ese día, como fiel muestra de su fuerza, no derramó ni una sola lágrima.

Los siguientes días fueron más un martirio, vivía en un constante nerviosismo en el que no hacía más que pensar en cómo debía reaccionar una vez que volviesen a verse, porque, aunque estaba claro que no podía demostrar ni el más mínimo sentimiento, no sabía si sería capaz de lograrlo, no estaba preparada.

El día de la velada llegó mucho más rápido de lo que le hubiese gustado. Se puso su mejor vestido, esperando que le ayudase a ser más resistente, necesitaba sentirse segura de sí misma y esa era la mejor manera, pues además de ser una prenda muy hermosa y acorde a la moda del momento, era de un tono muy curioso entre el azul y el morado, todo complementado con unas hermosas joyas en plata que le había regalado su hermano tiempo atrás.

Llegado el momento de partir, tomó una respiración muy profunda y se prometió a sí misma ser implacable, ni él ni nadie notaría su dolor, mucho le costó recomponer su corazón, no lo arruinaría justo en ese momento.

—Seguro que vas a ser la mujer más hermosa de todas, en menos de lo que te imaginas, algún caballero irá por ti y te robará el corazón —dijo el marqués al verla bajar las escaleras. Ella soltó una carcajada y, al llegar a su altura, puso la mano sobre su brazo; si tan solo hubiera sabido que su corazón ya le

había sido arrebatado tiempo atrás y por uno de sus mejores amigos.

—Mi corazón está a salvo de todos esos que tú llamas caballeros, esta dama está lejos de querer cambiar su apellido. —Enrique sonrió, su hermana siempre había sido una mujer alegre y un tanto extravagante, por lo que, en varias oportunidades, se le dificultaba entender sus palabras, era como si siempre hablara en clave, ella nunca lo dejaba de sorprender, pero lo que no podría negar era que su inteligencia superaba la de muchos, nadie habría sido capaz de idear un plan tan perfecto como el que usó con los duques de Devonshire. Quería verla feliz y haría lo que fuera con tal de conseguirlo.

En el carruaje, se mantuvieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, en sus propios tormentos.

Al llegar, luego de saludar a los anfitriones y a un par de conocidos que se encontraron en la entrada del salón, a los primeros que vieron fueron los duques. Elyse no dudó ni por un momento en correr hacia ellos y abrazar con fuerza a su amiga, aún había muy pocas personas, por lo que aquello pasó desapercibido.

—¡Cassandra! Por Dios, no sabes cómo te he extrañado —dijo llena de alegría que la aludida correspondió con la misma efusividad. Los caballeros se saludaron con un abrazo, ya necesitaban esa reunión.

—Supongo que no les importará si tenemos una conversación un tanto privada, caballeros —se excusó la duquesa para luego tomar al mano de la joven y juntas alejarse un poco de los invitados, tenían mucho de qué hablar—. Yo también te he extrañado demasiado, las cartas no son suficientes, aunque intentemos contarlo todo, no hay nada como poder abrazarte y demostrarte todo mi apoyo, el problema es que, desde hace un tiempo, siento que me estás ocultando algo. —La joven la miró como si se hubiese vuelto loca, era cierto que nunca le había contado nada de lo que le sucedió, no estaba lista para compartirlo con alguien más, pero siempre fue muy cuidadosa con sus palabras.

—No sé de qué me estás hablando.

—Te conozco, Elyse, esta no eres tú, algo te pasó y quiero saber qué fue.  
—No valía la pena que la intentase convencer de lo contrario, lady Devonshire la conocía lo suficiente como saber que sus ojos estaban llenos de una gran tristeza, le dolía que no se lo contara por decisión propia.

—No es el momento de hablar sobre cosas tan personales, te recuerdo que estamos en medio de un salón lleno de gente que no dudará en hacer pública la mucha o poca información que puedan escuchar de nuestra conversación. Además, apenas estás regresando, ya habrá tiempo para reunirnos una tarde, quiero que me cuentes todo sobre tu viaje. —Dio media vuelta dispuesta a regresar junto a su hermano, pero, al ver a lo lejos al causante de sus pesadillas, se quedó paralizada.

—Lys, ¿estás bien? —preguntó la duquesa con preocupación al ver que su rostro había empezado a tornarse pálido. Se giró y siguió su mirada con el ceño fruncido—. ¿Quién es ese caballero? —No lo había visto antes.

La joven respiró profundo y se recompuso tan rápido como pudo.

—No sabría decirte. —Enderezó su espalda y emprendió el camino casi sin respiración, sus manos temblaban e incluso estuvo a punto de trastabillar cuando ya estaban a un paso de llegada, algo que, por suerte, nadie notó. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando el caballero en cuestión fue consciente de su presencia y se quedó viéndola fijamente.

—Amor mío, tengo el placer de presentarte a Andrew Dunne, heredero al condado de Warrington, hermano de Amberly Aldridge. —El caballero hizo una reverencia, pero la duquesa se acercó rápidamente y tomó su mano.

—¡No sabe las ganas que tengo de ver a Amberly! Somos grandes amigas, ¿cómo está ella? Espero poder verla muy pronto. —La emoción en su voz era evidente.

—Ella está muy bien, felizmente casada, hace muy poco nacieron sus

pequeños, un niño y una niña, está en su casa de campo, descansando. El doctor le recetó mucho reposo después del parto, pasé por allí antes de venir a Londres. Seguro que a ella también le gustará mucho volver a verla — comentó, pero su mirada regresó a la dama, Andrew aún no podía creer que, una vez más, tenía a la mujer más hermosa del mundo justo en frente, tan cerca, pero a la vez tan lejos, sus ojos estaban distantes, ella lo miraba con recelo.

—Andrew, supongo que recordarás a mi hermana. —Enrique notó sus miradas y le pareció extraño, por lo que, en un intento por saber un poco más, los acercó. La joven hizo la debida reverencia con elegancia y soltura, a la que él respondió de la misma manera.

—Claro que la recuerdo y, ya que el duque bailará con su esposa, me atrevo a solicitar que me conceda el placer de acompañarla en el primer baile de la noche, lady Cartler. —La curiosidad del marqués aumentó, su amigo no era de los que iban pidiendo bailes así de rápido, todo lo contrario, era de los que preferían evitarlos manteniéndose lejos de las jóvenes en edad casadera. La aludida miró a su alrededor y notó las miradas de sus compañeros sobre ella, negarse sería muy extraño, no tendría cómo justificarlo, además que, de hacerlo, seguro que luego la atormentarían con preguntas a las que no deseaba enfrentarse.

—Será un placer, milord —respondió con educación.

Cuando se acercaba el momento en que las primeras notas musicales empezarían a sonar, sus manos temblaron y su corazón enloqueció, había llegado el momento de la función, posiblemente, la más importante de su vida, era el inicio de la mentira más grande: engañar a su corazón.

Andrew la llevó hasta la pista de baile bajo la atenta mirada de los invitados, quienes aún no podían creer que el polémico heredero Warrington estaba haciendo acto de presencia en el lugar, ya incluso habían comentarios en los que vinculaban su regreso con la joven Cartler, pues varios recordaban que, tiempo atrás, justo el día en que desapareció, había sido ella la última

mujer con la que bailó, comentario al que el marqués de Chelmendley prefirió no prestar mucha atención intentando creer que no eran más que chismes.

—Es sorprendente ver que aún no ha contraído matrimonio —fue lo primero que dijo el caballero en cuanto se acercaron; la dama elevó una ceja.

—No debería, pero ¿puedo preguntar por qué? —Estaba intentando ser muy cautelosa con sus palabras para no sobrepasar el límite, en ese momento, sería la perfecta y correcta dama que conocía y acataba las reglas impuestas por la sociedad.

—Porque desde el mismo momento en que la vi por primera vez supe que usted era todo lo que cualquier hombre podría desear, por ello, he de suponer que ha recibido muchas propuestas. Temiendo ser impertinente, ¿por qué no ha aceptado ninguna? —Elyse no podía creer que justo él estuviese diciendo esas palabras, el que le robo su primer beso para luego abandonarla como si nada, aún se enfurecía consigo misma al recordar que se ilusionó con no más que unas sonrisas, una mirada y una conversación entre las sombras.

—Eso es algo que, estoy segura, no le interesa, milord. —La última palabra sonó más a un reproche, una crítica que causó cierto malestar y rabia en él.

—¿Tal vez es porque algo o alguien no le permite aceptar? —Ella lo fulminó con la mirada.

## Capítulo 4

—Por si no lo sabe, es deber de una joven encontrar un esposo tan pronto como le sea posible, antes de que sea tachada como una solterona y, en caso tal, las razones por las que aún no he aceptado una proposición no son de su incumbencia. —Sus palabras salieron un tanto más agresivas de lo que planeó, pero no pudo evitarlo.

—Sé que no es correcto, pero necesito hablar con usted, a solas, igual que la primera vez, solo debe escabullirse entre los invitados hasta llegar al jardín, yo la estaré observando y seguiré sus pasos en cuanto pueda, tengo mucho que explicarle, ya verá cómo todo lo que hice tiene una razón. —La dama lo miró como si se hubiese vuelto loco. Era cierto que en su momento accedió a hacer algo tan arriesgado, pero le gustaba pensar que aquello no había sido causado por más que su inocencia.

—¿Es esto una broma de muy mal gusto? Porque no le veo la diversión. Por supuesto que no, ese tipo de encuentros no son permitidos para ninguna dama, mucho menos una que, como yo, está en edad casadera, podría arruinar mi reputación. —Elevó el mentón intentando parecer indignada, pero lo único que ganó fue que él curvara sus labios en una delicada sonrisa que logró hacer que su corazón latiera un poco más fuerte.

—Creo recordar que ya en una oportunidad accedió a acompañarme en tan descabellada e inapropiada idea. ¿Por qué ahora es diferente? —Elyse, aterrada y llena de miedo por el camino que estaba tomando la conversación, miró a su alrededor esperando ver a alguien muy cerca y atento a sus palabras, pero no había nadie, por lo menos no que estuviese al tanto del intercambio de

frases que estaban manteniendo, así que le quedaba el problema más grande. ¿Qué se suponía que le iba a responder? Era un tanto hipócrita de su parte criticar actos como esos cuando ella misma, tiempo atrás, había hecho lo mismo.

—Las personas cambian, milord. Yo, con el paso del tiempo, entendí qué era bueno y qué era malo, entendí que la única forma de conseguir por esposo a un caballero es siendo una dama, no puedo hacer algo que ponga en riesgo mi reputación y el buen nombre de mi familia. Además, mi hermano gastó mucho dinero para darme la mejor escuela y las mejores institutrices, no lo desilusionaré protagonizando un escándalo. —Aquel baile se le estaba haciendo eterno, ¿por qué el tiempo no pasaba un poco más de prisa? Ni su cercanía ni la conversación que estaban manteniendo la ayudaba. Por primera vez en su vida, no quería hacer más que correr y esconderse bajo las cobijas, tenía los nervios a flor de piel.

—Si eso es lo que le preocupa, pierda cuidado, igual que como sucedió en aquella ocasión, le prometo que ni su reputación ni su virtud corren peligro, a mi lado no tiene nada que temer. —Esas palabras causaron cierto dolor en ella. Sí, a su lado claro que corría peligro, ya en una oportunidad le demostró todo el daño que podía causarle.

—Se equivoca —dijo con seriedad fijando sus ojos en los del caballero—. Usted no es más que un hombre que cree tener el poder de tomar y dejar a su antojo, y aunque bien puede seguir haciéndolo, no será conmigo, no estoy dispuesta a caer en un juego, milord, así que entiéndalo, no me interesa ser parte de ello, solo permítame darle un consejo: a la próxima, analice muy bien cuáles pueden ser las consecuencias de sus movimientos, nunca se sabe cuán débil puede ser un corazón —confesó en el momento menos indicado, en su defensa, no fue fácil simular normalidad luego de lo que le dijo, él le había hecho mucho daño aun cuando no lo hubiera planeado, ya iba siendo hora de que alguien se lo hiciera entender.

—¿Alguna razón en específico para acusarme de tal cosa? —preguntó, lo que la dejó sin respiración, pero, como la experta que era, sonrió con fina coquetería y en ningún momento desvió la mirada.

—No, no tengo una razón, hablo desde lo que ven mis ojos: muchas damas desesperadas por encontrar el amor. Ni usted ni nadie tiene el derecho de alimentar ilusiones que nunca se harán realidad, ¿esperaba regresar después de desaparecer por más de un año y tener a todas las mujeres comiendo de la palma de su mano?, no todas esperamos deseosas la oportunidad de atrapar a un noble. —Y ahí iba la que era, una mentira más que sumar a la larga lista, una más—. Lamento informarle, milord, que si lo que busca es una acompañante, será mejor que use sus pasos de baile con otra joven, a mí no me interesa tenerlo cerca. —La melodía estaba por terminar, solo debía esperar un par de segundos más y podría alejarse de una vez y para siempre.

—Eso no era lo que me decían sus labios un año atrás, algo me dice que sus palabras no son más que el producto de un profundo dolor, pero permítame decirle que mi intención no era causarle un daño, solo le pido un minuto para explicar mis actos. —Dunne estaba casi seguro de que sus palabras eran una fachada, una mujer con un corazón tan noble como el de ella no podía hablar con tanta rabia, no se lo estaba diciendo todo, necesitaban un poco de privacidad, debían hablar.

—Usted no es ni será importante para mí, así que, si es tan amable de no acercármeme nunca más, se lo agradecería mucho. —Justo en ese instante, la música dejó de sonar, por lo que ella dio un paso atrás, hizo una reverencia, aplaudió a los músicos y, con toda la elegancia que tenía, se alejó sin mirar atrás.

Un año atrás, cuando Andrew le arrebató su primer beso, también le robó el corazón, ya era hora de hacer algo para recuperarlo. Nunca imaginó que un acto tan simple como un pequeño roce de labios podía causarle tantos sentimientos, y era que fue como si todo en su interior se rindiera ante él,

como si ya tuviera más que claro quién era y sería por siempre su único dueño, su único y verdadero amor, pero, por muy ridículo que pareciese, así era. Le hubiera gustado creer que era inmune a sus encantos, pero no podía estar más equivocada. Por su propio bienestar, se mantendría tan alejada de lord Dunne como le fuera posible, la indiferencia se convertirá en su mejor rostro, era la mentira la que, aunque le costara mantener, la obligaría a encontrar la forma de hacerlo, ya había sufrido su rechazo en una oportunidad, no volvería a pasar por ello.

No volvió junto a su hermano, no tenía ánimos para preguntas o conversaciones, por lo que se limitó a ir hasta uno de los rincones del salón en donde había varias sillas destinadas para el descanso de los invitados, aunque ninguna dama en sus cinco sentidos tomaría asiento en ellas, con ello solo conseguiría ser tachada de solterona, pero no le importó, quería estar alejada y a solas, era el lugar perfecto para ella.

Andrew no perdió la esperanza de verla escabullirse entre los invitados y desaparecer por alguna de las salidas hacia el jardín, pero no fue así, ella solo quedó allí sentada durante varios minutos que bien pudieron convertirse en horas, su mirada parecía estar fija en las parejas que bailaban, pero no era así, solo hacía falta prestarle un poco de atención para notar que su cabeza estaba a varias millas de distancia. ¿Cómo se suponía que se acercaría si ella parecía dispuesta a huir de él a como diera lugar? Tenía que pensar en algo y pronto, quería explicarle todo lo que sucedió, seguro que luego de escucharlo le daría una oportunidad, aunque aún no tenía muy claro para qué la quería, pero, aun así, lo haría, el tiempo diría que era lo que los unía o, por el contrario, lo que los alejaría, mientras llegaba el momento, se encargaría de ganar su confianza de nuevo.

—Milord, le ruego que me recuerde, ¿prometí cederle mi siguiente baile?  
—preguntó la que creía era lady Catherine, hija de los vizcondes de Torrington. No, él no había pedido el siguiente baile, había estado tan

ensimismado observando a su adorable tormento que no notó que pronto las parejas empezarían a reunirse una vez más en la pista de baile, pero para nadie era un secreto que muchas damas usaban ese tipo de comentarios para conseguir pareja.

—Lamentablemente, no recuerdo haberlo hecho, pero si no tiene comprometido el siguiente baile, me encantaría acompañarla. —Curvó sus labios en una sonrisa y asintió, su plan había sido perfecto. Al acomodarse en la pista de baile, el futuro conde vio que Elyse bailarían con su hermano y no pudo evitar sonreír, ese hombre era el único punto débil de la joven, así como ella lo era todo para él, entonces lo entendió, si de verdad quería acercarse a lady Cartler, tenía que conseguir la aprobación del marqués, además que, de lograrlo, tendría un aliado muy importante, casi que decisivo, pero ¿cómo lograrlo?

—¿Sucede algo, milord? Parece distraído —murmuró la joven, ya no recordaba su nombre, pero el caballero puso su mejor sonrisa, esa que solía facilitarle sus conquistas, y habló con tranquilidad y soltura.

—Nada, milady, nada que deba preocuparle.

Durante el resto de la velada, Andrew permaneció cerca de Enrique, siempre que lograban escapar de las garras de las jóvenes casaderas que buscaban llevarlos a la pista de baile, mantenían una conversación amena, agradable, en la que recordaban viejos tiempos, de cuando eran unos jovencitos dispuestos a todos con tal de tener un poco de diversión. Elyse permaneció con la duquesa de Devonshire, pero siempre estando cerca de su hermano, eso si no estaba bailando con algún caballero, cosa que empezaba a causarle dolor de cabeza al futuro conde, y todo empeoraba al ver que ella regalaba sus sonrisas a todos menos a él, aún no entendía cómo era que pudo quedarse quieto y no molió a golpes a todo aquel que se atrevió a acercársele.

La noche ya estaba bien avanzada cuando Chelmenley decidió retirarse, pidieron sus carruajes y él, como buen amigo, acompañó al marqués y a su

hermana hasta la puerta de este. La dama lucía cansada, pero ni aun así perdía la elegancia y la belleza, era perfecta.

—Pásate mañana y nos tomamos una copa, tú y yo tenemos un asunto pendiente del que hablar. Te invito a cenar —dijo Enrique cuando su lacayo abrió la puerta del carruaje, Dunne sonrió ante la enorme oportunidad que tenía en frente, no había forma de estar más cerca que yendo a su casa, por ello era capaz de soportar cualquier tipo de interrogatorio, aunque este no fuese más que molesto.

—Claro, será un placer. —Le ofreció su mano a Elyse para ayudarla a subir, pero ella, tras una sonrisa, subió apoyándose en la puerta y no en él, no podía decir que la invitación de su hermano le era indiferente, tenerlo en su casa era como tener al enemigo en el territorio, pero encontraría la forma de solucionarlo.

En cuanto llegó a casa, se sirvió un vaso con *whisky* y se encerró en su habitación, pocos lo sabían pues, en su momento, decidieron no hacerlo público, pero ya no era el heredero al condado de Warrington, para ese entonces, era el conde de Warrington, su padre murió poco antes de que Amberly se casara con el duque, hacía tan solo unos meses, apenas si tenía un año. Los únicos que lo sabían eran los reyes, por obvias razones, pero quienes, al entender la situación en la que se casaba su hermana, aceptaron mantenerlo en el anonimato, pues no era bien visto que su hija se casara sin cumplir el tiempo debido al luto, menos después de que su actual esposo y anterior prometido se enfrentaran en un duelo. La pérdida le dolió mucho más de lo que le hubiera gustado admitir. Desde que sus problemas económicos salieron a la luz, no habían hecho más que discutir y era cada vez más difícil ponerse de acuerdo en algo, pero ansiaba volver a verlo, se conformaba con eso, y ya no era posible.

La muerte de su padre se haría pública en cualquier momento, incluso le sorprendía que aún no anduviese de boca en boca por todo Londres, el

problema era que no se sentía capaz de estar a la altura del gran conde de Warrington, un hombre justo, educado, elegante, todo un caballero.

Uno de sus deberes como conde era contraer matrimonio y darle al título un heredero, eso además de mejorar sus arcas familiares para que su esposa e hijos nunca tuvieran que preocuparse por deudas, cosa que en ese momento no era posible, su apenas lograda estabilidad económica pendía de un hilo, solo rogaba al cielo que todo saliera bien o volviera al mismo punto en el que estuvo su padre un año atrás.

Lady Cartler se había convertido en una pequeña obsesión, al irse luego de haberla besado, dejó una pequeña parte de él con ella, esa que aún deseaba encontrar una mujer perfecta, una compañera de vida a la que pudiera amar y que se entregara en cuerpo y alma a él, no quería repetir la historia de muchos nobles en la que su propósito con el matrimonio era un heredero y una vez conseguido era como si aquello no existiese. Quería unirse a una mujer fuerte, capaz de enfrentar situaciones como las que estaba viviendo, sin miedos, alguien que lo apoyara en todo momento y, de encontrarla, se entregaría solo a ella, ya había visto la felicidad en su hermana y su cuñado, él ansiaba esa misma conexión, y algo le decía que la joven Elyse tenía mucho que ver en el asunto.

No fue capaz de tomar posesión de la que fue la habitación de su padre, ni siquiera de su despacho, se limitaba a tratar sus asuntos en la biblioteca, y así continuaría hasta que se sintiera digno de ello, por lo que ese día se deshizo de sus ropas y se dejó caer en la cama con un suspiro, no entendía qué era lo que sentía, la incertidumbre de qué era lo que le esperaba en el futuro lo estaba matando lenta y dolorosamente. ¿Qué si no lograba conquistar a la dama que tanto deseaba? Su fuerza tenía límite y este parecía estar muy cerca.

Mientras tanto, en casa del marqués de Chelmdendley, lady Cartler no dejaba de dar vueltas en la cama intentando conciliar el sueño, su cabeza parecía empeñada en recordar todo sobre el conde, absolutamente todo, como

su sonrisa, la forma en que sus manos la tomaban con tanta delicadeza durante el baile que compartieron, sus ojos, esos que no la abandonaron durante toda la velada, ser disimulado no era una de sus cualidades; estaba perdida, no había forma alguna de librarse de él, no cuando era tan buen amigo con su hermano, por más que intentara alejarlo, una invitación y ya lo tenía toda la tarde en su casa. ¿Cómo se suponía que lo evitaría y lo mantendría lejos? El destino parecía empeñado en unirlos.

No concilió el sueño tan rápido como le hubiera gustado, por lo que su cabeza se dejó llevar por la imaginación, imaginó mil y una posibilidades de lo que podría pasar en sus próximos encuentros. En todos ellos, ella no hacía más que mentir en un intento desesperado por sacar su corazón ileso de aquel embrollo; en varias, a pesar de los obstáculos, terminaba rendida en sus brazos, fundida en sus labios y anclada en su ser; en otros, su final era la soledad, no tenía esposo, mucho menos hijos, era como si el único capaz de cumplir con ese rol fuera Andrew, como si ella no pudiera aceptar a nadie más. Atormentada, cerró los ojos con fuerza, respiró profundo y dejó su mente en blanco hasta que logró dormirse.

Al siguiente día, luego de despertar, duró mucho más tiempo en cama del acostumbrado, siempre fue de las que les gustaba aprovechar cada momento del día, por lo que no perdía ni un solo segundo en su habitación, no más de los necesarios, a menos que fuera a leer, pero era que ese día en especial su energía parecía haber desaparecido, junto con su fuerza y su valentía, que decidieron abandonarla en el momento menos indicado. Un suave toque en su puerta la sacó de sus pensamientos y la trajo de vuelta la realidad.

—Pase.

—Lys, ¿te sientes bien? ¿Por qué no has bajado a desayunar? —dijo su hermano entrando a su habitación, parecía preocupado, su ceño estaba fruncido, cosa que con ella casi nunca sucedía, verlo así la hizo sentir un tanto culpable, lo que menos quería era inmiscuir a su hermano en todo eso.

—Tranquilízate, es solo un pequeño malestar, de seguro que no es más que un resfriado sin importancia, no tienes de qué preocuparte. —Él, no muy convencido por sus palabras, se acercó y tocó su frente a ver si tenía temperatura alta.

—Entonces creo que lo mejor será llamar al médico, sabes que no me gusta cuando te enfermas, que sea él quien me diga que no es nada para preocuparse. —Estaba por girarse para salir de su habitación e ir en busca del mayordomo cuando al joven lo tomó del brazo y lo detuvo, esa había sido su última esperanza, quería quedarse en su habitación por el resto de su día, así lord Dunne no podría acercarse a ella, pero la preocupación de su hermano no le permitió llevar a cabo su plan, siempre estaba muy pendiente de su salud y lo entendía, solo se tenían el uno al otro, si ella hubiera llegado a verlo tendido en la cama a esa hora, de seguro que habría hecho lo mismo.

—No es necesario, solo necesito un baño con agua caliente y se me pasa, además, debo supervisar la preparación de la cena para esta tarde, tenemos un invitado y no quiero que piensen que no soy capaz de llevar la casa como toda una dama. —Le dio un pequeño guiño y sonrió. Bien, ya que nada impediría su encuentro, pues se encargaría de hacer de ese momento el más torturador de la vida, no solo sería difícil para ella y ya sabía cómo hacerlo.

## Capítulo 5

Luego de un largo baño con agua caliente, sacó fuerzas hasta de donde no las tenía y empezó su día con toda la energía que logró recopilar; después del desayuno, estuvo en el salón de música, tocando el arpa, llevaba estudiándolo desde muy pequeña, pero con el paso del tiempo aprendió a tomarle mucho amor al instrumento a pesar de haberlo estudiado por órdenes de su madre, aunque claro, también sabía un poco de piano, solo lo básico.

Al terminar el almuerzo, estuvo un buen rato caminando en el jardín trasero de la mansión familiar, ese era como su pequeño paraíso, pues este tenía una enorme y hermosa fuente liderada por un gran ángel en su torre más alta, esto sumado a los distintos colores y a la gran variedad de flores que hacían del lugar una real maravilla; su madre, en su momento, fue quien organizó e inició la creación de su «espacio personal», como solía llamarlo. Siempre pasaba varias horas del día dedicada a sus plantas, nunca se cansaba, ni el sol o la lluvia podían detenerla, así que desde que murió, su hermano contactó a uno de los mejores jardineros de Londres para que lo mantuviese bajo cuidado. Lastimosamente, ella nunca fue buena con la jardinería, querían conservar aquello por lo que la antigua marquesa tanto luchó.

—Ahora es cuando más me gustaría que estuvieses acá —susurró al aire—. Necesito una madre que me abrace fuerte y me diga que todo estará bien, que me explique todo esto que estoy sintiendo y que me tome de la mano siempre que tenga miedo. —Su voz se quebró, amaba a Enrique con todas las fuerzas de su corazón, pero necesitaba más compañía femenina en su vida—. Cada vez que lo veo, siento que mi corazón se detiene, me siento morir, como

si todo mi ser ansiara, deseara tenerlo cerca, volver a sentir la forma en que sus labios se unieron a los míos, volver a sentir ese placentero temblor que causó en mí. ¿Eso es amor, mamá? Porque no entiendo la razón por la tengo tanto dolor. —Le gustaba hablarle al viento como si la tuviera en frente, prefería pensar que la brisa que agitaba su cabello era una delicada forma de hacerle saber que ella estaba ahí, con eso engañaba un poco la tristeza de su pérdida, de su ausencia, además que así recordaba las conversaciones que tenían, esas en las que solían sentarse, ya fuera en el jardín o en su habitación, con un plato con galletas, té y muchos sueños.

Tomó una hermosa flor color lila, la arrancó y la acercó a su pecho, no sabía nada de flores, ni de nombres ni de sus cuidados, pero sí sabía que esas eran las favoritas de su madre, esta les había dedicado gran parte de su tiempo y era común encontrarlas decorando sus lugares favoritos de la casa, como la biblioteca, su habitación y su propio saloncito, pero su esposo la amaba tanto que solía ponerlas en tantos lugares como se le ocurriese.

Se reunió con su ama de llaves y con su mayordomo para ultimar detalles de la cena. Ella ayudaba en el manejo de la mansión, pero no era su labor, pues aunque era la única Cartler hasta el momento, no se sentía lista para tal trabajo, su hermano aceptó su petición y delegó la mayoría de las funciones en alguien más. Elyse solo se encargaba de supervisarlos todo cuando tenían invitados o era un día especial, solo entonces era cuando sacaba a relucir aquello por lo que tanto fue instruida.

Ya se acercaba el momento en que llegaría el invitado, por lo que subió a su habitación, llamó a su doncella y, con su ayuda, se preparó para la cena.

—¿Qué tal este, milady? Es muy elegante y hermoso, además que resalta mucho con el color de sus pies —opinó la joven señalándole un vestido color rosa, pero la aludida en cuanto lo vio, lo descartó. A pesar de ser realmente hermoso, ya era demasiada la dulzura que reflejaba cuando lo usaba, no parecía una joven en edad casadera.

—No creo que sea una buena idea. —Su doncella asintió y continuó buscando, la señorita debía estar perfecta.

—¡Este! A lord Chelmendley le encanta y le luce muy bien, es elegante y coqueto pero muy correcto. —Le mostró el vestido verde que se ajustaba un poco más en lugares correctos y saltaba algunos otros con un pequeño pero delicado escote en el pecho, además de un encaje blanco en el borde de la falda y mangas. Fue uno de los que su hermano le mandó confeccionar cuando la temporada estaba pronta a iniciar. No era común ver diseños así en alguna velada, pues era algo un tanto arriesgado, se caminaba sobre la línea entre lo escandaloso y lo correcto, nunca se sabía cuándo se sobrepasaba el límite.

—Estoy de acuerdo —sonrió emocionada, era la primera vez que lo usaría, pero solo le bastaba recordar lo bien que lucía en la prueba para saber que sería una noche espectacular.

Su doncella arregló su cabello de forma tal que un par de bucles cayeran libremente por su espalda sin perder el toque de elegancia. Lo decoró con unas pocas flores muy pequeñas de color blanco, se complementaban con los pequeños detalles en el mismo todo que poseía el vestido.

Al término, observó su reflejo en el espejo y asintió complacida. Aunque no quería aceptarlo, todo lo estaba haciendo por él, tal vez para provocarlo, tal vez para ganar su atención, eso aún no estaba claro, pero ya tenía todo un plan en su cabeza, uno en el que él terminaba como un completo idiota y ella, con el corazón intacto. Quería demostrarle que no solo los hombres podían jugar con las palabras, que no solo ellos podían crear ilusiones, pero eso sí, se aseguró de construir toda una barrera a su alrededor, quería lastimarlo a él, era esencial salir inmune de todo ello.

La hora de la cena llegó mucho más rápido de lo que se imaginó. Una vez lista, bajó y se encontró con Enrique en la escalera.

—Por Dios, ¿en qué momento te convertiste en una mujer tan hermosa?

Muy afortunado será aquel que logre ganar tu corazón, pero que se prepare, porque no se lo pondré tan fácil, eres lo más hermoso que me dio la vida. — Ella, conmovida y con los ojos cristalinos, se lanzó a sus brazos y lo abrazó con tanta fuerza como pudo, aquello le recordó a las miles de veces que despertaba asustada a causa de una pesadilla luego de la muerte de sus padres. Era Enrique quien la tomaba entre sus brazos y le susurraba al oído que todo estaría bien, que nada ni nadie la dañaría mientras él estuviera con vida.

—Jamás podría alejarme de ti, ¿cómo hacerlo si eres todo lo que tengo? Te quiero tanto. —Su hermano se alejó y limpió las lágrimas rebeldes que se escaparon de sus ojos, dejó un beso en su frente y sonrió.

—Un día, conocerás a un hombre que pondrá todo de cabeza, pero notarás cómo a su lado todo es más fácil, cómo te complementa con cada mirada, con cada sonrisa. Ese día yo seré la persona más dichosa al dejarte ir colgando de su brazo. Pero no tengas miedo, seguro que no estaremos a más que un par de minutos de distancia, siempre podrás venir a verme, además, tu esposo tendrá que soportar mis muchas visitas porque te aseguro que serán muchas. Nada nos separará, yo lo único que deseo es tu felicidad. —Cada vez que tenía oportunidad, el marqués le hacía saber lo mucho que la quería y todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella. Era ya una costumbre entre ellos, era una hermosa forma de hacerle ver al otro que no estaba solo y que nunca lo estaría.

—¿Y si nunca encuentro a ese caballero y no llego a casarme? —preguntó con temor, temor a decepcionar a su hermano por no ser la dama que él creía.

—Pues entonces yo estaré más que contento de tenerte en casa, no tendría que tomarme la molestia de escribir cartas para pedirte que vengas o de ir hasta donde sea que estuvieses, no me puedo dar el lujo de perder a mi confidente. —El caballero le guiñó un ojo que la hizo sonreír. La verdad era que no había secretos entre ellos, confiaban el uno en el otro, eso hacía que Elyse se sintiera un poco culpable por esconderle lo que había sucedido con

lord Dunne.

—Tengo tanto que agradecerte, no sé qué sería de mí sin ti. —Él negó con la cabeza.

—No hay que pensar en ello, nos tenemos el uno al otro que es lo importante. Ahora quiero que sonrías, nuestro invitado no tarda en llegar. —La joven asintió y corrió hasta uno de los pequeños espejos que decoraban el lugar, limpió sus mejillas y verificó que su atuendo estuviera perfecto. Justo en ese momento el mayordomo anunció la llegada del caballero y ella volvió junto a su hermano.

—Andrew, amigo mío, qué placer tenerte con nosotros. —El marqués lo saludó con un fuerte abrazo al que el caballero correspondió con el mismo entusiasmo, eso fue lo único que extrañó de Londres, sus amigos.

—El placer es todo mío. —Se alejaron y el conde se quedó viendo a la joven. Desde el mismo momento en que entró, quedó prendado de su belleza y su elegancia, de poder escoger, ella sería lo único que quería ver en lo que le quedaba de vida, debía acercarse a como diera lugar. Si era ella la mujer de su vida, ni muerto la dejaba ir—. Lady Cartler, está usted muy hermosa. —Realizó una reverencia a la que ella respondió, al elevar su rostro, sus labios tenían una pequeña sonrisa y sus mejillas un ligero sonrojo, la forma en que la miraba estaba causando algo en ella, algo extraño, pero que lograba hacer que su cuerpo temblara.

—Bienvenido, milord. Si me permiten, debo supervisar la cena. —Inclinó su cabeza y, dando media vuelta, desapareció por la puerta.

—¿No ha tenido algún pretendiente? —preguntó esperando que no pareciese sospechoso.

—No que yo sepa, ningún caballero ha hablado conmigo, pero quiero creer que no ha encontrado al hombre indicado porque seguro que interesados no le han faltado, aunque no es que me interese, lo único que quiero es su

felicidad —comentó dándole poca importancia a su pregunta.

—¿Qué condiciones pides tú para aceptar a un caballero como cuñado? — Ese era el primer paso para alcanzar su plan, acercarse a Elyse no era una tarea sencilla, pero debía lograrlo, no podía ser tan difícil, después de todo, al menos él podía entrar a la mansión sin ningún problema.

—No mucho en realidad, tiene que demostrarme que de verdad la ama, que la hará muy feliz, no es muy difícil. Si ella lo acepta, yo lo haré.

—Podemos pasar a la mesa —anunció Elyse haciendo su aparición. Los presentes asintieron y la siguieron hasta el comedor. La joven se comportó como toda una dama capaz de llevar la casa sin ningún problema. La cena alcanzó con tranquilidad en medio de conversaciones banales y poco interesantes, por lo que lady Cartler apenas si pronunció palabra alguna, rara vez intervenía y solo cuando le hacían una pregunta. Estuvo muy pendiente de la actitud de Dunne, quien, por alguna razón, no perdía oportunidad para mirarla.

Al terminar, los caballeros estaban por pasar al despacho para conversar en privado cuando el mayordomo llamó de urgencia al marqués, por lo que se retiró un momento y a ella no le quedó más opción que quedarse haciéndole compañía al invitado para no dejarlo solo.

—¿Por qué pareces tan dispersa? Como si no te interesara participar de la conversación. —Ella lo miró y se encogió ligeramente de hombros.

—Tal vez sea porque no me interesa participar en lo que sea que se refiera —respondió con un tono un tanto agresivo, mucho más de lo que planeó, pero no era algo que pudiera controlar, a veces la distancia era la mejor medicina para muchos males. La curiosidad era algo con lo que podía lidiar, con el dolor y la tristeza no, nadie podría familiarizarse con un sentimiento así, ni siquiera una persona acostumbrada a vivir en soledad. Le dio la espalda y fijó la mirada en el jardín más allá de la ventana. Se sintió tranquila hasta que un

suave aliento le causó un cosquilleo en su hombro, se giró de inmediato y tan rápido como pudo, entonces fue consciente de que estaban demasiado cerca, con un pequeño movimiento podría tocarlo—. ¡Aléjate, ahora! —exigió intentando retroceder, pero él la tomó por la cintura impidiéndoselo.

—¿Me tienes miedo?

—No, no tengo razones —respondió la joven de inmediato sin siquiera dudárselo, necesitaba un poco de espacio.

—¿Qué sientes al tenerme cerca? Porque de seguro que sientes algo, es la única explicación que tengo a la forma en que me tratas, como si me temieras. —Ella elevó el mentón con orgullo, se cruzó de brazos restándole importancia al roce de sus brazos con su pecho.

—¿Qué siento por usted? ¡Nada! Absolutamente nada. —La habilidad que tenía para mentir era de admirar, sus palabras salieron con tanta seguridad que hasta ella se lo habría creído, si no hubiera conocido la verdadera respuesta con antelación, una mentira más a su larga lista. Nadie la conocía lo suficiente como para saber cuándo sus palabras eran verdaderas, la única señal que daba su cuerpo eran los fuertes latidos de su corazón, pero pocos reparaban en detalles tan pequeños.

—¿Por qué será que no puedo creerte? —Su voz estaba llena de coquetería, su mirada se turnaba entre los labios y los ojos de la dama, deseaba volver a sentir sus besos.

—Ese es su problema, no el mío. Ahora, haga el favor de dar al menos unos diez pasos hacia atrás, sentirlo tan cerca, además de ser muy incorrecto, empieza a asfixiarme y a cansarme. Hágalo o, de lo contrario, gritaré. Mi hermano enloquecería al verlo. —Usar a Enrique era una completa estupidez y niñería, pero no era como si no le importara, situaciones desesperadas ameritaban actos especiales.

—De Chelmendley me encargo yo, no tienes de qué preocuparte. No es

que vaya a lastimarte, raptarte o hacer algo con lo que no estés de acuerdo, solo quiero tenerte cerca. —Elyse, un tanto exasperada, puso sus manos sobre los antebrazos del caballero y los empujó lejos de su cuerpo. Al verse libre, no esperó ni un solo segundo para caminar y alejarse, solo en ese momento notó que había estado conteniendo la respiración y que su cuerpo temblaba con fuerza. Necesitaba espacio, tenía que alejarse de él a como diera lugar, así que dijo la que sería una de sus más grandes mentiras, esa por la que tanto se había preparado.

—Escúcheme bien, lord Dunne, no quiero que ni ahora ni en mil años se acerque a mí, lo quiero lejos, tanto como le sea posible. Estoy enamorada de otro caballero, quiero conquistarlo y convertirme en su mujer, y usted se está convirtiendo en una molestia —soltó con fuerza, lo que lo dejó sin palabras. Al parecer, cuando lo tenía cerca, una mentira al día no bastaba para mantenerse a salvo.

—Lamento decirte que no podré complacerte. —Justo, en ese momento, el marqués hizo su aparición. Se detuvo en el marco de la puerta y observó a la pareja con curiosidad, era más que obvio que algo había sucedido o estaba sucediendo, pero, sin darle tiempo a preguntar, su hermana soltó un gruñido muy poco femenino y salió del lugar casi que corriendo; para todos fue más que obvio que estaba intentando huir, pero ninguno la siguió, lo mejor era darle su espacio para pensar, a veces las mujeres lo único que necesitan es soledad.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Enrique a su amigo con el ceño ligeramente fruncido. Andrew suspiró.

—Tenemos que hablar de algo muy serio, pero antes de empezar quiero que prometas escucharme con mucha atención antes de decir algo. —Chelmendley lo miró con un toque de desconfianza, pero asintió. Dunne conocía muy bien el lugar, así que caminó hasta el despacho como si fuera su propia casa y al marqués no le quedó más opción que seguirlo sin pronunciar

palabra alguna, estaba muy intrigado.

—Bien, te escucho. —Sirvió dos *whiskys*, le tendió uno y tomó asiento en uno de los sofás a la vez que Andrew se acomodaba en el del frente.

—Quiero que seas el primero en saberlo: ahora soy el conde de Warrington, mi padre murió hace mucho tiempo, lo mantuvimos en secreto con autorización de los reyes para proteger a mi hermana, pero seguir ocultándolo es un tanto ridículo; heredé su título, sus deberes y, claro está, también sus deudas —confesó, lo que dejó al marqués sin palabras, no podía creer que su amigo estuviera pasando por tantos dilemas y él no hubiera estado para mostrarle su apoyo y ayuda; podía imaginar todos los problemas que había tenido que enfrentar.

—¿Por qué no me buscaste? Habría tomado mi caballo y te habría buscado. —El caballero sonrió y bebió el contenido de su vaso de un solo trago, el ardor en su garganta fue de lo más placentero que había sentido.

—Ya no importa, Marlborough, el esposo de mi hermana me hizo un préstamo con el que pagué una parte de las deudas, gracias a eso no terminé en la ruina. Me quedó un poco de dinero que invertí en un negocio seguro. Las ganancias son pocas, pero llegan sin duda alguna. Digamos que ya me estoy recuperando, de a poco, pero quiero creer que cualquier avance es bueno. Sin embargo, no es eso de lo que quería hablarte, la verdadera razón por la que volví tiene que ver con Elyse. —En cuanto pronunció el nombre de la joven, su rostro se tornó serio.

## Capítulo 6

—¿Qué tiene que ver mi hermana contigo? —preguntó apenas aguantando las ganas de tomar al conde por el cuello y apretar hasta que el aire desapareciera de su cuerpo, todos sus amigos sabían que su hermana estaba completamente prohibida, los conocía lo suficientemente bien como para saber que no eran el tipo de hombre que quería para su hermana.

—Te pedí que antes de cualquier pregunta o intervención me escucharas, pero aclaro, entre tu hermana y yo no ha pasado nada más que un par de conversaciones —no podía decirle sobre el beso, ahí sí que era capaz de lanzarlo por la ventana o de asesinarlo a golpes con lo primero que encontrara en su camino—. Volviendo al tema, desde la primera vez que vi a Elyse, me quedé prendado de su belleza, es una mujer realmente hermosa, dulce, llena de ternura, de elegancia, es alguien a quien una vez que miras ya no puedes apartar los ojos. —Enrique no podía creer en lo que estaba escuchando, no. ¿Su gran amigo y Elyse? Ni loco, lo que menos quería era ver a su hermana sumida en la tristeza por una mala unión, por un matrimonio lleno de mentiras y de engaños.

—Sé conciso, Andrew, dilo de una maldita vez. ¿Qué es lo que quieres con mi hermana? Dilo, porque estoy a nada de sacarte a golpes de mi casa. — Su voz sonaba forzada, solo Dios sabía lo mucho que le estaba costando dejar sus manos quietas, nunca imaginó que algo así podía sucederle, se suponía que sus amigos no tenían permiso de mirar a Elyse, pero claro, prohibirle algo a una persona acostumbrada a actuar como quiere es imposible.

—No te estoy diciendo que me casaré con ella, eso, por lo menos en este

momento, no lo tengo muy claro. Por si no te has dado cuenta, tu hermana no hace más que huir de mí, ni siquiera me dirige la palabra, no más allá de lo necesario. Quiero conocerla, saber cómo es, qué la hace feliz, qué la enfurece, sus sueños, sus deseos, quiero saber si esto que siento cada vez que la tengo cerca es especial, si tal vez yo soy el amor de su vida y ella es la dueña de la mía. —El marqués movió su cabeza de forma negativa, no, ni loco. Por un momento, se imaginó que podría suceder con caso tal, perdió la paciencia y, antes de ser consciente de sus hechos, lo agarraba por las solapas de su saco.

— ¡No! ¡No te acercarás a Elyse y es mi última palabra! —prometió lleno de furia, quería asesinarlo, era lo único que tenía claro.

—Nunca le causaré daño alguno, así como tampoco haré algo que ponga en duda o peligro su buena reputación. Hablo contigo porque no quiero hacerlo a tus espaldas, eres mi amigo, pero aun si no aceptas, estoy dispuesto a seguir con mis planes, siento algo muy especial cuando ella está cerca y tengo toda la intención de descubrir qué es y de ver si tu hermana es la mujer de mi vida, puedo jurarte que no la dejaré ir, de ser así, será mi mujer. —La rabia se apoderó del marqués, su mano se levantó, se cerró en forma de puño y la estrelló contra su mejilla con tanta fuerza que cayó al suelo. Andrew masajeó la zona y sonrió, esperaba ese golpe en algún punto de la conversación, aunque no imaginó que dolería tanto.

—Es un buen comienzo, mi madre decía que expresar los sentimientos y opiniones era sano para el cuerpo, el alma y el corazón. —Suspiró, se puso de pie y sacudió su traje, tendría que llegar a ponerse algo o, de seguro, terminaría con la mejilla morada.

—Esto no se trata de introducciones o primeros capítulos, se trata de mi hermana. Nada ni nadie me hará cambiar de opinión, eso que te quede muy claro. Ahora, lárgate de mi casa si no quieres que te saque a golpes. —Fue hasta la puerta, abrió y le señaló la salida; estaba loco si esperaba que al escucharlo apoyaría su idea, no lo quería cerca de su hermana, ni antes ni en

ese momento.

—¿Por qué, Enrique? Sé que mi economía no es la mejor en estos momentos, tengo muchas deudas con mi cuñado, responsabilidades y apenas si puedo mantener cierto estilo de vida, pero eso es algo que ya estoy solucionando. Es cierto que al principio no podría tener las comodidades que tiene a tu lado, pero llegado el momento lo tendrá, entonces, ¿qué otro argumento tienes en mi contra? —Se negaba a retirarse sin dar la pelea, tenía un propósito, no necesitaba más motivación para continuar con sus planes, pero no perdía la esperanza de conseguir la ayuda de su amigo, esa sería una gran ventaja.

—No lo entiendes, Andrew, sabes que yo nunca prestaría atención a lo económico, es cierto que no quiero que pase necesidades, pero sé que en ese aspecto no tengo razones para preocuparme. El problema es que no confío en que puedas hacerla feliz, no te creo capaz de vivir con una sola mujer por el resto de tu vida, no puedo imaginarte siendo un hombre dedicado a su esposa e hijos durante los años que le queden de vida. Ella merece un hombre sincero, que la quiera tal cual es y que esté dispuesto a convertirla en la única. —Eran pocos los caballeros que cumplían con todas sus exigencias, pero no podía ser tan difícil, solo quería lo mejor para ella.

—Tal vez sí puedo, por la dama correcta, puedo renunciar a todas las demás, y aunque sé que escuchar esto te va a gustar aún menos, sé que ella también siente algo especial cuando está a mi lado. Si no recibo tu apoyo, no tendré problema alguno en escalar a su ventana cada noche, cada día hasta saber si es la mujer de mi vida. Ni tu ni nadie podrá detenerme. —Chelmendley una vez más golpeó su puño en su rostro, pero en esa oportunidad, a pesar de no haberlo hecho caer al suelo, su nariz sí empezó a sangrar.

—¡Eres un maldito! —No le dio tiempo para reponerse del golpe, sino que de inmediato lo tomó por el cuello y lo sacó a empujones de su despacho. Por

el camino, el pie del conde golpeó una de las mesas, lo que causó que el florero que reposaba en esta cayera hasta hacerse añicos y provocó un gran estruendo. La joven estaba en la biblioteca, por lo que al escuchar aquello salió, se encontró con su hermano golpeando a Dunne en un intento por sacarlo de su casa, pero este, aunque no se defendía ni le devolvía los golpes, no permitía que lo sacara.

—¡Basta, Enrique! —gritó asustada, el rostro de Andrew estaba completamente cubierto de sangre y su cuerpo empezaba a perder la fuerza para mantenerse en pie. Furiosa, se acercó y lo obligó a soltarlo para luego alejarlo de un empujón.

—¡No lo toques, Elyse, te prohíbo que te acerques a ese hombre! —ordenó agitado ante el esfuerzo realizado y al ver que ella se acercaba para ayudarlo.

—¡Tú no me das órdenes! Por Dios, ¿en qué estabas pensando? ¡Mira cómo lo dejaste! —Sin importarle los gritos, lo ayudó para que se apoyara en ella y lo llevó hasta el salón más cercano. Pidió a su doncella que le trajera un poco de agua fresca y un par de paños limpios, con mucho cuidado lo sentó en una de las sillas. En una de las clases que su institutriz le daba, le enseñó a limpiar y curar heridas simples, no fue fácil convencerla, pues aseguraba que ese no era el rol de una dama, pero al final accedió. En ese momento agradecía sus enseñanzas. Su hermano no se interpuso cuando se lo llevó, sabía muy bien que meterse en su camino era peligroso, no era de las que permitían que alguien se le impusiera, algo curioso, pero él nunca quiso convertirla en una joven sumisa y poco inteligente, por el contrario, le enseñó a tener una opinión y a defenderse sin olvidar la prudencia.

Una de las sirvientas trajo todo lo que pidió y, con mucho cuidado, fue limpiando todos los golpes, por lo que pronto pudo volver a ver la piel de su rostro, aunque de seguro esta no tardaría en tornarse morada. Mientras ella lo atendía, el conde no perdía oportunidad para rozar su piel con la de sus dedos, eso además de nunca perder de vista sus ojos, sus maravillosos ojos.

—Gracias, creo que, si no llegabas en ese momento, tu hermano terminaba matándome —dijo intentando sonar gracioso, pero ella terminó ejerciendo demasiada presión en uno de los golpes lo que lo hizo saltar de dolor.

—Eso es curioso, lord Dunne, mi hermano es el hombre menos agresivo que conozco, no es de lo que van por ahí de pelea en pelea, lo que me lleva a pensar que tal vez fue usted el que lo provocó, ¿me equivoco? —El joven sonrió y volvió a tomar la misma posición para que ella continuara con sus cuidados.

—¿De verdad cree que de haberlo provocado habría permitido que me golpeará de esa forma sin siquiera defenderme? —Ella dejó caer el paño en el agua, puso las manos en su cintura y lo miró.

—Entonces, ¿a qué le debemos semejantes hechos? La última vez que estuve en su compañía eran un par de grandes amigos dispuestos a disfrutar una copa, pero no pasó mucho tiempo cuando escuché cómo, mientras se comportaban como un par de animales, destruían todo a su paso, como el florero favorito de mi madre. —Andrew hizo una pequeña mueca, en su defensa, no lo rompió a propósito, fue un accidente causado por la forma en que su amigo lo arrastraba a la puerta, aunque pudiera que eso no fuera una excusa.

—¿De verdad era el favorito de tu madre? Dios, de verdad lo siento —dijo arrepentido, él sabía muy bien lo que se sentía perder a alguien querido, aferrarte a aquello que te ayuda a no olvidarlo es la única forma de sobrevivir y él acababa de arruinarlo.

—No, a ella le encantaban las flores, pero no tenía un favorito, aunque ese sí se lo regaló mi abuela en un intento para que decorara la casa, pero ella apenas si reparaba en él. —Al escucharla, el conde la miró de forma acusatoria, lo que la hizo reír, él lucía verdaderamente arrepentido e incluso un tanto preocupado, solo aprovechó el momento para burlarse un poco de él, ella no estaría tan tranquila si de verdad hubiera dañado algo que le recordara

a su madre o a su padre, ahí sí que habría permitido que su hermano lo sacara a golpes de la casa, ese florero no era más que una decoración poco servible, su familia era más musical.

—¡Por Dios, Elyse, me diste un buen susto! Con eso no se juega. —Intentó parecer indignado, pero no le funcionó, la luz de su rostro al sonreír lo encandiló. Para la joven no pasó desapercibido el momento justo en que lord Dunne la llamó por su nombre de pila, aquello le causó un cosquilleo a lo largo de su espalda.

—Se lo merecía, milord, por alterar la paz y la calma de mi casa, no estamos acostumbrados a ese tipo de escándalos —dijo reponiéndose rápidamente y calmando los acelerados latidos de su corazón.

La dama tomó el paño una vez más, exprimió el exceso de agua y continuó con su labor. Eran golpes muy superficiales, uno que otro sangraba, pero no era nada de gravedad, por lo que terminó mucho más rápido de lo que imaginó, llamó a una de las sirvientas y le pidió que se llevara los implementos que usó. Todos los habitantes de la mansión eran de confianza, si se generaba un rumor, de seguro que nunca serían ellos quienes lo causarían, sin embargo, con el propósito de evitar cualquier tipo de problema, la puerta permaneció abierta en todo momento, siempre a la vista de cualquiera, no quería poner su buena reputación en duda.

—Todo listo, le dolerá durante los siguientes días, pero yo no puedo hacer nada para evitárselo, tal vez si llama al doctor, él le dará algo para aliviarle las molestias. —Limpió sus manos y lo miró—. Traeré a mi hermano, tendrán mucho de qué hablar, solo no quiero más golpes. —Dio media vuelta y salió.

—Ahora veo que no me contaste toda la verdad —dijo Enrique entrando al salón por la puerta ubicada al extremo contrario de la que usó la joven. El caso pasó saliva.

—Tu hermana salió a buscarte, ¿qué hacías ahí? No me digas que te

escondiste para verificar que no me propasara con ella, sabes que nunca lo haría. —El ambiente entre ellos era tenso, las ganas de una buena pelea seguían presentes, ambos tenían mucho que decir y mucho por lo que pelear, pero no tenían más opción que mantener la calma.

—Necesitaba ver cómo era ella cuando está cerca de ti, me dijiste que Elyse también sentía algo especial cuando estabas cerca, debía verificar con mis propios ojos qué tan cierto era eso, pero solo con observarlos un par de minutos pude verlo. Ella sonríe, baja la guardia y es mucho más agradable cuando conversa contigo que con cualquier otro caballero, así como también noté que hay cierta confidencia entre ustedes, algo esconden y no sé si quiera saber qué es. —El caballero lo miraba con seriedad, decirle que la había besado solo firmaría su sentencia de muerte, pero tampoco podía mentirle e inventarle una historia, por lo que prefirió guardar silencio, como dándole un par de segundos para meditarlo.

—Enrique, yo... —El marqués levantó su mano derecha, lo que lo silenció, tenía algo que decir, no podía darse el lujo de arrepentirse, no después de lo que acababa de ver, tenía razones para cambiar de opinión.

—Puedes acercarte a ella, yo no me opondré, pero tampoco actuaré a tu favor, si algo llega a suceder entre ustedes, sea bueno o malo, yo no me interpondré a menos que vea que mi hermana está en peligro. Eso sí, quiero que seas un caballero en todo el sentido de la palabra, tienes que tratarla con respeto, como la dama que es, no sobrepasarás los límites, nunca pondrás en riesgo o en duda su virtud o su buena reputación, ella no puede sufrir bajo ningún concepto porque juro que acabo contigo, Dunne. —Andrew sonrió, después de todo, esos golpes valieron la pena, logró su propósito.

—Con esto no quiero decir que me casaré con ella, eso aún no lo tengo claro, pero seremos amigos, si llego a causarle dolor, yo mismo te daré el arma para que acabes conmigo —no lo estaba diciendo con todas sus palabras, pero eso era lo más cercano que tendría a una tregua.

—Solo quiero que la cuides.

—Lo haré, lo prometo, pero lo que menos quiero es que con esto termine perdiendo un amigo, tu amistad es de lo más valioso que tengo en este mundo —dijo con delicadeza.

—Tengo una duda, si yo te obligara a elegir entre acercarte a mi hermana o conservar mi amistad. ¿Qué escogerías? —El conde sudó frío, no podía creer en lo que acababa de escuchar. ¿De verdad tenía que responder? Lo pensó por un momento antes de pronunciar alguna palabra, pero no se permitió mostrar emoción alguna en su rostro.

—Si tengo que hacerlo, me quedo con ella. Valoro muchísimo tu amistad, Enrique, me has acompañado mucho cuando te he necesitado, nunca has dudado en ayudarme si te lo he pedido, pero a su lado puede que encuentre la felicidad y eso no lo voy a cambiar por nada ni por nadie. No tengo padre, no tengo madre y mi hermana está felizmente casada, creo que ha llegado la hora de luchar por mí. —Por la forma en que los labios del marqués se curvaron, Andrew supo que había respondido correctamente.

Enrique se acercó y le dio un fuerte abrazo al que el caballero respondió con la misma efusividad, los fuertes golpes en la espalda del otro fueron el complemento perfecto, y fue así como los encontró Elyse.

—Ah, bueno, primero llego y se están acabando a golpes, me voy un par de segundos y al volver ya se están abrazando como un par de hermanos que no se veían hace mucho tiempo, ¿alguien quisiera explicarme qué es lo que está sucediendo? Porque creo que perdí el rumbo de la conversación. —Los presentes se alejaron con una sonrisa en sus labios. Y pensar que en un principio fue ella la causa de la discordia.

—Aquí no hay nada de que amerite tu atención. Por cierto, Andrew, lamento mucho los golpes, creo que me dejé llevar, pero Elyse ya te atendió a la perfección, así que me retiro por un momento, debo enviar una carta de

inmediato. —Le dio un guiño a su amigo y salió, lo que los dejó solos, pero por seguridad prefirió no cerrar la puerta.

—No sé porque presiento que algo me están ocultado —dijo con desconfianza.

—Tranquila, todo está bien, pero sí me gustaría que conversáramos un poco, podrías empezar contándome cuáles son tus gustos, no sé, flores, instrumentos, cosas así. —La joven estaba cerca de una gran repisa por la que pasaba sus dedos, sobre esta solo había un lindo y brillante reloj dorado. Su madre nunca había sido muy buena con eso de las decoraciones, solía decir que la belleza está más allá de un par de adornos, prefería las buenas conversaciones junto con unas deliciosas onces para acompañar, decía que fue así como conquistó a su esposo, ya que su único talento era la jardinería, no era muy dada a la música o al tejido, fue una suerte atrapar a un partido como el marqués de Chelmendley, un hombre que la amó hasta el último de sus días.

—Lo mejor será que se vaya, milord, ese tipo de confianzas que se está tomando conmigo son indebidas, así que le pido que no lo siga haciendo, prefiero evitar malos comentarios, nunca se sabe quién puede estar escuchando. —De repente, el conde se puso de pie y se acercó con un par de zancadas, la tomó por la cintura y la obligó a permanecer en el mismo punto.

—No quiero irme. —Sintió cómo el cuerpo de la joven tembló—. Dime una cosa, Elyse, ¿qué sientes cuando me tienes cerca? Sé sincera. —Ella sonrió con autosuficiencia, no debía pedirle sinceridad, ella no poseía tal cualidad.

—Nada, por usted, no siento ni sentiré nunca absolutamente nada, no me interesa en lo más mínimo. —Él estuvo cerca de creer en sus palabras hasta que algo en los ojos de la dama lo hizo dudar, fue como si solo sus labios estuvieran dispuestos a mentir de esa forma, lo que alivió el miedo.

—Fingiré que te creo. —Le lanzó un guiño, se alejó, alisó sus ropas y

salió rumbo a su casa, tenía varias cosas por hacer.

## Capítulo 7

—¿Estás lista, Lys? —preguntó su hermano asomándose por el marco de la puerta. Esa noche asistirían a la velada de los duques de Fife, padres de Hernand, heredero al título, y Rose, Bianca y Any, sus tres hijas, todas solteras, en edad casadera y a la caza de un buen partido. El problema era que lady Cartler nunca tuvo buena relación con ninguna de ellas, no asistiría de no ser por su hermano, pues él tenía grandes negocios con el duque y no se podían dar el lujo de faltar, menos cuando Fife esperaba casarlo con una de sus hijas.

—Sí, no es que pueda escabullirme y no ir —respondió tomando sus guantes para colocárselos. Ese día llevaba un delicado vestido color rosa pálido, tenía unas pequeñas flores en el borde de las mangas y en el escote, lo que resaltaba su pecho, además que a lo largo de su torso tenía unos pequeños detalles en encaje que, según su modista, ayudaban a marcar la cintura, todo complementado con unas lindas perlas y guantes del mismo tono del encaje.

—Vamos, Elyse, no puedes obligarme a ir solo. ¿Con quién voy a bailar cuando esas jóvenes se acerquen y casi me obliguen a ser su pareja? Soy tu hermano, sacrificate un poco por mí. —Ella soltó una carcajada, ver a Enrique huyendo de las jóvenes como de la peste era de lo más divertido, debía admitir que disfrutaba viéndolo.

—Tranquilo, claro que te acompañaré, pero ¿y tus amigos? Ya que casi todos sufren del mismo mal, deberían ayudarse los unos a los otros. He visto que te quedas en su compañía durante las veladas, ¿en dónde están hoy? —Él se encogió ligeramente de hombros.

—Devonshire asistirá, pero es que él no cuenta, ya está casado, ya tiene a

su duquesa, ninguna dama respetable irá tras él; los Marlborough no asistirán, Andrew me dijo que su hermana sigue cuidando de su hijo, y Dunne, ahora conde de Warrington, tampoco participará, tiene unos asuntos pendientes con un negocio que tiene entre manos y que espera que lo ayude a terminar de levantar la cabeza, si todo continúa tan bien como hasta ahora, pronto podrá volver a hablar de comodidades. —Su hermana lo miró un tanto confundida mientras bajaban las escaleras y se encaminaban a la salida, el carruaje ya los esperaba.

—¿Ha muerto el padre de lord Dunne? —preguntó curiosa, no sabía que el joven ya había heredado el título de su padre.

—Claro, y por lo que me contó, fue hace mucho tiempo, pero realizaron un acuerdo con su majestad y lo mantuvieron en secreto por el bienestar de Amberly, su matrimonio debía ser inmediato luego del duelo en el que Frederick hirió de muerte a su anterior prometido. —Elyse asintió, conocía la historia al igual que todo Londres, aquello fue un verdadero escándalo, era obvio que intentarían salvaguardar el buen nombre de la dama.

—Esa es una verdadera historia de amor, el duque luchó por ella sin importarle si terminaba muerto en aquel duelo —concluyó con una sonrisa, cómo le gustaría encontrar a alguien que la amase con tanta fuerza.

—Cierto, pero el punto es que mi amigo Dunne es el actual conde de Warrington. —El caballero le tendió su mano y la ayudó a subir al carruaje. En cuanto ambos tomaron asiento en el interior de este, la joven aprovechó el momento y el rumbo de la conversación que estaban manteniendo para preguntar eso que llevaba varios días dándole vueltas en la cabeza, solo esperaba no parecer demasiado impertinente.

—Enrique, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Qué hay de cierto en los rumores sobre el conde de Warrington? Dice

que está en la quiebra, que tiene muchas deudas, su padre lo dejó a un paso de la cárcel para deudores y la única razón por la que no está allí es por el duque de Marlborough, su cuñado. —Ese fue el chisme que tomó fuerza una vez que vieron la reaparición de Andrew, en cualquier lugar en el que él hiciera acto de presencia, ese tipo de habladurías eran lo único que se escuchaba y, aunque para ella la respuesta era poco relevante, si sentía que debía conocerlo todo.

—Por lo que me dijo Andrew, gran parte es cierto, su padre si dejó el título en la quiebra y sí, Frederick es la única razón por la que no está en la cárcel. Me dijo algo sobre un préstamo, aunque ahora su situación es diferente, las deudas están saldadas, por lo menos las que pueden ponerlo en problemas, además invirtió en un negocio seguro, no muy rentable pero la ganancia siempre llega. Es un hombre inteligente y tiene cierta habilidad con el dinero, estoy seguro de que, en menos de lo que te imaginas, ya estará viviendo con todas las comodidades posibles. —Elyse sonrió, de eso no tenía la menor duda, a pesar de ser un completo idiota con las mujeres, era poseedor de muchos talentos.

—Me alegra —no podía decir más, de hacerlo seguro que levantaría sospechas, ella siempre se había caracterizado por no prestar más atención de la debida a la aristocracia, sus vidas le eran indiferentes.

Chelmendley la observó con curiosidad esperando ver algo más en ella, algo que alimentara sus sospechas sobre la relación que mantenía con su amigo, pero Elyse no mostró emoción alguna, su rostro seguía igual. Elyse siempre fue la mujer menos expresiva que conocía, aunque siempre pensó que era debido a la muerte de sus padres. Se quedaron solos cuando aún eran muy jóvenes, ella necesitaba una madre que la guiara y la aconsejara y no la tuvo, eso lo hacía sentir un poco culpable, pues de haberse casado años atrás tal vez ella habría tenido una compañera, el problema era que no se sentía listo para dar un paso así.

Al llegar a casa de los duques, luego de saludar a los anfitriones y a varios

conocidos que se cruzaron por su camino, se acercaron a los duques de Devonshire, realizaron la debida reverencia y las damas se enfrascaron en una conversación.

—¿Sabes que escuché de labios de lady Fife? —preguntó la duquesa intentando provocar su curiosidad, ella vio algo especial entre su amiga y Warrington, quería saber qué tan profundo era el sentimiento que de seguro los unía, porque la forma en que se miraron el uno al otro durante la velada de los marqueses de Ailsa solo podía ser atribuida al amor, ella estuvo muy al tanto de todo lo que sucedió entre ellos esa noche, lo único que le faltó fue escuchar sus conversaciones, fue una lástima no haber podido acercarse más.

—No sé qué te hace pensar que pueda interesarme, pero ya que tienes tantas ganas de decírmelo, adelante, te escucho —dijo con indiferencia.

—Hoy estuve con la reina y me dijo que Andrew Dunne ya era el conde de Warrington desde hace un buen tiempo, al parecer no soy la única que lo sabe, el rumor ya empezó a correr por todo Londres. Hoy, al saludar a lady Fife, me confesó que guarda la esperanza de casar a una de sus hijas con él, está realizando un negocio muy lucrativo con su esposo, nada mejor para sellar una alianza económica que un matrimonio. Me confesó que lady Carlota, su segunda hija, está muy interesada en el caballero en cuestión, tanto o más que lady Enrieta, quien busca desesperadamente a tu hermano. —Elyse guardó silencio por un momento, pero lo que le sorprendió a la duquesa fue que no mostró reacción alguna, fue como si le estuviera hablando del clima o del número de invitados.

—En cuanto a mi hermano, él ya estaba al tanto del interés de la dama, quiero pensar que es lo suficientemente inteligente como para evitar unirse a esa mujer, no es la indicada para él. En cuanto al conde, tengo poco que decir, la verdad es que el trato que hemos tenido es más bien limitado; si es por dinero, la dote de Carlota lo ayudará mucho, pero si llegan a casarse, solo espero que haya algo de sentimiento entre ellos o la desgracia los acompañará

por el resto de sus días —comentó con indiferencia.

—Creo que no estamos de acuerdo, en definitiva, lady Carlota no puede unirse a lord Warrington bajo ningún concepto, ni siquiera su dote, sus problemas económicos pronto estarán solucionados, pero ella no es una mujer capaz de luchar a su lado cualquier batalla que pueda presentársele, él necesita a alguien fuerte, no a una señorita que no sabe hacer más que lucir bella. —Eso era algo que ninguna de las dos podía negarse, las tres hijas de los Fife eran muy hermosas, era sorprendente que la primera, estando ya en su segunda temporada, aún no estuviera comprometida, eso sumado a una excelente dote hacían de ellas la mejor opción para cualquier caballero.

—¿Y consideras a lady Enrieta adecuada para mi hermano? —La joven sentía que su corazón se le saldría del pecho, los sentimientos que estaba experimentando, a causa de las noticias, la dejaron sin respiración, necesitaba cambiar el tema de conversación de inmediato.

—Por supuesto que no, Enrique está destinado para alguien más. ¿Sabes? Me duele mucho que no me tengas la suficiente confianza como para contármelo por voluntad propia, después de todo lo que me ayudaste con mi esposo, te convertiste en mi gran amiga. —Elyse la miró con el ceño ligeramente fruncido.

—No entiendo a qué haces referencia. —La duquesa la tomó por el brazo de la forma más disimulada posible y se alejaron un poco de los invitados que ya llenaban el salón, buscando un poco de privacidad.

—No sé si fuiste consciente o no, pero en la velada de los Ailsa vi cómo se miraban, parecían un par de confidentes que escondían un secreto enorme, a mí no puedes mentirme, sé que si no hay algo entre ustedes, sí lo hubo, y quiero saberlo todo; confía en mí, prometo ayudarte si decides conquistarlo. —La aludida se removió inquieta, claro, se olvidó de Cassandra, una de esas mujeres que estaban al pendiente hasta del más mínimo detalle de todo lo que sucedía a su alrededor, eso sumado a que la conocía muy bien solo podía

significar peligro, ella podría aprender a identificar cuándo sus palabras eran verdaderas y cuándo no eran más que mentiras.

—No es el lugar ni el momento para tener ese tipo de conversaciones, cualquiera podría escucharnos y se armaría un buen escándalo. —Su prioridad era escapar, ya pensaría en algo para evitar volver a verse en la obligación de dar respuestas que no le apetecía pronunciar.

—Eso lo sé, pero lo que quiero es que vayas y dejes muy en claro quién será la próxima condesa de Warrington; lo que hay entre ustedes es especial, no permitas que te alejen de tu felicidad, no lo hagas, ni siquiera por orgullo o terquedad, es más lo que puedes ganar que lo que puedes perder, a veces es necesario arriesgarse. —La duquesa de Devonshire quería devolverle el favor. Gracias a lady Cartler era que terminó casada con el amor de su vida, ella quería ver en esos hermosos ojos verdes la misma felicidad.

—Está loca. ¿Qué esperas, que me acerque a lady Carlota y le prohíba volver a acercarse a lord Warrington? ¡Por Dios! Él ni siquiera nos acompañará esta noche. —Ya estaba empezando a exaltarse, por lo que su voz sonó un tanto más agresiva de lo que quiso, la paciencia y la calma no eran sus más grandes cualidades, de hecho, tenía un gran déficit en ambas.

—Te equivocas, mi esposo fue a verlo esta mañana y no solo lo convenció para que asistiera, también se unirá al negocio que el conde está organizando. Seguro que no tarda en llegar. —Le guiñó un ojo, la tomó del brazo y volvieron junto a sus acompañantes. Fue agradable ver que el rostro de la joven se tornaba ligeramente pálido, por fin veía en ella algo de sentimientos, empezaba a temer que el problema fuera mucho más profundo y que le sería imposible ayudarla, por suerte no era así.

Tal como la duquesa aseguró, Andrew no tardó mucho en aparecer, tan elegante como siempre, vistiendo su traje color negro, aunque su chaleco, si la vista no le fallaba, debía ser azul oscuro; se veía tan apuesto e imponente. En cuanto entró, se acercó a ellos.

—Milord, es un verdadero placer tenerlo con nosotros, permítame felicitarlo por su título, aunque lamento mucho lo de su padre —saludó la duquesa con educación a la vez que respondía a su reverencia, solo le faltaba verlo y cruzar un par de palabras con él para saber que era la pareja indicada para su amiga, era una gran persona y un gran hombre, si la amaba, tenían absolutamente todo para ser felices.

—Gracias, excelencia, el placer es mío al poder acompañarlos —saludó a los caballeros presentes con un pequeño movimiento de cabeza, pero en cuanto llegó hasta lady Cartler, se detuvo, tomó su mano y dejó un beso mucho más demorado de lo que debía sobre el dorso de esta.

—Milord —fue lo único que pudo decir sin poner en evidencia los nervios que sentía en ese momento; debía recuperarse, de inmediato.

Andrew estaba por decir algo más, pero el marqués lo tomó por el hombro y negó con la cabeza, lo que lo silenció. Él era consciente del estado de su hermana, si el caballero de verdad quería acercarse un poco más a ella, lo mejor era darle un momento para que se amoldara a la situación y se sintiera cómoda, presionarla tanto no era buena idea, Elyse necesitaba un poco de espacio y lo mejor era dárselo.

—Pensé que no vendrías —comentó Enrique alejando la atención de su hermana.

—Devonshire me convenció, pensé en quedarme en casa para ultimar los detalles del primer envío de mercancía, pero él prometió invertir y participar. No podía negarme ante tal propuesta, aunque sigo sin entender la razón. —El duque se limitó a sonreír, cuando ya nadie se fijó en él, le guiñó un ojo a su esposa, una fiel muestra de complicidad.

—Espero que estén disfrutando de la velada —dijo la duquesa de Fife acercándose a ellos, sus dos hijas mayores la seguían y, a lo lejos, se podía divisar al duque.

—Excelencia, es una noche espléndida. —Realizaron una reverencia a la que lady Fife respondió, pero enseguida se giró y se hizo a un lado para darles espacio a sus hijas, quienes no tardaron en ubicarse de forma tal que Enrique y el conde las tuvieron a plena vista, a ellas y a sus bellezas, porque de inmediato enderezaron sus espaldas hasta casi parecer doloroso, sacaron pecho y elevaron sus mentones, se veían realmente hermosas. Elyse, al percatarse de sus movimientos, sintió que su sangre empezaba a hervir.

—Lord Chelmendley, espero que recuerde a mis hijas. —El marqués asintió, se inclinó y besó el dorso de las manos de ambas.

—Por supuesto, pero siempre es un placer volver a verlas.

—Lord Warrington, permítame presentarle a mis hijas, Enrieta, la mayor, y Carlota, mi segunda hija. —El conde imitó los movimientos de su amigo y sonrió por educación, desde que la muerte de su padre se hizo pública, la atención cayó sobre él, lo que lo ponía incómodo, prefería pasar desapercibido, por eso agradecía ser un conde, los títulos superiores se llevaban mayor importancia.

—Milord, es un placer. ¿Puedo preguntarle qué tan buen bailarín es? —estaba siendo un tanto impertinente, demasiado directa, pero bien decía su madre que cuando se quiere lograr algo, hay que trabajar por ello, no importa perder un poco en el camino. Lady Cartler de inmediato entendió la técnica, casi que lo estaba obligando a invitarla a bailar, lo que por alguna razón solo logró que su rabia aumentara.

—¡Lord Warrington! Creo recordar que me prometió el primer baile de la velada —intervino abruptamente llamando la atención de todos, la duquesa de Devonshire sonrió hasta más no poder, los celos eran la primera muestra de amor. Los presentes se quedaron sin palabras al escucharla y la sorpresa fue evidente en sus rostros, en especial en el marqués, nunca imaginó ver a su hermana casi peleando por un caballero, y que el aludido fuera justo uno de sus mejores amigos hacía que el asombro fuera aún mayor.

Andrew se quedó sin palabras por un momento, pero al percatarse de que más bien parecía un imbécil que no podía dejar de ver a la dama, sacudió su cabeza y recobró la compostura feliz de por fin haber ganado un poco de territorio en su corazón.

—Efectivamente, lady Cartler, le prometí el primer baile y, como el caballero que soy, cumpliré con mi palabra. —Regresó su mirada a lady Carlota—. Tal vez en otra oportunidad pueda mostrarle mis habilidades en la danza. —De inmediato su atención se centró en Elyse, quien no pudo estar más feliz al ver el rostro de la joven lleno de perplejidad; ya tendría tiempo de meditar las consecuencias de sus actos, estaba disfrutando mucho el momento como para pensar en otra cosa.

## Capítulo 8

—De saber que pedirle el primer baile sería tan bien recibido, lo habría hecho en cuanto la vi, debo admitir que me sorprendió bastante — comentó el conde cuando las primeras notas empezaron a ser entonadas y ellos ejecutaron los primeros pasos de baile. La joven evitaba mirar el rostro del caballero, sus ojos huían de los de él, su mirada estaba fija en las otras personas, en cualquiera que no fuera Andrew.

—No lo hice por usted, milord, mi hermano siempre me ha dicho que las damas en edad casadera son realmente insoportables cuando se proponen cazar a un hombre, por si no lo notó, esa mujer lo único que quería era conseguir una pareja de baile, lo hice más por usted que por mí, lo salvé de tener que aguantar sus sonrisas y coquetería por varios minutos. —Mientras era conducida a la pista de baile, pensó muy bien en cuál sería su excusa para haber hecho lo que hizo, solo mantuvo la calma e ideó un plan, entonces recordó las palabras de su hermano cuando salieron de casa, era perfecto.

—Bueno, aunque no entiendo mucho las razones, igualmente se lo agradezco, más por bailar conmigo que por salvarme de la joven en cuestión, ahora que sé que usted siempre estará ahí para ayudarme a escapar de las jóvenes en edad casadera, puede que me mantenga cerca. —Ella se quedó sin respiración, tal vez su plan no era tan bueno después de todo.

—Se equivoca, milord, no me usará de escudo protector, solo fue una vez porque sentí lástima por usted, no volverá a suceder —fue lo único que pudo decir sin ponerse en evidencia, odiaba sentirse entre la espada y la pared, esa fue una de las razones por las que empezó a mentir cuando alguien le

preguntaba algo, era una forma de acabar el tema sin revelar nada propio, era una forma de protegerse a sí misma, el problema era que él tenía cierto talento para acabar con sus opciones. Teniéndolo cerca, mentir era cada vez más complicado.

—¿Está segura de que solo fue por lástima? Bien podría haber usado sus tácticas para salvar a su hermano. ¿Por qué usarlo conmigo? —Dunne quería provocarla y, por la forma en que la dama miraba a su alrededor como esperando encontrar su salvación, supo que lo estaba logrando.

—Ya se lo dije, lord Dunne, fue más por lástima que por cualquier cosa, usted es uno de los mejores amigos de mi hermano, le tiene mucho aprecio, no le gustaría verlo sufriendo por la insistencia de una joven que no lo hará feliz, así que, como ya bien le hice saber, mis actos son inspirados en mi hermano, no en usted. Además, él está mucho más acostumbrado a ese tipo de situaciones, lleva mucho tiempo lidiando con ellas, mientras que usted apenas comienza, estuvo mucho tiempo lejos de la aristocracia londinense, luego regresa siendo conde de Warrington, lo que no solo ha atraído la atención, sino que también ha causado varios comentarios. Tómelo como un favor, lo mejor es dejar el tema hasta ahí —dijo exasperada, su paciencia estaba cerca de llegar al límite, su cabeza era como si de repente hubiera dejado de funcionar, no podían haberse agotado las ideas, tal vez bailar con él para alejarlo de Carlota no fue la mejor de sus soluciones, nunca más volvería a dejarse llevar por sus emociones, actuaría con cabeza fría.

—Vamos, lady Cartler, no dejaré de insistir hasta que usted revele las verdaderas causas que motivaron tales actos. —Elyse lo miró con rabia, como si con ello pudiera acallar sus preguntas, pero no pronunció ni una sola palabra más, tenía la certeza de que él encontraría la forma de usarlo en su contra—. Su siguiente baile también es mío —ordenó.

—¿Disculpe? —preguntó sin poder creer en lo que escuchaba, un favor y él ya se creía con el suficiente poder como para pedir seguro de que sería

complacido.

—Ya escuchó, milady, quiero que su siguiente baile también lo comparta conmigo. —Ella lo miró como si se hubiese vuelto loco. ¿Quién se creía para casi exigirle tal cosa como si ella estuviera a su servicio?

—Creo que se está equivocando conmigo, milord, no me interesa bailar con usted, ya le dije que esto lo hice para ayudarlo, pero puede tener la certeza de que aquello no volverá a suceder, he aprendido mi lección, usted es un hombre que no conoce límites, mucho menos cuando se trata de una dama. Supongo, pues claro, todas están locas por atraparlo, pero yo no hago parte de ese grupo. —Él la hizo girar y tomó su mano para continuar con la danza, tiempo que le ayudó a meditar muy bien sus palabras; cuando una vez más la tuvo lo suficientemente cerca, continuó con la conversación.

—No me malinterprete, no es una orden ni nada que se le parezca, es que quiero conversar con usted, de ser posible, con un poco más de privacidad, y ya que acercarme a ti es cada vez más difícil, no puedo hacer más que limitarle los caminos, así que o baila conmigo o la espero en el jardín, tal como lo hicimos la primera vez que nos vimos, seguro que lo recuerda. —La dama empezaba a tener unas inmensas ganas de darle una buena cachetada al imbécil que tenía en frente. ¿Cómo se atrevía a hacerle algo así?

—¿Y que si me niego? Porque se me está antojando no volverle a hablar en mi vida, no más de lo justamente necesario. —Elevó el mentón y esquivó su mirada, pero en su rostro se podía evidenciar la rabia que corría por sus venas.

—Ya llevamos un tiempo en este ridículo juego del no y sí, ya me conoces lo suficiente como para saber de qué soy capaz por lograr lo que quiero y lo que más deseo en este momento es poder hablar contigo, así que tú decides, bien podría encontrar la manera de alejar a todo caballero que intente entablar una conversación. —Ella se negaba a aceptar cualquiera de las dos opciones. La primera, un segundo baile, levantaría muchos comentarios, todos en torno a

un posible compromiso y con final en el matrimonio; la segunda, no solo era un riesgo demasiado alto estar a solas con él, sino que en un momento así estaría sola, no tendría en quién escudarse o protegerse y, aunque no quería aceptarlo, le daba miedo no tener la fuerza suficiente para mantenerse en su papel de dama, no podía volver a probar sus labios.

—Esto es ridículo, por supuesto que no lo haré —aseguró una vez que las últimas notas fueron entonadas, por lo que no tardó en hacer una reverencia y volver junto a su hermano. Su deber había terminado, ya podía mantenerse tan lejos de Andrew Dunne como quisiera, no volvería a cometer el error de acercársele, que bailara con quien le pareciera.

El conde la siguió hasta donde los esperaba el marqués, los duques de Devonshire compartieron el primer baile, por lo que apenas iban llegando al lugar, pero la incomodidad era evidente en Enrique. Lady Enrieta y su madre seguían a su lado, no era difícil suponer que lo único que intentaban era acercarse a él y muy probablemente comprometerlo. Elyse centró su atención en él y en encontrar la manera para que esa mujer lo dejara tranquilo. Hay que entender cuándo las intenciones no son bien recibidas, hay que saber cuándo retirarse.

Warrington no pudo decir o hacer mucho durante varios minutos, había muchas personas presentes y su conversación no era algo que pudiera mantener frente a cualquiera, por lo que solo esperó.

—Lord Chelmendley, espero que tenga la intención de ser mi pareja en el próximo baile, de lo contrario, quedaré muy decepcionada —dijo Cassandra atrayendo la atención hacia ella, fue consciente de la mirada asesina de la duquesa de Fife y de su hija, pero por lo que pudo notar, se les agotaban las ideas y no erró, pronto las damas pidieron disculpas y se retiraron, aunque algo le decía que no se darían por vencidas con tanta facilidad.

—Gracias, estaba a punto de saltar por la ventana —bromeó Enrique, odiaba ser asechado por una mujer, con más razón si esta, en su cabeza, no

tenía más que telas, encajes, flores, vestidos, colores y joyas.

Manténían una conversación neutra y nada especial cuando el conde de Porth se acercó. Lady Cartler y él fueron presentados hacía ya mucho tiempo, durante su primera temporada. Era un hombre agradable, educado, todo un caballero, era muy ameno compartir tiempo con él, incluso, en su momento, ella llegó a pensar que podía estar algo por el hombre en cuestión, pero pronto entendió el error, le atraía porque él era todo lo que llegó a desear tiempo atrás, tenía todas las cualidades posibles y no le conocía ni un solo defecto, eso debido a que no compartieron mucho tiempo, algo que podía cambiar.

—¡Lady Cartler! Está usted tan hermosa como siempre —comentó a modo de saludo, los presentes prefirieron guardar silencio y evitar mirarlos más de lo debido.

—Lord Porth. —Hizo una reverencia a la que él respondió.

—¿Puedo pedirle el siguiente baile? Si lo tiene disponible, por supuesto. —Esas palabras llamaron la atención de Andrew, quien de inmediato intervino. Ella no aceptaba sus encuentros, pues cumpliría su promesa, la alejaría de todos. No era que le faltaran ideas o motivos, no le gustaba ver a la mujer que le interesaba en brazos de otros, de hecho, aquello se estaba convirtiendo más en una excusa que en cualquier otra cosa, la quería para él, no había mucho más que decir.

—Lamento informarle, lord Porth, que la dama prometió bailar conmigo, seguro que puede esperar un poco más para tal placer. —La joven lo fulminó con su mirada, como si con ello pudiera hacerlo desaparecer. Para su infortunio, no fue así, él seguía ahí, sonriendo con arrogancia.

—Oh, lo lamento mucho, lord Warrington, la vi bailando con usted durante el primer baile, no pensé que también tuviera comprometido el segundo y con la misma pareja. —Todos sabían lo que eso significaba, pero lo que los dejó sin respiración a los presentes fue ver cómo el caballero le guiñó el ojo con

total complicidad, no le importó si alguien más lo veía o si con ello causaba comentarios hacia la relación que mantenían, solo lo hizo. Sus amigos se quedaron sin palabras. Al parecer, lord Porth no lo notó, pues su rostro se mantuvo serio mientras escuchaba a la duquesa, quien le hizo un comentario sobre la belleza de la decoración del lugar.

—Si me disculpan, me retiro unos minutos —dijo Elyse en medio de la sorpresa y la rabia, odiaba tener que hacerlo, pero no le quedaba más opción que acceder a su encuentro en privado, no soportaría otro comentario o expresión como la que hizo, si alguien había llegado a verlo, estaba en serios problemas, ya podía decir que sí era verdad que lo odiaba. Le lanzó una mirada rápida esperando que entendiera el mensaje y, tras una reverencia, dio media vuelta y se escabulló entre los invitados. No fue fácil encontrar la salida al jardín, mucho menos usarla sin ser descubierta, eran muchos los invitados, por ende, las posibilidades de que la vieran eran altas, por suerte, siempre tuvo cierto talento para escapar.

Lord Dunne no hacía más que sonreír desde que la vio alejarse, y su sonrisa se amplió al ver que no se dirigía ni a la mesa con refrescos ni a la mesa con pasabocas, iba hacia una de las esquinas, había aceptado su segunda propuesta. Aunque se moría por seguirla de inmediato, no podía, el conde de Porth seguía junto a ellos. Sería sospechoso desaparecer justo después de ella, por lo que no le quedó más opción que esperar hasta que este se disculpó y se retiró varios minutos después.

—No estás siendo prudente, Andrew —le advirtió su amigo tomándolo del brazo, lo que le impidió dar un paso más—. Si Porth notó lo que hiciste, la reputación de mi hermana estará en boca de todos para mañana. —El conde le restó importancia con un ligero movimiento de mano.

—Cálmate, Enrique, jamás permitiría que manchen su nombre, ya te lo he dicho, tengo todo bajo control, confía en mí. —Esquivó a su amigo y continuó con su camino. No tomó la misma salida de la dama, no quería sospechas. No

sabía lo que sucedería con Elyse al ver la insistencia de lady Carlota, pero no perdía la esperanza de un encuentro como el que tuvieron la primera vez que se vieron, fue por eso que, desde que llegó, analizó muy detenidamente el salón, divisó todas las salidas y el destino de estas, podía ser muy meticuloso cuando se lo proponía, así que sabía muy bien en dónde estaría la dama y conocía a la perfección los pasos que debía seguir para llegar a ella.

No tardó mucho en verla, estaba escondida entre los árboles más grandes y tupidos, además de que la gran cantidad de flores y caminos la cubrían a la perfección, si alguien quería dar con su paradero, necesitaría más que asomarse a una de las ventanas o acercarse a alguno de los balcones. El conde necesitó revisar varios caminos antes de encontrarla.

—Igual que en aquella ocasión, no sabes lo mucho que me emociona que hayas accedido a acompañarme —dijo llamando su atención y haciéndole saber de su presencia. La joven lo miró, se cruzó de brazos y suspiró.

—No es que me dejara muchas opciones, milord. ¿Cómo se le ocurrió hacer tal cosa frente a lord Porth? No entiendo cuál es su interés en arruinarme la reputación, sea directo. ¿Qué es lo que quiere? —Se sentía cansada, quería paz, tranquilidad, y ese caballero se había convertido en un obstáculo para volver a su zona de confort, a veces deseaba que nunca hubiese vuelto de donde fuera que estuvo.

—¿Por qué eres tan dura? Lo único que quiero es conocerte, hablar un poco, ¿de verdad piensas que lo que sucedió entre nosotros no fue más que algo sin importancia? Sé que desaparecí de repente y sin explicación alguna, pero todo tiene una razón. Dame una oportunidad, una sola y te lo contaré absolutamente todo, vas a ver que una vez que me escuches entenderás la causa de mis actos y verás que no fue con mala intención. Tenía muchos problemas, quedarme empeoraba la situación. —Estaba hablando con total sinceridad, guardando la esperanza de ser escuchado, pero no parecía querer ceder, seguía tan seria como cuando llegó, incluso se podía decir que más que

seria estaba furiosa.

—Le pido que no me trate con tanta familiaridad, no es correcto. En cuanto a su solicitud, la respuesta es y siempre será no. No me interesa escucharlo, usted es libre de hacer lo que desee, no es que tenga que darme explicaciones, así que bien puede ahorrárselas, no es que yo me hubiese quedado esperándolo. —Las mentiras eran sus fieles compañeras y amigas, pero Elyse nunca imaginó que usarlas podía causarle tanto dolor, el solo hecho de tener que verlo le recordaba lo ilusa que fue al pensar que entre ellos había algo especial, todo empeoraba al ver que Andrew, una vez más, intentaba acercarse, no era tan fuerte.

—Entonces, ¿tu primer beso no significó nada? —preguntó, ella parecía estar tan distante que sus esperanzas empezaron a decaer, tal vez sí se equivocó, tal vez lo que había sucedido no fue más que un impulso que quedó en el pasado.

La joven se quedó sin palabras durante varios segundos, de verdad quería responder a la pregunta con un rotundo «No», pero la voz no le salía, era como si la fuerza que la acompañó durante tanto tiempo la hubiese abandonado sin mirar atrás. Ese beso era su recuerdo más anhelado, más ansiado, por eso no permitió que ningún otro caballero intentara saborear sus labios, no quería perder el delicado y maravilloso sabor que le dejó el conde.

No supo en qué momento terminó lanzándose a sus brazos, él estuvo a punto de hablar, pero ella puso sus dedos sobre sus labios, lo que acalló sus palabras. Dunne aferró su mano derecha a su cintura y su izquierda a su mentón mientras que ella enrolló sus brazos en su cuello. Elyse rozó sus labios con los del caballero con mucha timidez y lentitud, pero ese simple toque hizo que todo su cuerpo temblara y que su corazón latiera como loco; esa fue una caricia a la que él no tardó en responder. No quería abrumarla ni asustarla, por lo que los movimientos de sus labios serían lentos y medidos, no había necesidad de correr, después de todo, era muy probable que les quedase la

vida entera para compartir mil y un besos más como ese, o bien con un poco más de pasión.

Fue un momento muy especial, lleno de sentimientos y emociones que los hacían temblar, eso era lo único real y completamente sincero que existía entre ellos, ponerle un nombre en específico era casi que imposible. A veces hay cosas que solo no se pueden definir, mucho menos limitar, por lo que simplemente preferían sentir.

Elyse no era buena expresando lo que hacía que su corazón latiera, el amor, el cariño, el perdón, era una mujer de más bien pocas palabras, le costaba pensar que sus confesiones no serían correspondidas, sino que por el contrario servirían de arma para dañarla en el futuro. ¿Cómo confiar en una persona que después de besarla desaparecía sin dar explicación o razón alguna? Lo más inteligente era alejarse, pero su corazón y su cuerpo se negaban a entender esa pequeña parte. No, por su bienestar, prefería mantener las distancias ante el que parecía ser su único punto débil, el único capaz de obligarla a hablar con nada más que la verdad.

## Capítulo 9

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? —murmuró ella sobre sus labios. El sentido común ya había desaparecido sin dejar marca alguna, en su cabeza, corazón y cuerpo no había más que emoción, esa que sintió en el momento en que él ubicó sus manos sobre su cintura tomándola con fuerza como si con ello evitara que pudiese escapar y la besó. Lo que él no sabía era que ella no quería moverse, no sin con ello dejaba de percibir los fuertes latidos del caballero chocando contra su torso. Estaban tan unidos que ni la más leve brisa tendría espacio para pasar. Tenían sus frentes unidas, los ojos cerrados y los labios a una distancia más que corta, un leve movimiento los uniría una vez más.

—Tal vez no tiene que serlo, solo debes que ser sincera, no más mentiras. ¿Qué sientes cuando me tienes cerca? ¿Qué sentiste cuando te besé? —Ella acarició su cuello y el nacimiento de su cabello, no tenía la fortaleza para responder tal como él le pedía, de no usar las mentiras, quedaría expuesta, para él sería muy sencillo volver a lastimarla.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué vienes, me ilusionas y luego te vas como si nada? Yo no puedo andar por la vida esperando el momento en que regreses, me digas un par de palabras bonitas, me beses y desaparezcas una vez más. — Esa era la mejor forma de esquivar sus preguntas, no estaba lista para dejar las mentiras de lado, además, esos eran sus miedos, por ende, sí estaba revelando cierta parte de su ser, una en la que estaba segura de tener la fuerza necesaria para reponerse sin importar la respuesta.

—El día que te vi, un año atrás, sentí algo especial, no me habría atrevido

a besarte de no ser así. Eres la hermana de Enrique, se supone que tenía prohibido acercarme a ti, pero en cuanto te vi, supe que estaba dispuesto a romper todas las reglas escritas y no escritas solo por conocerte un poco más, quería entender por qué sentía lo que sentía, lo que menos deseaba era desaparecer de esa forma, no tuve opción. —La dama alejó su rostro, abrió los ojos y se deleitó con el apuesto rostro que tenía enfrente. Andrew Dunne, conde de Warrington, no cumplía con casi que ninguna de las características que soñó para el que sería su esposo, pero no por ello dejaba de ser el hombre que quería a su lado.

—Explícamelo, ¿por qué te fuiste? No creo que haya sido por las deudas o los rumores que estas podían causar. —Él asintió, ella tenía razón. Elyse intentó alejarse, pero el caballero la detuvo y movió su cabeza para que no lo hiciera.

—Necesito sentirte cerca, aparte de mi cuñado, tú serás la única que sabrá toda la verdad, ni siquiera a tu hermano se lo dije, no por vergüenza, es solo que prefiero no divulgarlo. Cuando mi padre murió y Frederick se casó con mi hermana, Amberly, Marlborough se ofreció a pagar todas las deudas que me dejó mi padre. Eran muchas, estaba a punto de perder la casa y las pocas propiedades que me quedaban, no pasaría mucho antes de terminar en la cárcel para deudores, pero me negué a aceptar su dinero, quería hacerlo por mí mismo, las deudas y el título eran mi responsabilidad. —Ella, armándose de valor y llenándose de valentía, acarició su mejilla, su mentón con sus dedos, los guantes la separaban de su piel, en sus ojos podía ver lo difícil que era para él hablar sobre el asunto.

—Pero a tu hermana no le gustaría verte en la cárcel, le causaría mucho dolor, yo no soportaría ver a Enrique en una situación como esa.

—Exacto, me hizo saber todo el dolor y la tristeza que le causaría a Amberly ver a su único hermano encerrado, mucho más si ella tenía la posibilidad de evitarlo y por mi terquedad no lo quise aceptar. Cuando

hablamos a solas, me dijo que ella podría quedar embarazada en cualquier momento y tanta preocupación no sería buena ni para ella ni para el bebé. No podía ser tan egoísta, tenía que pensar en ella, entonces acepté, con una condición. —La joven lo miró con la curiosidad a flor de piel.

—¿Cuál? —preguntó.

—Él me puso una condición y yo le puse otra. Mi condición era trabajar por el dinero, no quería que simplemente me lo diera, ni siquiera como un préstamo. En mi situación era casi imposible reponerme de forma tal que pudiese devolverle el dinero. No podía hacerlo en Inglaterra, mucho menos en Londres, por ello viajé a la India. Frederick tiene unos negocios allí basados en transporte de mercancía, el último año estuve en aquellas tierras encargándome de todo, fue una experiencia muy interesante, allá no era el conde de Warrington, solo era Andrew, aprendí mucho, no fue fácil pero lo disfruté. —Elyse no podía creer lo que estaba escuchando, incluso se sintió un poco culpable, él solo estaba intentando salir adelante y no terminar encerrado por problemas económicos.

—Lo lamento, no lo sabía, según los rumores, tú estabas en tu casa de campo huyendo de los comentarios. —Él se encogió ligeramente de hombros, en su vida llegó el punto en el que entendió que a los chismes es mejor no prestarles atención, cuando eres hombre no tienes mucho que perder.

—No tienes por qué pedirme disculpas, en parte así fue, solo que no estuve en mi casa de campo, sino un poco más lejos. —A veces es un tanto incómodo cuando en medio de una conversación te quedas sin palabras. Sin embargo, para ellos no fue así, estaban disfrutando de las palabras y del silencio, eso era lo que sucedía en compañía de la persona perfecta y, durante una conversación sincera, no había forma alguna en que pudiesen sentirse mal.

—¿Y cuál fue la condición del duque? —preguntó curiosa un par de segundos después, no les quedaba mucho tiempo, pronto tendrían que volver al salón o alguien podría notar su ausencia.

—Ser el hermano que Amberly merece. Yo no tenía buena relación con ella, no éramos lo que se dice buenos el uno con el otro, estábamos lejos de tener la relación que tienes tú con Enrique. Siempre sentí que mi padre la prefería a ella y era algo que no entendía, es decir, ella es mujer, yo era su único hijo varón y heredero, y aunque siempre la protegía a ella. Cuando las deudas empezaron a ahogarnos, lo único que nos quedaba era la dote de Amber. Le pedí que la tomáramos, era nuestra única esperanza, pero él se negó asegurando que para ella sería muy difícil encontrar un buen esposo que la amara si era rechazada por toda la sociedad al no tener una dote; no la traté de la mejor manera. —El arrepentimiento en su voz movió fibras en el interior de la dama, nunca imaginó que él podía haber pasado por tanto.

—Mi madre me enseñó que el verdadero poder no está en la forma en que pides perdón, está cuando te arrepientes de corazón y eres capaz de aceptar tu error y estar dispuesto a todo para remediarlo, tú lo estás. ¿Ha tenido algún avance la relación con tu hermana? —Andrew tomó aire, eso era un poco más complicado de explicar.

—Amberly tiene un corazón muy dulce, ella es incapaz de guardar ningún tipo de rencor hacia una persona, mucho menos si se trataba de su hermano. En varias oportunidades me ha hecho saber que, hace mucho tiempo, me perdonó, que no le quedan ni los malos recuerdos porque los cambió por lo momentos que estamos compartiendo ahora. Sin embargo, yo no siento que lo merezca, no he hecho nada para ganarme su cariño, de ahí que aún no sienta que haya cumplido con esa parte del trato. Tendré que pensar en algo. —Ella se limitó a tomar su rostro entre sus manos, sonrió y dejó un pequeño y casto beso sobre sus labios, caricia que él no tardó en responder y en profundizar. Esa era su forma de demostrarle que estaba ahí, a su lado, siempre que la necesitara ella estaría para apoyarlo.

—Prometo ayudarte, no la conozco, pero ya verás que se nos ocurrirá algo —aseguró Elyse entre besos, ya no había más que hacer, estaba completamente

perdida, lo amaba, mucho antes de poder evitarlo ya su corazón le pertenecía al conde de Warrington y no podía estar más feliz por ello, solo necesitaba encontrar la fuerza para confesarle todo lo que sentía y hablar con sinceridad dejando atrás las mentiras.

—Creo que ya te lo he contado todo, ahora solo me queda decirte que de verdad lamento haberme ido de esa forma, supongo que debí alejarme de ti y evitar un encuentro como el nuestro sin saber cuándo volveríamos a vernos. En mi defensa, después de ver tu sonrisa, me quedé prendado de tu belleza, fue difícil actuar como un caballero. —Ella soltó una pequeña risa.

—No puedes escudarte en tal cosa para justificar tus actos, me haces sentir culpable por tanta belleza —dijo con un toque de burla para luego volver a besarlo una vez más.

El conde empezó a acariciar su cuerpo con mucha delicadeza por encima de la ropa, lo que la dejó sin respiración, pero no se alejó, solo dejó su mente en blanco y disfrutó de lo que estaba sintiendo, de la forma en que su piel se erizaba aun cuando no la estaba tocando directamente, de cómo temblaba sin control alguno, los fuertes latidos de su corazón, esa extraña sensación en el estómago; todo era nuevo, indescriptible, intenso y maravilloso, solo se dejó llevar, no era que fuera a permitir que llegaran a un punto en el que ya no había forma de retroceder, eran solo besos.

Un jadeo femenino los obligó a alejarse de golpe, sus corazones dejaron de latir ante el miedo que les causaba la posibilidad de haber sido descubiertos, no se atrevían a mirar quién había sido la dueña de tal sonido, se limitaron a mirarse el uno al otro.

Elyse no tenía la fuerza para girarse y se lo hizo saber con sus ojos, por lo que cuando él asintió, ella tomó aire y fijó la mirada en uno de los árboles. Andrew se giró muy lentamente esperando lo peor, incluso alcanzó a pensar en cómo haría para casarse con ella en menos de una semana, pero al ver de quién se trataba, logró volver a respirar.

—Si de verdad no quieren ser encontrados, deberían estar más al tanto de quién se acerca, no es que fuera muy difícil verlo, solo era necesario fijar la mirada entre los árboles, hacia la casa de vez en cuando. —La joven, al escucharla, se giró y la abrazó con fuerza, se dio un buen susto, llegó a pensar que estaba arruinada, temía tanto a decepcionar a su hermano que solo pensó en él, en lo que diría, en cómo sería su reacción. Por suerte, ya no tenía que preocuparse por ello.

—¡Cassandra! ¡Por Dios, qué susto el que me diste, casi se me sale el corazón! —exclamó aliviada.

—Tranquila, nadie más sabrá de esto, pero será mejor que volvamos al salón, tu hermano ha estado muy inquieto desde que desapareció Warrington, el segundo baile ya terminó y no quiero que noten su ausencia. Lo mejor será que vuelvas conmigo, nadie notó que salía, así que no creo que haya problemas, después de todo, Londres ya sabe lo buenas amigas que somos. —Lady Cartler asintió, su amiga la ayudó a verificar que todo su atuendo estuviera en perfectas condiciones, lo único que la delataban eran sus labios ligeramente hinchados, por lo que la mejor opción era mantenerlos un tanto fruncidos.

—Vayan, yo entraré en un rato —dijo el conde con una sonrisa, nunca imaginó ver a su dama siendo tan cariñosa, los recuerdos siempre serían suyos y, con un poco más de suerte, estos se convertirían en eternos y podría besarla cada vez que quisiera.

—Bien, solo no tardes mucho, hace frío y podrías enfermarte, además de que no quiero que te encuentres con otra dama escondida entre los arbustos y esperando a cazarte, ansío poder continuar con nuestra conversación. —Ella la guiñó un ojo con coquetería, lo que lo hizo reír, su dama tenía cierta facilidad para provocarlo, seguro que una vida a su lado estaría llena de picardía y mucho amor.

—Te lo aseguro, no tardaré mucho en entrar, solo quiero pensar un poco en

lo que debo hacer de ahora en adelante, pero tranquila, no es nada de lo que debas preocuparte, por el contrario, se trata de nuestro futuro. —Elyse asintió conforme con sus palabras, ella también tenía mucho que pensar, aunque no lo quería hacer lejos de él, pero si necesitaba su espacio, se lo daría.

—Cuando regreses, ni se te ocurra acercarte a lady Carlota o soy capaz de ahorcarte, ni a ella ni a ninguna otra dama —fue lo último que dijo antes de tomar el brazo de su amiga y caminar hacia la mansión. El caballero no se perdió detalle alguno de los movimientos de sus curvas, tenía un cuerpo para admirar, no quería imaginárselo cómo se vería este desnudo, pero sí pensó en lo que sería la noche de bodas a su lado.

Lo que sentía no lo podía llamar «amor», era difícil ponerle nombre a algo que no conocía, pero sí sabía que era Elyse Cartler la mujer que quería a su lado por el resto de su vida. Ella era alegre, amorosa, dedicada, sencilla, soñadora, sonriente y, lo más importante, fuerte. Andrew, antes de poder hacer verdaderos planes, debía hablar muy claramente con ella, él no podía darle el mismo estilo de vida al que estaba acostumbrada, por lo menos no hasta dentro de un par de años. Necesitaba tiempo para recuperarse, por ende, tampoco podían tener hijos, no mientras no tuviera cómo darle una buena vida, y la única que tenía la última palabra era ella, seguro que no le hacían falta mejores opciones.

Un ruido lo sacó de sus pensamientos, nadie debería estar recorriendo el jardín, no si sus intenciones eran las correctas, a menos que estuvieran buscando un poco de privacidad tal como Elyse y él lo hicieron; ya que no tenía intenciones de interrumpir, se movió con agilidad de forma muy silenciosa hasta esconderse tras uno de los arbustos. Al ver de quién se trataba, sus ojos se abrieron llenos de sorpresa.

—Debe estar por aquí, Enrieta, yo vi cuando el conde de Warrington se escabullía entre los invitados y tomaba una de las salidas hacia el jardín, tiene que estar por aquí, ya le pregunté a los del servicio y aseguraron que su

carruaje sigue sin ser movido y al salón no ha regresado. Ayúdame a buscarlo, en cuanto lo encontremos, yo lo abordo y tú corres a buscar a alguien para que nos encuentren a solas y a escondidas, él no tendrá más opción que casarse conmigo. —El caballero frunció el ceño, reconocía esa voz, no podía creer que esa mujer estuviese dispuesta a manchar su reputación con tal de atraparlo.

—¿Por qué el conde, Carlota? No tiene nada de especial, padre puede conseguirte un marqués o incluso un duque, pero él es un simple conde que al parecer está en la quiebra —argumentó lady Enrieta con cansancio, lo único que quería era volver y buscar al marqués de Chelmendley. La duquesa de Devonshire se lo quitó en el anterior baile, pero para el siguiente, él debía ser su pareja.

—Es el hermano de la duquesa de Marlborough, Enrieta, esa mujer nunca permitirá que su hermano tenga necesidades, seguro que le debe dar todo para que viva casi como un duque. Tener por cuñada a una mujer así sería perfecto, solo necesitaría una sonrisa inocente pero ojos llenos de tristeza para pedir y será complacida. —Su acompañante puso los ojos en blanco. Carlota quería conquistar al conde solo por gusto, mientras que a ella sus padres la estaban presionando para conquistar a Chelmendley; era injusto.

—¡Basta! Volvamos al salón, de inmediato. —Se giró y prácticamente la arrastró por el camino de vuelta, no escucharía más excusas.

Andrew se quedó sin palabras, sí, no podía acercarse a esa mujer por nada del mundo, no quería terminar casado con la dama equivocada solo por un mal movimiento, lo mejor era hablar con Elyse y agilizar su compromiso.

Luego de verificar que no había nadie más rondando los alrededores, emprendió el camino de vuelta, pero no entró por la misma puerta por la que salió, sino que rodeó la casa y usó la entrada principal. Aquello no levantó miradas curiosas y pasó desapercibido para todos los invitados. No fue directamente hacia sus amigos, primero fue por una bebida y visitó el salón de

juegos, no era bueno con las apuestas, eso sumado a que su dinero era más bien limitado y no se podía dar el lujo de perderlo en un juego, lo sacaron de lugar.

A lo lejos, vio a Enrique junto a los duques de Devonshire y se acercó a ellos al ver que lady Cartler no estaba cerca.

—Pensé que te habías ido, Warrington —comentó Chelmendley con diversión, el marqués ya podía imaginar lo que había sucedido entre él y su hermana, solo hizo falta ver los labios hinchados y las mejillas sonrosadas de Elyse. Lo sorprendente era que no le molestaba, si ella no se había negado, entonces fue porque correspondía sus sentimientos.

—¿En dónde está? —preguntó nervioso dejando de lado su comentario; no había necesidad de decir nombres, él sabía perfectamente a quién se refería. Enrique le señaló con la mirada un lugar a su izquierda, el conde se giró y se quedó sin respiración.

—Se acercó y le dijo que quería conversar un poco con ella, a solas. Se la llevó y han estado hablando en ese mismo lugar, no se han movido. —Ver a Carlota cerca de Elyse lo llenó de desconfianza, estaba seguro de que ello no podía traer nada bueno, y todo empeoró cuando lady Cartler lo miró. Su rostro estaba serio, demasiado, era como si solo estuviese escuchando cosas malas, ¿y si hablaban sobre él? Pensó en intervenir, pero al meditarlo con calma entendió que no era buena idea, por lo que, aun con todos los nervios del mundo alojados en su cuerpo, tomó aire y esperó.

## Capítulo 10

—Lady Cartler, ¿podríamos hablar unos minutos? —Miró a los duques y al marqués que la acompañaba—. De preferencia, en privado, si no es mucha molestia. —La joven la miró con el ceño fruncido, apenas si habían sido presentadas y ya quería conversar con ella a solas, aquello era realmente extraño.

—¿Puedo saber sobre qué? No creo que tengamos temas en común, y no se preocupe por ellos, confío plenamente en mi familia y mis amigos, así que puede hablar con tranquilidad. —La hija del duque se cruzó de brazos, parecía un poco harta ante sus palabras y eso que apenas empezaban, pero Elyse no estaba dispuesta a acceder a sus peticiones así porque sí, o le daba una buena razón o no se movería de donde estaba.

—Contrario a lo que piensa, sí tenemos algo en común, algo de mucha importancia que podría cambiar el futuro de alguna de las dos, le aseguro que sí le interesa. —La aludida la miró sin entender el rumbo de sus palabras, desde el mismo momento en que lady Carlota se acercó a Andrew, supo que nunca podría llevarse bien con ella—. Bien, para ser un poco más específica, quiero que hablemos de cierto caballero, he de suponer que ya sabe a quién me refiero. —Esas palabras sí despertaron su curiosidad, la mujer que posiblemente quería quitarle el hombre de su vida buscaba hablar sobre él, aunque no entendía por qué debía hacerlo justamente con ella si nadie sabía lo que había entre ellos.

—Está bien —accedió, le lanzó una rápida mirada a Cassandra. La duquesa también lucía muy sorprendida, pero no de forma grata, era más bien

desconfianza.

La hija del duque la llevó hasta una de las esquinas, un tanto alejada de todos. Al detenerse, se giró y quedaron frente a frente, era difícil saber cuál de las dos lucía más seria y prevenida. Claro, en cierta parte, eran enemigas, pues ambas luchaban por el mismo hombre, lo que una de ellas no sabía era que su contrincante tenía una buena ventaja.

—Bien, lady Carlota, la escucho. ¿Qué es eso tan importante que quiere que hablemos? —dijo Elyse, quería ser directa, entre más pronto la escuchara, más pronto se alejaría de ella, era la menos interesada en estar cerca.

—Por lo que he podido notar, usted está muy interesada en el conde de Warrington, lo digo porque fue con usted con quien compartió el primer baile, no habrá pensado que me creí eso de que la invitó primero, la sorpresa en su rostro fue evidente. —La joven elevó su ceja y puso sus manos sobre su cintura.

—Creo que no la estoy entendiendo.

—Mi padre me costó la mejor educación posible, y sé que si él llegase a saber esto o alguna de mis institutrices, seguro que les da algo, pero no me importa, seré directa: quiero ser la condesa de Warrington, estoy más que decidida a conquistarlo, sé que somos el uno para el otro, yo soy toda una dama llena de elegancia, cultura, inteligencia y varias habilidades que me hacen única. Él tiene los contactos adecuados y solo yo puedo hacer que su regreso a la sociedad sea único, inolvidable. Tomará la posición que se merece como conde, así suponiendo que es usted una mujer inteligente, ha de entender que lo mejor será que se retire y me deje el camino libre. —La joven la miró como extrañada y segura de que lady Carlota estaba completamente loca, no había otra explicación para lo que acababa de decirle.

—Suponiendo que sus palabras son ciertas y yo de verdad tengo algún interés en el conde, ¿no ha escuchado que su situación económica no es la

mejor en este momento? No creo que una gran fiesta sea lo más adecuado para mejorar su economía y, en caso tal de necesitarlo, puedo asegurarle que usted no es la única dama capaz de organizar una velada a la altura y con la elegancia requerida. —Elyse no sabía qué era lo que la motivaba a responderle de esa forma, estaba mostrando mucho más interés del que le hubiera gustado, además de que la sutileza parecía haberla abandonado, casi le estaba diciendo que ella era perfectamente capaz de cumplir con el papel de condesa.

—Espero que se esté refiriendo a la duquesa de Marlborough, hermana del conde. —Lady Cartler no hizo comentario alguno sobre ello, prefirió guardar silencio y limitarse a escuchar—. Mi padre ya me comentó de los supuestos problemas económicos de lord Warrington, asegura que, aunque efectivamente no se encuentra en su mejor momento, es algo que no tardará en cambiar. Además, lady Amberly jamás permitiría que su hermano pase necesidades y, estando a mi lado, le aseguro que el duque de Fife hará lo mismo. —Su voz era altanera, como si en vez de ser la hija de un duque fuera la princesa o la misma reina.

—Está contando con un apoyo que nada ni nadie le asegura, ¿no se le ha ocurrido pensar que tal vez él no está dispuesto a aceptar la ayuda de nadie? Y si apenas se está recuperando, lo que menos necesita son gastos. —Un movimiento a su lado llamó su atención, por lo que, de una forma muy sutil y disimulada, vio cómo Andrew volvía al salón y, tras una mirada desconcertante, fijaba sus ojos en ella con clara preocupación.

—Si lord Warrington piensa igual que usted, está en un grave error y necesita a una persona como yo que lo ayude a corregirse, porque evidentemente, lady Elyse, usted no sería más que un error en su vida, viviría peor que un plebeyo. Además, entre nosotros hay algo especial, solo quiero que nos casemos antes de que termine la temporada. —La joven ya estaba cansada de sus palabras, si ella decidía conquistar al susodicho, nunca

cambiaría de opinión solo porque una mujer así se lo pidiera. Era ridículo, ella no estaba ni estaría dispuesta a sacrificar su felicidad para que otra persona la consiguiera.

—Mire, lady Carlota —dijo un tanto agresiva—, si es tan perfecta como asegura, he de suponer que no tendrá problema en conquistar al hombre que quiere y ni yo ni ninguna otra dama podría quitárselo, pero de mí no espere nada —no se lo estaba diciendo con todas sus palabras, pero no era muy difícil de entender: ella no se alejaría del caballero. Hizo una reverencia y volvió junto a sus amigos con un estado de ánimo un tanto más agresivo.

—¿Estas bien? —le preguntó su amiga en cuanto se acercó.

—Si antes la odiaba un poco, te aseguro que ahora la detesto con todas las fuerzas de mi corazón. ¡Es una estúpida! ¡Ni te imaginas lo que me dijo! —exclamó furiosa, tenía ganas de ahorcar a alguien, de preferencia, a la causante de su actual molestia.

—Pero ¿qué fue lo que te dijo para que te pusieras así? Llegaste bastante alterada. —La joven suspiró y lanzó una rápida mirada al conde para luego, juntas, alejarse un poco de los caballeros y hablar con total tranquilidad. Le contó todo lo sucedido, incluyendo lo que sintió en ese momento. La duquesa era la única persona en la que confiaba, además de que era la única que estaba al tanto de sus sentimientos.

—¡Que víbora! Si una mujer hubiese intentado o intentara quitarme a Nicholas, creo que soy capaz de ahorcarla. ¿Cómo es que no le dijiste que ese hombre es y será tuyo? Por Dios, Elyse, estás completamente loca, deberías aprender a defender lo que te pertenece. —La joven puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos, lo que menos quería en ese momento era un sermón.

—Son situaciones completamente distintas, Cassandra. Tú estás casada, ante la sociedad y el mundo ustedes están casados, tú eres suya y él es tuyo, como duquesa de Devonshire y madre de sus hijos, tienes la libertad de opinar

y exigir; por otro lado, estamos Andrew y yo, no estamos casados, ni siquiera comprometidos, no somos más que una pareja que decidió compartir un par de besos. Él bien puede escoger a otra mujer para que sea su condesa. —Su amiga sonrió y aplaudió emocionada al escucharla. Para entender a una persona, hay que aprender a escuchar, a veces no son solo palabras, son sentimientos, pensamientos, opiniones.

—Lo curioso es que lo llamaste Andrew, no lord Warrington, usaste su nombre de pila, y tú y yo sabemos que ese *par de besos* significó mucho más de lo que quieres admitir. Tienes una gran ventaja, Elyse, es hora de que tomes una decisión, o luchas por él o te alejas, y por tu bien espero que decidas pronto —dijo con preocupación, la joven siguió la dirección de su mirada y vio que Carlota se acercaba al conde.

—¿De verdad crees que siente algo por mí? —preguntó, ese era su único y más grande miedo, equivocarse, confundir lo que sentía y condenarse a una vida llena de tristeza y soledad. No quería ese tipo de matrimonio.

—Piénsalo de esta forma: se escabulló entre los arbustos solo para poder besarte aun sabiendo que alguien podía verlos y terminarían irremediablemente casados, eso sin contar con que Enrique es capaz de matarlo. El amor se presenta de muchas formas, solo necesitas descifrar lo que tienes enfrente —le aconsejó, puso su mano sobre su antebrazo y le dio un suave apretón como muestra de apoyo para luego volver junto a su esposo. Elyse se quedó pensativa por un momento, su madre alguna vez le había dicho que para ganar hay que apostar, solo hay que hacerlo por aquellas cosas que sabes que te harán feliz. Ya tenía una respuesta.

Se acercó a un Andrew que lucía claramente incómodo con lo que fuera que le estuviese diciendo lady Carlota, a ella no le importó interrumpirlos y parecer grosera, solo se quedó a su lado.

—¡Lord Warrington! Espero no ser inoportuna, quería conversar con usted y con mi hermano sobre un asunto pendiente —mintió con una sonrisa; el

aludido la miró con diversión al entender el propósito de su llegada, pero no podía estar más agradecido, había mujeres que podían ser verdaderamente molestas.

—¡Claro! Ya lo recuerdo, el marqués de Chelmdendley debe estar esperándonos. Lamento mucho tener que dejarla, lady Carlota, espero que pueda disculparme —eso último lo dijo mirando a la joven para luego hacer una pequeña reverencia—. ¿Me permite, lady Cartler? —le tendió su brazo que ella no tardó en tomar, pero, haciendo caso a una parte muy oscura de su ser, le lanzó un guiño a la otra dama, lo que le dejó muy claro quién ganaría. Se quedaron cerca del marqués para no despertar sospechas, pero estaban lo suficientemente lejos como para poder conversar con tranquilidad, solo debían bajar un poco el tono de voz.

—No sé cómo explicar eso —aceptó al detener sus pasos.

—¿Puedo adjudicarlo a los celos? Solo necesito un «sí» para enloquecer de felicidad. Debo admitir que es usted la única que, con una sola palabra, puede llevarme al cielo o al infierno. —La joven se sonrojó, pero, en un intento por disimularlo, se cruzó de brazos y le lanzó una mirada asesina, aún no estaba lista para tanta sinceridad.

—Solo diré que no he cambiado de opinión y lo más probable es que nunca lo haga: no me gustaría volver a verlo cerca de cierta dama, lord Warrington, es un tanto incómodo para mí, por no decir que molesto. —El caballero se mordió el labio inferior para no terminar soltando una carcajada. Esa mujer le encantaba, no había más que decir.

—¿Puedo decir algo sin que se ofenda, milady? —Los primeros acordes del siguiente baile empezaron a llenar el salón, por lo que se giró un poco para poder observar a los bailarines.

—Por supuesto, si quiere decirme algo, es libre de hacerlo, solo que no puedo asegurarle que no me ofenderé o molestaré por ello. —Él hizo una

pequeña y disimulada mueca con la que terminó suspirando.

—Bien, creo que me arriesgaré, tengo la esperanza que tener a tantas personas rodeándonos evite una bofetada. —La dama lo miró con curiosidad—. Hay una forma muy sencilla con la que puede asegurarse de que ni la joven en cuestión ni ninguna otra se me acerque: cáseme conmigo, acepte ser la condesa de Warrington. —Elyse se quedó sin palabras y sin respiración, no pudo hablar ni pensar en nada por varios minutos hasta que su cabeza pareció volver a la vida, entonces fue consciente de la dimensión de sus palabras.

—¿De verdad cree que es el lugar y el momento indicado para decirme algo así? Porque, a mí parecer, no lo es. Además, bien dijo usted minutos atrás que lo mejor era conversar un poco, he de suponer que tiene mucho más que decirme que lo que me confesó en el jardín. —Su voz, por obvias razones, fue mucho más baja al decirlo, pero era que los nervios empezaban a apoderarse de ella y eso era algo con lo que aún no aprendía a lidiar.

—Lady Cartler, después de todo por lo que he tenido que pasar en este último año, he aprendido que se debe aprovechar cada momento de la vida, disfrutarlo hasta más no poder. Los recuerdos son algo que nada ni nadie puede o podrá quitarle, pero si así lo desea, bien, que así sea, mañana mismo me presentaré en su casa y conversaremos con tranquilidad una vez que su hermano lo autorice. Mientras tanto, no quiero que los invitados empiecen a pensar cosas que no son, si me disculpa... —Hizo una pequeña reverencia y luego desapareció entre las personas, lo que la dejó con la palabra en la boca. Se acercó a su hermano y se quedó a su lado, rechazó a todo caballero que intentó pedirle un baile y se dedicó a bufar y hacer pequeñas y muy disimuladas muecas como respuesta a los comentarios y las actitudes que la rodeaban.

En varias oportunidades, se quedaba buscando al conde entre la multitud, casi ansiaba ver su sonrisa arrogante o su mirada curiosa, pero apenas si logró ver su sombrero a lo lejos mientras él conversaba con otros caballeros.

Durante la velada, no volvió a acercarse ni a ella ni a Enrique, y no sabía qué pensar de ello.

En cada baile, se ubicó en un lugar desde el cual podía ver a todas las parejas que se movían danzando por toda la pista. Se decía a sí misma que lo único que quería era ocupar su cabeza en algo, como en los horribles vestidos de muchas de las damas o en las falsas sonrisas de los caballeros que fingían escuchar a su pareja, aunque de ser sincera, su único y verdadero propósito era verificar que Andrew no participara de ello con alguna otra dama. Tal vez esa era la razón por la que suspiraba con tranquilidad al no verlo bailando al compás de la música.

En cuanto le pareció indicado, le pidió a su hermano que la llevara de vuelta a la mansión, no soportaba tener que seguir allí abierta a la posibilidad de sufrir al ver algo que no fuera de su agrado y al saber que no podía hacer nada al respecto.

Al llegar a casa, con ayuda de su doncella, se quitó el vestido, cepilló su cabello y se sentó cerca del fuego vistiendo un simple camisón. Disfrutaba de la sensación de calor en su cuerpo, las llamas de la chimenea la tranquilizaban y la ayudaban a pensar con cabeza fría, era su momento de soledad y calma absoluta. Meditó sobre lo que sucedía en su vida, lo que podía ser su futuro al tomar una decisión, el problema fue que todas las posibilidades la asustaban, unas más que otras, pero ello no lo hacía menos preocupante. Cuando el sol empezó a brillar, el cansancio se apoderó de ella y no le quedó más opción que ir a la cama y dormir.

Sorprendentemente, despertó pasado el mediodía igual de cansada a como se sentía antes de irse a descansar, su cabeza le dolía hasta el punto de ser insoportable y su cuerpo estaba pesado y adolorido, se sentía muy mal.

—Angie, ¿podrías traerme el desayuno a la cama? Hoy no saldré de la habitación, no me siento bien, por favor, comuníquesele a mi hermano —le pidió a su doncella.

—Como guste, milady, pero ¿no prefiere que llame al doctor? Al menos para verificar que no sea nada de gravedad. —La joven negó con un movimiento de cabeza, con eso solo lograría preocupar a Enrique y era lo que menos quería.

—Estoy bien, ha de ser el cansancio, no es nada de gravedad, con que hoy permanezca en cama seguro que será más que suficiente, así que, por favor, tráeme lo que te pedí, tengo un poco de hambre. —La mujer asintió, hizo una reverencia y salió corriendo a cumplir con sus órdenes, pero al estar en la cocina, recordó que debió avisar a la señorita sobre la visita. Ya se lo diría cuando le llevara lo que le pidió.

—Prepare un buen desayuno para la señorita Elyse, bastante fruta y jugo, no se siente bien —dijo a la cocinera, quien no tardó en asentir y empezar a moverse para cumplir con el pedido.

Andrew iba en busca de uno de los sirvientes para pedirle un poco de jugo. Enrique salió en su caballo para cumplir con un pendiente y lo dejó solo, por suerte, el personal de la casa ya lo conocía, así que se podía mover por esta con total tranquilidad. En ese justo momento, pasaba por la cocina cuando escuchó a la mujer hablar. Sin dudárselo, corrió hasta la escalera y la subió tan rápido como pudo, estaba tan preocupado que no le importó nada, solo abrió todas las puertas que aparecieron ante él hasta que por fin dio con la de la dama, supo que era la suya por la hermosa decoración en tonos un tanto más fuertes de lo común. Al entrar, la encontró recostada en su cama cubierta hasta el cuello y con los ojos cerrados.

—Déjalo sobre la mesa, Angie, por favor, y gracias —murmuró, su voz parecía débil, eso aumentó su preocupación.

## Capítulo 11

—No soy Angie —respondió en un susurro. La dama, asustada, se giró tan rápido como pudo, su rostro se tornó pálido en cuanto lo vio de pie frente a ella, en su habitación, y estaban a solas, su cuerpo tembló.

—¡Retírese de mi habitación! ¡Ya! —gritó fuera de sí, estaba aterrada, no solo por lo que podía suceder al tenerlo tan cerca, a solas y usando tan poca ropa, sino porque se quedó de piedra, no sabía qué hacer, como levantarse sin mostrar más de lo debido o qué decir para obligarlo a retirarse. No podía creer que se hubiera atrevido a interrumpir en su habitación como si fuera lo más normal del mundo, tuvo tanto miedo que hasta recordó las enseñanzas de su institutriz, quien, en más de una ocasión, le recalcó la importancia de comportarse como toda una dama.

—Cálmate, Elyse, no te voy a hacer nada, solo quiero que hablemos tal como me lo prometió la noche anterior. —Ella, aterrada, movió su cabeza de forma negativa y tomó las mantas para cubrirse hasta el mentón.

—Bien, si lo que busca es una conversación, la tendremos, pero espéreme abajo en uno de los salones de onces, mi habitación no es el lugar indicado. ¿Qué dirían mi hermano o algún sirviente si lo encontrase aquí? —dijo alterada intentando no gritar, de hacerlo, alguien podría escucharla, estaba segura de poder controlarlo, lo que menos quería era un escándalo con el que terminara siendo encontrada en una situación comprometedora.

—Llegué hace poco más de una hora, milady. Su hermano me dijo que aún no se había levantado, pero que podía esperarla; Enrique tuvo que salir, me entretuve recorriendo la mansión y escuché cuando una de las sirvientas le

decía a la cocinera que estabas enferma. Lamento asustarla, no pude evitar correr a buscarla para ver con mis propios ojos cómo se encontraba. —La joven suspiró, tomó una profunda respiración e intentó no levantarse y ahorcarlo con sus propias manos, aún no entendía cómo se le pudo ocurrir entrar a su habitación como si fuera cualquier otro lugar de la casa.

—Lord Warrington, entiendo y agradezco su preocupación, pero puedo asegurarle que es innecesaria, solo es un poco de cansancio, dormir lo solucionará todo; ahora, me veo en la obligación de pedirle, rogarle, que se retire de mi habitación. Llamaré a mi doncella y, en un par de minutos, me reuniré con usted. —El conde, tan terco como siempre, haciendo caso omiso a su petición, se adentró un poco más.

—Sé que se siente incómoda con todo esto, pero lamento informarle que no me pienso mover de aquí hasta que hablemos. Si quiere, puedo girarme para que se cubra con lo que desee, o bien puede quedarse en cama, como se sienta más cómoda. —Lady Cartler lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—No puede estar hablando en serio. —Al ver que el caballero no hacía nada que, la impotencia empezó a apoderarse de ella—. Puedo gritar, seguro que más de un sirviente estaría aquí en menos de lo que se lo imagina —amenazó, pero Andrew, con una tranquilidad casi de admirar, tomó asiento en uno de los sofás que formaban una pequeña sala en medio de la habitación, estaban ubicados cerca de la chimenea y, sobre la mesa del centro, había varios libros. Debía ser realmente cómodo pasar varias horas del día allí.

—Piénselo mejor, usted está en la cama y me supongo que no usa más que un camisón, aparte de su ropa interior, claro. Pero estamos solos, cualquiera que lo viera bien podría pensar que me aproveché de usted, que tal vez robé su virtud, el final es casi obvio: usted y yo frente al altar dando el «sí». Solo pido una conversación, puedo prometerle que, una vez que tenga lo que quiero, me iré. —La dama lo meditó por un momento. Warrington tenía razón, ya era más que obvio que sacarlo de allí era misión imposible, su mejor opción era

concederle lo que pedía y rogar al cielo para que cumpliera con su palabra y se retirara tal como había prometido.

—Esto no es correcto —murmuró como último recurso, se le agotaron las ideas, ya no sabía cómo más hacerlo cambiar de opinión.

—Lady Cartler —la llamó fijando sus ojos en los de ella—, ¿confía en mí? —preguntó con seriedad. Detrás de esas tres palabras, había mucho más que una simple pregunta, era una esperanza, un sueño, un sentimiento; ella no fue capaz de mentir.

—Sí. —El conde volvió a respirar.

—No tiene nada que temer, se lo prometo, es solo que no tengo la paciencia para bajar y esperar por usted cuando podríamos hablar en este preciso momento. —La suavidad de sus palabras ablandó el corazón de la joven; no le quedó más opción que suspirar y ceder esperando no estar cometiendo un error.

—Solo gírese y cierre los ojos, me pondré una bata y una manta para cubrirme —le pidió. Él asintió y siguió sus palabras al pie de la letra, solo volvió a mirarla cuando ella así lo autorizó, aunque fue un poco cómico verla cubierta desde los pies hasta el cuello, apenas si podía ver sus manos. Elyse tomó asiento en el sofá más lejano a él y se aseguró de que los dedos de sus pies no se vieran, era demasiado, pero si así se sentía cómoda, él estaba conforme.

—Sé que esto no es normal ni cómodo, pero confío en que pueda hablar con tranquilidad. Verá, desde antes de irme, he estado verdaderamente interesado en usted, tanto como para hablar con su hermano. Él tiene pleno conocimiento de mis sentimientos e intenciones, me dio su autorización para acercarme, de no haber sido así, le aseguro que no habría sobrepasado los límites como lo he hecho. —La sorpresa fue evidente en el delicado rostro, nunca imaginó que Enrique le permitiría tal cosa sin problema alguno, siempre

pensó que él era un poco más sobreprotector.

—Lo de mi hermano, en este momento, es poco relevante. Desde la conversación en el jardín la noche anterior, pude suponer cuáles eran sus sentimientos. —Él asintió, apoyó sus codos sobre sus rodillas y se sentó al borde del sofá intentando acercarse un poco.

—Eso creo que sí está más que claro, pero acá la pregunta es, ¿qué siente usted, lady Cartler? Porque si mis sentimientos no son correspondidos, tenga la seguridad de que me iré en este mismo momento y no volveré a molestarla. —Estaba siendo directo, tal vez demasiado, pero era que tenían el tiempo limitado, demasiado, no podía perder ni un solo minuto y necesitaba muchas respuestas.

—¿Qué sucedería si sus sentimientos son correspondidos? —Aún no tenía la valentía de decirlo con todas sus palabras, por lo que su mejor opción fue aceptarlo de una manera más bien sutil.

—En ese caso, tendría que verme en la obligación de advertirle que junto a mí, por lo menos en este momento, no tendría la misma vida que lleva junto a su hermano. Los lujos que puedo brindarle no estarán a su altura, por lo menos no hasta que logre recuperarme. Por ende, aunque suene un poco escandaloso para una dama como usted, debo decirle que un hijo no está en mis planes próximos, tal vez, con el paso de los años veríamos la posibilidad de buscar un heredero o una pequeña que le dé luz a nuestros días, pero no traeré un bebé a este mundo si no tengo la solvencia para darle lo mejor. —Elyse se quedó sin palabras, ninguna escuela o institutriz la preparó para una conversación como esa.

—No sé qué decir —confesó.

—Sé que es algo difícil de asimilar, le aseguro que para mí tampoco es fácil, mucho menos después de ver toda la felicidad que le dan los pequeños a mi hermana y a su esposo, es algo indescriptible que cualquiera querría vivir.

Ahora, si usted entiende mis palabras y las acepta, le pido, de la forma más sincera que existe, que sea mi esposa. Le juro que mi vida, mis pensamientos, sentimientos y caricias serán completamente tuyas. —Tanta información la dejó sin aire, su cabeza le daba vueltas, no pensó ni le importó nada cuando se puso de pie y la manta cayó al suelo. Lo único que la cubría era la bata y ella solo empezó a caminar de un lado a otro mientras sentía cómo todo a su alrededor empezaba a darle vueltas. Justo en ese momento, causándole un buen susto, tocaron la puerta.

—Milady, le traigo su comida. —Su corazón empezó a latir con fuerza cuando el conde corrió hasta la puerta y se escondió tras esta, le hizo señas para que abriera, pero que no le permitiera el paso a su doncella.

—Un momento —respondió, tomó aire, sacudió su cuerpo y abrió. La doncella parecía preocupada.

—Permítame, se la serviré en su mesa para que pueda comer con más comodidad —le dijo esperando que la dejara pasar, pero la joven solo sostuvo la bandeja y empezó a cerrar la puerta de a poco.

—Tranquila, Angie, quiero un poco de privacidad. —Estaba a punto de cerrar cuando la mujer habló una última vez.

—Debo informarle que su hermano salió, pero aseguró que no tardaría en llegar y abajo la espera lord Warrington, ¿desea que lo busque y le dé alguna razón? —Ella volvió a abrir.

—No, yo lo buscaré en cuanto baje, gracias. —Cerró de golpe, sus manos temblaban y su fuerza la traicionaba, por lo que Andrew le quitó la bandeja, la dejó sobre la mesa más cercana y, arriesgándose a ser rechazado y posiblemente golpeado, la abrazó, quería demostrarle que, a pesar de todo, no estaba sola y no era tan grave como parecía.

—Cálmate, todo va a estar bien —susurró muy cerca de su oído cuando ella se dejó caer entre sus brazos y apoyó su cabeza en su pecho.

—Me está pidiendo que elija un futuro, ¿qué si me equivoco y tomo la decisión equivocada? No solo me estaría condenando a mí misma, esto también afecta su vida. —La dama se sentía tan bien y tan cálida que solo se dejó llevar.

—No pienses en mí, quiero que te centres en ti, en lo que quieres, en lo que sientes, yo no importo. —Esa fue, por mucho, la decisión más difícil de su vida, aunque bien decía su padre que tomar un veredicto nunca es fácil. En varias oportunidades, son más los miedos que el impulso por hacerlo, pero la vida se compone de eso, de los caminos que cada persona tome, si son correctos o no solo el tiempo lo dirá y siempre quedará la experiencia, la enseñanza. «Si te arrepientes, que sea de algo que hiciste, no por algo que dejaste de hacer».

Las pocas veces en las que soñó con el hombre que se convertiría en su esposo pensó que todo sería muy tradicional, un par de bailes, cabalgar por Hyde Park, *picnics*, cenas y puede que tardes con té; una conversación con su hermano, un anillo, una parroquia y estaba casada. Lo curioso era que, con el caballero en cuestión, no había hecho ni la mitad de esas cosas, y lo poco que hicieron era completamente incorrecto, como los besos que compartieron. Eso limitaba sus opciones, pues estaba tan ansiosa por saber que otros cambios traería el futuro que era capaz de todo, incluso de tomar la decisión incorrecta ¿Qué se suponía que debía hacer?

Cerró los ojos y se imaginó despertando en sus brazos, viendo su rostro cada vez que abriera los ojos, reconociendo sus facciones en las de sus hijos, abrazándolo durante la vejez, extrañándolo con su muerte; con sorpresa, notó cómo su corazón se alegraba o entristecía con cada supuesto. Andrew Dunne causaba mil y un sentimientos en ella aun cuando no eran más que sueños, eso debía significar algo, algo muy grande, quería seguir sus sentimientos, solo esperaba no equivocarse.

Al abrir sus ojos, levantó su rostro y observó detalladamente la mirada y

el rostro del conde, ¿podía ser feliz a su lado?

—Sí —respondió con dulzura y suavidad.

—¿Sí... qué? —preguntó Warrington, debía escucharlo con todas sus palabras para poder creer en lo que había escuchado, además de que su mayor deseo era conocer sus sentimientos, esperaba poder escuchar esa confesión algún día, por el momento, un paso a la vez.

—Acepto casarme con usted, lord Warrington, y si lo que le preocupa es su situación económica, pierda cuidado, le aseguro que puedo acostumbrarme a vivir con lo necesario, no pido mucho, además de que, como su condesa, lo apoyaré y disminuiré gastos. —Los labios del caballero se curvaron en una sonrisa, era la mejor noticia que le habían dado en los últimos días, tener a alguien por quien luchar le daría la fuerza necesaria para sacar adelante el negocio que tenía entre manos, ese que acabaría con sus problemas.

—Desde este instante, soy suyo, lady Cartler, puede confiar en que nunca miraré a una mujer que no sea usted. Mi padre me enseñó que es mi deber entregarme en cuerpo y alma a aquella que lleve mi apellido. Esta misma tarde, hablaré con su hermano. Puedo conseguir una licencia especial para casarnos cuanto antes, me temo que pronto tendré que realizar un largo viaje y no quiero que se vea obligada a esperar varios meses. —La dama frunció el ceño y dio un paso atrás, lo que la alejó de él, ¿no se habían casado y ya la iba a dejar sola? No, claro que no, eso sí que no lo permitiría.

—¿Un viaje? —preguntó con desconfianza.

—Sí, no tengo fecha establecida, pero sí debo ir a supervisar el primer envío de mercancía, necesito que todo salga perfecto; no es por gusto, es por deber, el problema es que sí tardaré en volver y es preferible dejar una esposa a dejar un simple compromiso. —Ella se cruzó de brazos, en su rostro la rabia era más que evidente, no podía estar más seria.

—Me disculpará, lord Warrington, pero no me voy a quedar meses

esperando a que algún día regrese a mi lado. Si voy a ser su esposa, lo acompañaré a donde sea necesario, es mi última palabra. —Andrew soltó una carcajada, estiró sus manos, la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Ya tendremos tiempo para discutir el asunto, por ahora... —Juntó sus labios en un tierno y delicado beso que la joven no tardó en responder, aquello se sentía tan bien. El conde delineó los labios de la dama con su lengua y ella, en un reflejo, abrió su boca soltando un pequeño jadeo, momento que él no desaprovechó para probar cada centímetro de ella; las manos de ambos se perdieron entre las caricias y la razón desapareció, serían marido y mujer, no tenía nada de malo compartir un par de momentos, o eso era lo que se dijo Elyse al sentir cómo los dedos del caballero se aferraban con fuerza a su cadera. La escasa ropa que llevaba puesta en nada ayudada y eso sumado al cosquilleo en su estómago, que la enloqueció; era como si todo en ella deseara más, mucho más.

Andrew se moría de ganas por deshacerse de su bata y de su camisón, quería ver, besar y detallar cada centímetro de su piel, guardar en su mente cada una de sus sensaciones y reacciones, llevarla al cielo y traerla de vuelta, pero no era el momento, ya tendría tiempo para saciar todas sus fantasías.

Warrington sintió cómo lo tomaban por el saco y lo jalaban lejos de su dama. La soltó rápidamente para no arrastrarla con él y apenas si tuvo tiempo para ver a Enrique muerto de la rabia antes de sentir el primer golpe aterrizando en su mejilla. No fue lo suficientemente fuerte como para tirarlo al suelo, pero sí como para desestabilizarlo; se recuperó tan rápido como pudo dispuesto a defenderse e incluso, de ser necesario, devolverle los ataques, no iba a permitir que lo dejara lleno de golpes y morados una vez más. Elyse soltó un grito lleno de terror, sin pensarlo dos veces, corrió y se interpuso entre su hermano y su nuevo prometido.

—¡No, no lo hagas! —rogó desesperada.

—¿No? ¡Por Dios, Elyse!, como tu hermano tengo que velar por tu virtud,

acabo de ver a este imbécil haciendo... eso. ¿Cómo me pides que no te defienda? ¡Es más! Lo reto a un duelo, no puedo creer que lo consideré mi amigo. —La joven palideció.

—¡No, Enrique no puedes hacer eso!

—Cálmate, Enrique, eso no es necesario, soy y siempre seré tu amigo. — El marqués abrió la boca dispuesto a replicar, pero el conde acalló sus palabras—. No estoy incumpliendo nuestro acuerdo, siempre la he respetado y la he tratado como la dama que es, solo que me dejé llevar, digamos que la alegría se apoderó de mí, celebrábamos nuestro compromiso —informó con alegría.

## Capítulo 12

—¡¿Cómo se atrevió?! —le reclamó lady Carlota, ella se giró y la miró con el ceño fruncido, ella podía ser lo que deseara sin necesidad de pedirle permiso.

—¿Disculpe? Creo que no la estoy entendiendo. —Había pasado una semana desde que se comprometió con el conde de Warrington, calmar a Enrique ese día no fue nada sencillo, jurarle que se casarían y se convertirían en marido y mujer no fue suficiente. Les hizo prometer que no volverían a hacer nada indebido hasta el día de la boda, aunque, claro, él mismo se encargaría de que no volvieran a estar solos hasta que ella no llevara el apellido de Andrew; su hermano organizó una velada en la mansión para anunciar la noticia e invitó a casi toda persona con título, entre ellos, la familia del duque de Fife.

—Le advertí que el conde era mío y, aun así, usted se le metió por los ojos y consiguió un compromiso; mejor dígame la verdad, ¿qué hizo? No me diga que fueron encontrados en una situación comprometedor porque eso sería caer muy bajo para conseguir a un hombre, yo nunca necesitaría de tales actos tan deshonorosos para una dama —soltó la joven con desagrado, la aludida la observó con detenimiento y suspiró, no podía esperar mucha inteligencia de alguien que solo quería casarse con el conde para organizarle fiestas y generarle gastos.

—Las razones por las que terminamos comprometidos no son de su incumbencia, lady Carlota, límitese con saber que perdió y que no tendrá más opción que tachar el nombre de lord Warrington de su lista. Igual, me

tranquiliza saber que una joven como usted, con tanta educación y elegancia, conseguirá un mejor partido en un abrir y cerrar de ojos, porque no puede decirme que el caballero en cuestión era su única opción. —Lo que menos quería era una discusión, estaba un poco alejada de los invitados intentando pensar, pero pronto tendría que acercarse y anunciar que se convertirá en lady Warrington, no necesitaba un escándalo o un reclamo por parte de una mujer que solo le producía lástima.

—¡Por supuesto que no era mi única opción! Pero si era a quien más quería. Además, lady Elyse, aún no pierdo la esperanza y no lo haré hasta que ambos den el sí en el altar. Él puede enamorarse de otra, arrepentirse y cancelar el compromiso, mi madre me enseñó a nunca darme por vencida. — La dama se acercó y susurró unas palabras en su oído que hicieron que su sangre hirviera de rabia. Finalmente, lady Cartler, haciendo caso omiso a sus palabras, con una sonrisa en los labios, inclinó un poco su cabeza y se alejó con movimientos elegantes. Eso logró exasperarla, por lo que no lo pensó dos veces antes de casi correr hasta su hermano.

—Quiero anunciar el compromiso, de inmediato —le susurró furiosa, su actitud llamó la atención del marqués, aunque prefirió no preguntar.

—Bien, como gustes. —Llamó al conde con una seña, quien no tardó en acercarse, y pidió un poco de silencio a todos los invitados—. Sé que no es normal que yo organice este tipo de veladas, creo que no se había realizado una desde la muerte de mis padres, sin embargo, en esta oportunidad, tenemos una razón muy especial para hacerlo; como saben, mi única hermana, Elyse Cartler, fue presentada en sociedad la temporada anterior, y el día de hoy me complace anunciar su compromiso con uno de los mejores hombres de todo Londres y mi gran amigo, Andrew Dunne, conde de Warrington. Estoy seguro de que todos les deseamos mucha felicidad. —El salón se llenó de aplausos, algunos sonrieron, otros fruncieron el ceño y varios mostraron su desagrado haciendo una pequeña mueca.

Andrew tomó su mano, dejó un pequeño beso en el dorso de esta y deslizó por su dedo el anillo que tanto le costó encontrar.

—No es herencia de mi madre ni una joya familiar, ella siempre pensó que los sentimientos hay que demostrarlos, las esmeraldas, rubíes o zafiros no son más que objetos que brillan, aunque quiero pensar que este nos define a los dos. —El anillo era delicado, hecho en oro blanco y, en la parte superior, se entrelazaban dos piedras preciosas, una de color azul y una de color verde, que simbolizaban sus ojos, ambas rodeadas por pequeños diamantes.

—Es realmente precioso, me encanta —dijo con emoción sin poder apartar sus ojos de su dedo, nunca había tenido algo tan hermoso y tan especial—. Tal vez seamos nosotros quienes empecemos con las herencias. —La complicidad en la voz de la dama lo hizo sonreír.

Todos los presentes los miraban con curiosidad cuando ambos regresaron su atención a los invitados. Elyse no pudo evitar el buscar a lady Carlota, sonreírle y mostrarle la mano en la que brillaba su anillo con disimulo, ya podía decir que quería casarse casi que de inmediato, no le iba a dar tiempo a esa mujer para interponerse entre ellos.

Las primeras notas del baile empezaron a sonar y el caballero de inmediato le ofreció su mano a la dama, quien sin dudar la tomó; la llevó hasta la pista de baile y empezaron a moverse, siguiendo el compás.

—¿Por qué quisiste anunciarlo tan pronto? —según los planes, el compromiso sería anunciado, por lo menos, una hora más tarde de lo que lo hicieron.

—No lo sé, no cambiaría nada si lo hacíamos iniciando la velada, a medianoche o en las invitaciones. Lo mejor era hacerlo y ya, después de todo, nos vamos a casar, eso nada ni nadie lo puede cambiar. —Se moría de ganas por, una vez más, prohibirle a Andrew acercarse a Carlota, pero no lo hizo, no quería empezar la vida que les esperaba juntos obligándolo a hacer ese tipo de

cosas. Él le prometió que ella sería la única y era su deber creer y confiar en su palabra.

—Tú lo puedes cambiar, si el día de mañana lo piensas mejor y decides que un matrimonio conmigo no es lo que quieres para tu vida, eres libre de decírmelo, ten por seguro que lo respetaré y romperé el compromiso de forma tal que no salgas afectada. Por mucho que me doliera, te dejaría en libertad. — Elyse lo miró con ternura.

—¿No está seguro de querer casarse conmigo, lord Warrington? No me diga que ya se arrepintió —bromeó.

—No, estoy seguro de que esta es la mejor decisión de mi vida, pero no te voy a obligar a nada, ya deberías saber que lo único que busco es tu felicidad. —Ella sintió cómo su corazón se aceleraba. Era increíble, pero él tenía la facilidad de hacerla nada con un par de palabras, en definitiva, estaba en lo correcto al aceptarlo como compañero de vida.

—Yo también lo estoy.

Se reunieron tanto como les fue posible antes de llegar a la boda. Fueron al teatro, pasearon por Hyde Park, compartieron cenas en varias oportunidades y tardes con té; el tiempo los ayudó a conocerse, sus gustos, sus preferencias, aquello que odiaban, eso fue todo lo que necesitó Enrique para celebrar su decisión.

En menos de tres semanas, la pareja ya estaba frente a un altar en la parroquia de los Chelmendley. Los acompañaban todas las personas que les importaban, solo amigos y familiares, por lo que los invitados no eran muchos; los duques de Devonshire, los duques de Marlborough, Adrián Wadlow, heredero al marquesado de Bristol, y su esposa, el duque de Windsor y los condes de Coventry. Era un momento realmente especial y querían estar entre aquellos que, de verdad, se alegraran por la vida que estaban a punto de comenzar.

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —anunció el religioso dando por terminada la ceremonia. El conde dejó un pequeño roce sobre sus labios.

—Ahora sí eres Elyse Dunne, mi esposa, mi compañera, la futura madre de mis hijos, mi condesa de Warrington, ya no puedes arrepentirte —susurró el caballero antes de separarse y dedicarle una sonrisa. Él no podía creer que estuviera casado, y justamente con la hermana de uno de sus mejores amigos. No se arrepentía, desde el principio sintió cierta cercanía con ella, era algo especial, tanto que decidió seguirla de por vida, aunque tenía que admitir que le dolía un poco su silencio, no había sido sincera con sus sentimientos, cuando no se escapaba de las preguntas, mentía en las respuestas.

—Lady Warrington, suena bien —respondió la dama con elegancia, estaba feliz, se sentía extraña, pero llena de felicidad, ya tenía un esposo.

—Me alegra que te guste porque te acompañaré toda la vida. Ahora ven, quiero presentarte a una de las mujeres de mi vida, te presentaría a las dos, pero Amberly no trajo a la bebé. —Le dio un suave y pequeño golpe en el hombro. Por un momento, pensó lo peor, era difícil dejar de lado todos sus miedos. Su nuevo esposo la tomó de la mano para llevarla hasta donde se encontraba la duquesa. Su corazón se aceleró y su cuerpo tembló, no era fácil conocer la cuñada justo el día de la boda, ella no pudo volver a Londres antes, sus hijos la necesitaban.

—¡Hasta que tengo el gusto de conocerte, Elyse!, espero que no te moleste que te llame por tu nombre, somos familia, así que quiero pensar que podemos ahorrarnos un par de normas de etiqueta —le dijo la duquesa con complicidad para luego abrazarla. Amberly era efusiva, muy alegre, tanto que era imposible no contagiarse.

—Es un verdadero placer, Andrew me ha hablado mucho de usted. —La aludida no podía estar más contenta, por fin su hermano encontró su otra mitad.

—Somos hermanas, no hay necesidad de tanta elegancia. —Se acercó y susurró cerca de su oído—. No nos conocemos y ya tengo tanto que agradecerte, mi hermano se ve tranquilo, feliz, no sabes hace cuánto no veía esa sonrisa en su rostro, por un momento, incluso llegué a pensar que las deudas y los deberes del título acabarían con el hombre tierno, dulce y dedicado que en algún momento llegó a ser, pero ahora parece feliz. Gracias —dijo, estaba emocionada por lo que sus ojos veían, le encantaba. La joven miró a su esposo.

—Te aseguro que no es cosa mía, su cambio de actitud tiene una explicación muy simple: tiene esperanzas, está luchando por su futuro, eso le ha dado la fuerza necesaria para seguir, yo solo me convertiré en un apoyo —comentó.

—Bueno, si tú así lo crees, pues perfecto, pero tengo mis propias ideas.

Pasaron un buen rato conversando, conociéndose la una a la otra, eran muy diferentes, pero a la vez muy similares, se tomaron mucho cariño y compartieron varias experiencias significativas que hacían parte de sus más añorados recuerdos, incluso Elyse prometió ir pronto a conocer a sus nuevos sobrinos.

—Tal vez se animan y deciden hacerme tía —bromeó la duquesa, lo que logró dejarla pensativa, no sabía qué pensar frente al tema de los hijos.

El día avanzó con normalidad, compartieron la cena y un par de bailes gracias a las habilidades de la duquesa de Devonshire con los instrumentos musicales; cuando llegó la hora de retirarse, Elyse estaba temblando de miedo, pasarían la noche en casa del conde y al día siguiente partirían hacia su casa de campo, estarían allí una o dos semanas y luego volverían a Londres, para la luna de miel tendrían que esperar un poco más, tal vez hasta que Andrew solucionara lo del envío de mercancía y tuvieran la solvencia económica necesaria para ello.

—¿Necesita algo más, milady? —preguntó su doncella, el conde quiso que la conservara con la esperanza de que, con su compañía, fuera un poco más sencillo acostumbrarse a su nueva casa, a su nueva vida, quería que sintiera que el lugar también era suyo y era libre de decidir o cambiar lo que gustara.

—No, Angie, gracias, puedes retirarte. —La mujer hizo una reverencia y, tal como la condesa le indicó, salió de la habitación, lo que la dejó sola y terriblemente pensativa.

No sabía absolutamente nada de la noche de bodas, lo poco que le enseñaron en la escuela y su institutriz no era de ayuda y quería pensar que era falso, describían el momento de la peor forma. ¿Por qué para algo tan íntimo y especial debía limitarse a levantar su bata hasta dejar su entrepierna libre y quedarse muy quieta mientras él hiciera el resto? Eso sumado al supuesto dolor que atravesaría su cuerpo y convertiría todo aquello en la peor experiencia de su vida, porque de ser cierto era poco probable que accediese a ello solo para darle un heredero a su esposo, prefería encerrarse en su habitación y morir de hambre.

Escuchó los pasos de Andrew acercándose y su cuerpo empezó a temblar. Por inercia tomó su bata y se cubrió con ella tanto como le fue posible, se alejó de la cama, como si esta quemara, y casi se escondió junto al armario, no podía creer que eso le estuviese sucediendo justo a ella, pensaba más en huir que en encontrar la calma.

De repente, la puerta se abrió, lo que la dejó sin respiración.

—¿Elyse? —preguntó Warrington extrañado al no verla, por suerte, el susto no le duró mucho, pues ella, de inmediato, se movió y se puso a la vista.

—Perdón, solo estaba... pensando —susurró casi sin ganas, lo que generó preocupación en su esposo, quien no tardó en acercarse. Primero, con delicadeza y movimientos lentos, acarició su mentón, luego, su dedo gordo se movió por el borde de sus labios, como si con ello los delineara, y finalmente,

su mano se detuvo en su cuello, allí sus dedos siguieron moviéndose de una forma casi imperceptible.

—¿Te encuentras bien? —La preocupación era evidente en el tono de su voz, pero ella solo se limitó a asentir, más por inercia que por decisión propia —. ¿Estás segura? Pareces un poco pálida. —La joven bajó la mirada y observó sus pies.

—Muy segura. —Andrew no creyó en su palabra, solo necesitaba ver la forma en que evitaba mirarlo a los ojos para notar que algo no estaba bien. Él la tomó de la mano y la llevó hasta uno de los sofás. No quería agobiarla, entendía sus nervios; se sentó y la ubicó sobre su pierna derecha, su mano se posicionó en su cintura y, con la izquierda, elevó su rostro, lo que le permitió ver sus ojos.

—Confía en mí, Elyse, dime lo que sientes, lo que piensas. Soy tu esposo, la mejor forma de hacer que esto funcione es hablando con el otro. —Ella solo guardó silencio, no entendía qué era lo que sucedía en su interior, lo único que tenía claro era que no estaba lista para ser su mujer en todo el sentido de la palabra.

—¿Podemos posponer la noche de bodas? —preguntó varios minutos después con mucha timidez, sabía que, si él así lo quería, esa y todas las noches, tenía la obligación de complacerlo.

—Claro que sí, no te pienso obligar a absolutamente nada, pero me gustaría que confiaras en mí y me dijeras qué sientes, no solo de lo que significa estar casados, sino de todos estos sentimientos. —Ella se deshizo de su agarre en su mentón con un pequeño movimiento, aunque no apartó la mirada. No le gustaba tener que guardarle secretos o, en su defecto, decirle mentiras, pero no estaba lista para hablar con sinceridad, no aún, haber aceptado el matrimonio ya fue un avance demasiado grande para ella, no podía acceder a todo de golpe.

—Estoy un poco cansada, quiero dormir. —Se puso de pie y se alejó, por lo que lo dejó con la palabra en la boca. Andrew dejó salir un suspiro pesado, una vez más, lo único que hacía su esposa era alejarse, eso lo deprimía.

—Hoy dejaremos la conversación hasta ahí, pero a la próxima, tendrás que ser sincera, no me gustan nada tus mentiras —comentó, fue hasta su cama y empezó a deshacerse de su ropa. Elyse, un poco abochornada, se giró y le dio la espalda, lo que evitó que viera algo más allá de lo debido, acto que le recordó un pendiente al conde—. Otra cosa, la condesa de Warrington no tiene habitación propia, mis padres acostumbraban dormir juntos y nosotros haremos lo mismo, sin embargo, podrás disponer del espacio que en teoría estaba destinado para ello para que lo adecues como gustes. —La aludida lo miró incrédula, ilusa ella si llegó a creer que escapar de su esposo sería tan sencillo.

Días antes de la boda, Andrew se decidió a apropiarse del espacio que le correspondía, era el conde y nada iba a cambiarlo, ya iba siendo hora de que viviera como tal y lo aceptase sin remordimientos, nada de vivir en el pasado, tenía el presente.

Elyse no se quitó su bata cuando se recostó, aunque sí se aseguró de dejar un buen espacio entre ellos, lo que no imaginó fue que, en algún punto de la noche, terminarían con las extremidades completamente entrazadas.

## Capítulo 13

Fue una noche curiosamente amena para ambos, el primero en despertar fue el caballero, quien se tomó un momento para admirar a la dama dormida en su pecho; tenía su cabello revuelto sobre la almohada, su rostro relajado y una respiración pausada y tranquila, sus facciones eran perfectas, no había mucho más que decir. Cuando miró sus labios, deseó tener el poder para acabar con las mentiras y los secretos, ella algo le escondía y no parecía dispuesta a contarlo, lo que era preocupante y asombroso en partes iguales era que ya no podían hacer más que aceptar su destino y vivir como los esposos que eran.

La bata de su esposa se había desatado, lo que dejó partes de su cuerpo apenas cubiertas por el camisón. No pudo evitar admirar la curvatura de sus largas piernas, de su trasero, de su cintura y finalmente de su busto, incluso podía ver deslumbrar un poco la aureola oscura de su seno derecho, eso lo dejó sin respiración. Se movió y se puso de pie con mucho cuidado de no despertarla, la cubrió muy bien y fue hasta el cuarto de baño, sus sirvientes eran tan eficientes que ya la tina la tenían lista para su uso, claro, siempre se despertaba casi que a la misma hora, y el horario del día solía ser tan predecible que parecían estar un paso por delante, eso sumado a la discreción los convertía en la mejor servidumbre. Lo que menos necesitaba en ese momento era que limpiaran la cama y no encontraran rastro alguno de sangre.

No tardó mucho en estar completamente listo, ese día tenía una reunión con el duque de Fife, el último hombre que necesitaba para que realizara una inversión de capital en su negocio. Al volver a la habitación, ella seguía durmiendo, por lo que solo dejó una pequeña nota sobre su almohada

explicando dónde estaría y prometiéndole no tardar más de lo necesario.

Comió algo rápido y ligero, no tenía tiempo de ir en el carruaje, así que tomó su caballo y emprendió el camino; no era la hora más adecuada para recibir o realizar visitas, pero ese fue el acuerdo. Era común ver a los aristócratas londinenses, apenas empezaban a levantarse, por lo que no habría comentarios sobre que hacía el conde fuera del lecho y lejos de su esposa un par de horas después de la boda.

—Me alegra que llegara justo a tiempo, Warrington. Sé que no debe ser fácil teniendo en cuenta sus recientes nupcias —dijo el duque haciéndolo pasar a su despacho.

—Ciertamente no es nada sencillo tener que alejarme de los placeres maritales tan pronto, pero mi esposa entiende la situación, por lo que no tiene ningún problema con ello. ¿Qué le parece si empezamos? —Era muy temprano y necesitaban energías, por lo que Fife sirvió dos copas con *brandy* y le entregó una al conde. Andrew empezó explicando en qué consistirían los envíos de mercancía para ser comercializada, luego especificó cómo serían los números tanto de inversión como de ganancia realizando un pequeño supuesto de la situación y, finalmente, el tiempo y el crecimiento; por el momento, solo podían hacer uso de un solo barco, aunque los planes de adquisición estaban. Al terminar, ya estaban cerca del mediodía, todas las dudas habían sido resueltas y ambos estaban más que satisfechos con los resultados de la reunión.

—Es un trato, lord Warrington, así que brindemos por los negocios prósperos. —Chocaron sus vasos y bebieron el contenido de un solo sorbo—. Si gusta, puedo pedir que le preparen mi carruaje, si vuelve a caballo, cualquiera podría reconocerlo. Uno de mis lacayos puede llevar el animal hasta su mansión. —El caballero no dudó en aceptar.

—Gracias, lord Fife. —El duque asintió y salió de su despacho para prepararlo todo. El conde se disponía a tomar asiento cuando lady Carlota

apareció frente a él—. Milady —saludó haciendo una pequeña inclinación.

—Milord, pensé que usted ya estaría rumbo a su casa de campo, ¿puedo preguntar qué lo retiene en Londres y arruina sus planes? —El caballero, un tanto incómodo ante la mirada escrutadora de la joven, dio un paso atrás e intentó responder con naturalidad.

—Asuntos pendientes con su padre, pero pierda cuidado, en un par de minutos me iré —aclaró, pero antes de poder preverlo, lady Carlota se acercó mucho más de lo debido y lo tomó por su saco con tal coquetería que de no haber estado prendado de otra mujer de seguro habría caído rendido a sus pies, era una mujer consciente de su belleza y sabía usarla a su beneficio. Quiso retroceder, pero ella lo tomó con más fuerza.

—Ya es un poco tarde para arrepentirse y venir a pedir mi mano, lord Warrington. Sin embargo, por si no está informado, me permito decirle que soy una mujer comprometida con el que puede que sea el marqués más entrado en años; no tiene hijos, su único propósito es un heredero, por lo que encontrar a alguien que caliente mi cuerpo será mucho más sencillo. —Su descaro lo dejó estupefacto, esa mujer estaba completamente loca y ya podía verlo, a él poco le importaba su vida amorosa o sus enlaces.

—Si me disculpa, milady, quiero volver junto a mi esposa lo antes posible, y mis más sinceras felicitaciones por su próximo enlace. —No se molestó en hacer ni un pequeño movimiento con la cabeza a modo de despedida, solo se limitó a esquivarla y caminar rumbo a la salida. A la próxima, mejor recordaba mantenerse alejado de la dama.

Mientras tanto, en la mansión de los condes de Warrington, Elyse observaba la nota con una extraña mezcla de rabia y alivio; rabia porque no podía creer que, justo ese día, Andrew visitara la casa de los Fife, estaba segura de que se encontraría con lady Carlota. El problema era que, por muy esposa que fuera, nunca se sabía que víbora podía estar esperando que te distrajeras para atacar; y por otro lado, estaba el alivio por no haber pasado el

incómodo momento de despertar a su lado y no saber qué decir o qué hacer, aún estaba intentando decidir cuál de las dos opciones era la que más se asemejaba a su mar de sentimientos.

*Esposa mía:*

*Es de vital importancia que me reúna con el duque de Fife, lamento mucho tener que dejarte justo en este momento y retrasar unas horas nuestro viaje, pero prometo volver tan pronto como me sea posible y ya verás cómo disfrutaremos del viaje. Me muero por estar cerca de ti y disfrutar de tu compañía, la compañía de mi esposa.*

*Siempre tuyo.*

*A.D. Conde de Warrington.*

Arrugó el papel y lo tiró al piso con rabia, llamó a su doncella, se levantó y, con su ayuda, se puso uno de sus mejores vestidos, si era su primer día como condesa, entonces iba a cumplir su papel con toda la elegancia y educación que le enseñaron, era una dama. Para ella no pasó desapercibida la mirada un tanto curiosa y reprobatoria de las mujeres que limpiaron la cama, era entendible, en esta no había mancha ni nada que indicase que la unión fue consumada.

Fue incómodo desayunar en una mesa tan grande completamente sola, más con las miradas del personal, aún tenía que acostumbrarse a todos ellos, aunque si se habían esforzado para hacerla sentir cómoda y en casa, daría todo de sí para ser la gran señora que ellos esperaban, pero necesitaba a su esposo para enfrentar todo aquello juntos.

Dunne subió a su carruaje a paso rápido y, mientras observaba Londres a través de la ventana, pensó en su esposa, en cómo ganarse su confianza y tumbar ese muro que ella parecía haber levantado entre ellos. No entendía mucho las razones, era cierto que hubo un momento en que no se comportó como el mejor caballero con ella, pero tenía la certeza de no merecer tal

castigo, suficiente con haberse visto en la obligación de no tocarla en su noche de bodas, todos merecen una segunda oportunidad.

La distancia entre la mansión del duque y la suya era considerable, no como para tardar horas, pero sí varios minutos, lo que le dio un poco más de tiempo para meditar en qué haría al llegar y cómo sería su comportamiento.

Al llegar, vio a varios de sus lacayos subiendo sus baúles y los de Elyse al carruaje, no podía darle un viaje de bodas, pero sí tendrían unos días a solas para disfrutar de la intimidad, soledad y tranquilidad que les ofrecía un lugar lejos del ajetreo y del bullicio de Londres, era la mejor forma de celebrar su unión.

El hombre enviado por el duque de Fife dejó su caballo en manos de uno de los encargados y partió en el carruaje al tiempo que el conde ingresaba a la mansión.

—¿En dónde se encuentra la condesa? —preguntó a su mayordomo al entregarle su sombrero y sus guantes.

—Lady Warrington está en su habitación supervisando los baúles, milord —respondió, y el caballero corrió escaleras arriba. La encontró sentada frente al tocador que adornaba la habitación que le correspondía como condesa, pero no observaba su reflejo en este ni verificaba que su aspecto fuera el correcto, tenía la mirada baja, parecía pensativa.

—¿Puedo saber qué tiene tan pensativa a mi dulce esposa? Espero que no sea de gravedad, lo que menos deseo es verte sufriendo de preocupación —dijo llamando su atención, ella elevó la mirada y lo observó desde el reflejo.

—No, no hay nada que deba preocuparte, solo pensaba. ¿Qué tal estuvo la reunión con el duque? Tardaste bastante, por eso pedí que no sirvieran el almuerzo hasta tu llegada. —Se puso de pie, alisó su vestido y caminó hacia la puerta en absoluto silencio, era como si no le interesara cruzar palabra alguna con él, aquello empezaba a cansarlo.

—Tú y yo vamos a hablar muy seriamente en cuanto lleguemos a la casa de campo. —Juntos bajaron al comedor en absoluto silencio, más que esposos compartiendo una comida parecían un par de desconocidos que ni siquiera se molestaban en mirar al otro.

En cuanto terminaron de prepararse, subieron al carruaje, los lacayos cargaron los baúles y emprendieron el camino; Elyse permaneció sentada en el extremo opuesto a su esposo con la mirada fija en algo más allá de su ventana. Andrew, en más de una ocasión, intentó entablar una conversación preguntándole cómo era su vida junto a su hermano o cómo eran sus padres, incluso quiso saber cuál era la actividad que más disfrutaba para hacerla juntos, pero ella se limitaba a darle respuestas banas, básicas y poco interesantes, aquello le dejó más que clara su poca intención para hablar, por lo que prefirió guardar silencio el resto del trayecto, eso sí, seguirían teniendo una conversación pendiente.

La casa de campo de los Warrington quedaba a, aproximadamente, unas cuatro horas de viaje, era una edificación hermosa levantada en piedra y rodeada por flores de diferentes tipos y colores. Era increíble pensar que algo tan hermoso había sido conservado por un hombre que, se supondría, no prestaría mucha atención a detalles como la decoración. Sin embargo, antes de que el conde realizara su viaje, se aseguró de dejar a una persona encargada de todas sus propiedades y, en cada lugar, había una ama de llaves para cuidar de ello.

Llegaron bien entrada la tarde y con mucho cansancio, pues no se detuvieron más que para lo necesario, como para alimentar y darle de beber a los caballos. La condesa se negó a parar en una posada para comer algo, solo argumentaba su afán por llegar y dormir un poco.

En cuanto bajaron del carruaje, todos los sirvientes hicieron las debidas presentaciones a la nueva condesa, la joven quedó fascinada con todos, eran personas agradables y se esmeraban por verla cómoda y a gusto, era como si

no solo estuviesen cumpliendo sus funciones, sino que de verdad les agradaba atenderla, era una maravilla.

El conde tuvo que reunirse con su mayordomo para ver varios pendientes en el terreno y sus arrendatarios, por lo que su esposa se vio obligada a cenar sola en aquella enorme mesa. Al terminar, el ama de llaves le mostró la casa, esta tenía dos pisos, en el superior estaban ubicadas las habitaciones principales y un pequeño estante con varios libros que creó la condesa anterior. En el inferior, estaba la biblioteca de la familia, el despacho, el comedor, la cocina, un par de salones de té, un salón de música y un salón de baile, además de las habitaciones de los sirvientes; la belleza de cada espacio la dejaba sin aliento a medida que avanzaba, quedó fascinada y con ganas de mantener la casa aún más bella de lo que la encontró, sería esa dama que enorgullecería a su institutriz.

En cierto punto del recorrido, le mostró la habitación del conde y la que se suponía le correspondería a su esposa.

—Los condes compartían habitación, dormían juntos cada noche, por lo que la condesa decidió decorar el espacio como una salita personal y privada, era allí en donde disfrutaba de sus libros, escribía sus cartas o las leía; pasaba gran parte del día en ese lugar —le explicó la mujer, pues no había una cama, sino varias mesas y sofás en tonos claros. Era un espacio muy femenino, de eso no había duda alguna.

—Quiero que retiren esto y organicen una habitación de verdad en la que haya una cama, por favor, pero que sea mañana, no es el momento ni la hora para ello, hoy compartiré el espacio con el conde. —Ella asintió—. Le agradecería si no le comenta nada de esto a mi esposo, seré yo quien se encargue de decírselo. —No estaba segura de qué tan buena idea era dar aquella orden sin su permiso, más teniendo en cuenta que en Londres le dejó muy en claro que no dormirían en habitaciones separadas, pero necesitaba su espacio.

—Como ordene, milady.

Al terminar, llamó a su doncella para que la ayudase a prepararse para dormir, cepilló su cabello y se metió bajo las mantas, no le gustaba, pero estaba disfrutando de la soledad mucho más de lo que le hubiera gustado aceptar, estaba recién casada y era como si no estuviese segura de querer estar con su esposo.

Andrew terminó los pendientes con su mayordomo, comió algo en su despacho y subió a su habitación, nunca imaginó que todo con Elyse sería tan complicado. Al entrar, ella estaba acostada, cubierta hasta el mentón y tan al borde de la cama que con un pequeño movimiento caería de esta. Para él, era más que evidente que lo único que estaba intentando era huir de su cercanía, aquello lo estaba cansando.

Se deshizo de su ropa hasta quedarse solo con su ropa interior, se sentó a su lado con la espalda recostada en el espaldar de la cama.

—Elyse, por favor, quiero que hablemos —dijo con suavidad.

—Estoy un poco cansada, por favor, Andrew, fue un viaje muy largo y quiero descansar, ya tendremos tiempo para conversar. —Él suspiró con frustración y negó, no tenía la paciencia para postergarlo.

—No, lo vamos a hacer en este mismo momento. —Ella no se movió ni hizo movimiento alguno que le diera a entender al conde que lo estaba escuchando, pero él prefirió continuar—. ¿Por qué estás actuando así, Elyse? No haces más que huir, apenas si me hablas. ¿Qué cambió? No fue esto lo que creí que pasaría cuando te pedí que te casaras conmigo —confesó.

—No ahora, Andrew, por favor —rogó ella.

—Respóndeme, Elyse, estoy cansado de verte tan taciturna y alejada, apenas si me diriges la palabra y cuando lo haces, siento que tus palabras no son más que mentiras, ¿en dónde quedó la chica dulce a la que le propuse matrimonio? —La condesa se sentó de repente y lo miró con seriedad.

—¡Apenas me estoy acostumbrando a esta vida! Dame tiempo, a veces incluso dudo de que este matrimonio haya sido la mejor decisión —soltó de repente ignorando el dolor en su pecho, ese que le aparecía siempre que les mentía a las personas que sí le importaban. Los ojos de su esposo se cubrieron con dolor y tristeza, había sobrepasado una línea a la que nunca quiso acercarse, le estaba haciendo daño.

—¿De verdad te estás arrepintiendo de haberte casado conmigo o solo lo dices porque no eres capaz de hablar con sinceridad? —preguntó como última esperanza.

—¿Te encontraste con lady Carlota en casa del duque de Fife? —El conde la miró con decepción y tristeza.

—Esto es increíble. —Salió de la cama luego de lanzar las mantas tan lejos como le fue posible, era él el que no quería tenerla cerca—. Búscame cuando decidas acabar con las malditas mentiras y empieces a hablar con la verdad, a ver si algún día te conviertes en mi esposa. —Abandonó la habitación con un fuerte sentimiento de rabia y frustración.

## Capítulo 14

La tensión entre los condes de Warrington era palpable, llevaban una semana entera en la casa de campo y seguían pareciendo un par de desconocidos, dormían en habitaciones distintas, no comían juntos y apenas si se dirigían la palabra, cosa que, aunque no llegó a oídos de nadie, sí causaba comentarios entre los sirvientes, quienes empezaban a dudar de qué tan buena era lady Elyse como esposa de su señor, pues cada uno de ellos vio lo difícil que fue para Andrew salir adelante con todas las responsabilidades y problemas que tenía, les dolía ver que no era feliz con la mujer que había escogido.

—Milord, su caballo está listo —le informó el mayordomo, no hacía mucho que se habían levantado y lo único que quería era recorrer sus tierras, por lo que apenas si probó bocado esperando poder salir a cabalgar tal como deseaba.

—Gracias. —Terminó con el jugo de un solo sorbo y salió de prisa, se montó en el animal y salió a toda velocidad rumbo al sur.

Los terrenos que hacían parte de su propiedad eran extensos, pues en su momento, cuando aún contaban con un capital estable, su padre se encargó de expandirla tanto como le fue posible, pero su parte favorita estaba ubicada al sur de la mansión, era un espacio cubierto de árboles frondosos y muy altos, además de flores llenas de color, aquello lo dejaba cubierto ante las miradas curiosas, era el mejor escondite que podía imaginar, la tranquilidad lo acompañaba.

La situación con Elyse estaba tan complicada que, en ese momento, llegó a

considerar la idea de anular el matrimonio. Después de todo, la unión aún no había sido consumada, por lo que era una opción que podía considerar. Sin embargo, terminó desechándola mucho más rápido de lo que le hubiese gustado, no solo por lo que eso significaría para ella y su reputación, sino también porque no era capaz de imaginarla en brazos o con el apellido de otro hombre, al menos así podía considerarla ligeramente suya, no perdía la esperanza de ver el día en que cambiara de actitud y decidiera ser verdaderamente sincera.

Al llegar, bajó del caballo y se sentó en el césped sin prestar mucha atención a su atuendo, era allí a donde iba siempre que su padre le daba una mala noticia, se decía a sí mismo que era porque ese lugar lo ayudaba a pensar con cabeza fría, por el momento esperaba encontrar la solución de su problema.

Se recostó colocando sus manos en la nuca, cerró los ojos y solo dejó su mente en blanco, pensó primero en por qué la había escogido como esposa, lo mucho que le gustaron sus ojos, su sonrisa, su actitud avasalladora e imponente, le fascinaba esa combinación entre dulzura y fuerza que ella tenía en su interior, era imposible que tantas cualidades desaparecieran de un momento a otro como si la unión consagrada en la ceremonia la hubiese cambiado. También pensó en volver a Londres, pero esa idea desapareció aún más rápido de lo que apareció, no podía volver hasta no tener algo que los ayudara, aunque fuera pequeño, eran muchos los chismes que corrían y estar en boca de todos aquellos que creían poder opinar no le gustaba, en definitiva, se sentía en un callejón sin salida.

Intentó pensar y entender las posibles razones por las que su esposa actuaba así, pero no encontró ninguna; a su parecer, ya había resarcido su error por haber huido un año atrás; le expresó y demostró sus sentimientos tanto como pudo, incluso puso un anillo en su dedo; hasta el momento, la había complacido en todo lo que le pidió, como la habitación separada y la soledad

que parecía ansiar. ¿Qué más debía hacer?

Elyse, una vez más, observó su reflejo en el espejo y asintió, por fin estaba conforme con su atuendo. Sus vestidos eran de colores y diseños acordes para alguien en busca de esposo, rol que ella ya no cumplía en la sociedad, pero no podía pedirle un nuevo guardarropas a su esposo cuando prometió ayudarlo con su situación económica. Los últimos días había dedicado varias horas a modificarlos hasta hacerlos lucir un poco más acorde con su estatus, por suerte, tuvo un poco de ayuda de una de las sirvientas recomendada por el ama de llaves; la costura no era una de sus mejores habilidades.

—¿En dónde se encuentra mi esposo? —preguntó al mayordomo al bajar en su busca para desayunar juntos, quería conversar un poco mientras el tema no fuera ella y su actitud.

—Salió hace un rato en su caballo, milady, le dejó dicho que tardaría un poco, pero que al llegar quería hablar con usted. —La dama asintió un tanto deprimida, todo parecía estar en su contra y en la de sus planes.

—Bien, estaré en su despacho. —No tenía ganas de sentarse completamente sola en una mesa tan grande, eso solo empeoraba la situación. Al entrar, tomó asiento en la silla de su esposo y observó todo sobre la mesa hasta que la correspondencia llamó su atención, observó los remitentes de las cartas e invitaciones y los separó entre conocidos y no conocidos, ya estaba por terminar cuando un apellido atrajo su mirada. Al abrirla, se quedó sin respiración, era una invitación a la boda de lady Carlota. ¿Por qué esa mujer les enviaba una invitación? Estaba más que claro que su única intención había sido, y podía que siguiera siendo, acercarse a Andrew. Después de todo, haciendo parte del mercado matrimonial, no tenía la libertad de buscar una aventura, mientras que siendo una mujer casada era poco lo que se lo impedía. Presa de la rabia, rompió el papel y rápidamente escribió una disculpa declinando la participación en ello.

Nunca pensó que sería tan difícil, estaba segura de lo que sentía, segura de

haber tomado la decisión correcta al casarse, tal vez se aceleró un poco, pero en definitiva no se arrepentía, el problema era que algo en su interior no le permitía confiar, no podía olvidar las últimas palabras que lady Carlota le había dicho al oído aquel día que anunciaron su compromiso:

«—¿Está segura de que él de verdad la ama? Tal vez casarse con usted sea la forma más rápida y sencilla de obtener una buena dote que le alivie un par de deudas, nada mejor que hacerlo con la hermana de un gran amigo. Lord Chelmdendley es capaz de darle todo con tal de que a usted no le haga falta nada, incluso de solventar las deudas y fortalecer las arcas de su futuro esposo; he de admitir que es un excelente plan, pero eso lo lanzará a la cama de otra mujer aún más rápido de lo que tardará la ceremonia de la boda, y nunca se sabe, puede que esa que caliente su cuerpo sea yo».

No podía creer que una joven en edad casadera y solo con el poco conocimiento que le dejaba la escuela pudiera pensar tal cosa, pero esas palabras fueron una de las razones por las que no fue capaz de yacer con él ni la noche de bodas ni ninguna otra. Se negaba a creer en sus palabras, pero no por ello podía olvidarlas, y ya podía ver que esa mujer estaba cada vez más cerca, empeoraba la situación, la llenaba de desesperación, lo que menos quería era perder al hombre que amaba y sorprendentemente eso era lo único que estaba logrando.

—Milady, ¿le traigo su desayuno? —preguntó una sirvienta luego de tocar y abrir un poco la puerta. La condesa negó.

—No, gracias, no tengo hambre, pero sí quiero que lleven todas mis cosas a la habitación del conde y que llames a la cocinera, quiero hablar con ella —ordenó decidida a no dejarle el camino libre a esa cualquiera, lucharía por lo que era suyo y Andrew Dunne lo era.

—Como ordene, milady.

Organizó la mejor cena que se le ocurrió siendo muy cuidadosa de

mantener todo en secreto, quería compartir con él un momento romántico, pero debía ser una sorpresa, tal vez así lograba que todo aquello que los separaba desapareciese por un par de minutos, los suficientes para ser verdaderos esposos.

El conde regresó bien entrada la tarde y se limitó a encerrarse en su despacho, incluso almorzó allí; por un lado, no fue mala idea, pues le dio el espacio que necesitó para ultimar los detalles de la sorpresa, aunque, por otro, le causó cierto dolor ver que no le interesaba preguntarle cómo se sentía o si ya había comido, solo la ignoraba, tal como ella había hecho todos esos días, admitió con tristeza, no podía hacer más que rogar al cielo poder cambiarlo.

Con ayuda de su doncella, cuando la hora de la cena se acercaba, armándose de valor, cambió su vestido por uno un poco más atrevido que se adhería a su pecho resaltando sus senos y marcando su cintura, pero bajo este se puso el regalo de bodas que le hizo Cassandra.

«—¡Te tengo un regalo de bodas maravilloso, Lys! —exclamó la duquesa con emoción adentrándose en su habitación con una caja en sus manos. Ya era tan normal verla en casa que se movía por esta como si de la suya se tratase, tanto así que no tenía problema alguno con ir a buscar ella misma a donde fuera que estuviese. Su boda se acercaba, en pocos días sería Elyse Dunne, condesa de Warrington.

—¿En serio? —preguntó la joven con desconfianza, nunca sabía qué esperar de su amiga, tenía unas ideas que dejaban sin palabras a cualquiera.

—¡Por supuesto! Es algo que podrán disfrutar juntos, tu esposo y tú, y estoy segura de que no tendrán queja alguna. —Le tendió la caja que era de tamaño medio y Elyse la tomó con desconfianza, la dejó sobre la cama y la destapó con curiosidad, pero al ver lo que había en su interior, de sus labios escapó un jadeo y sus mejillas se tornaron rosadas ante el bochorno, solo Cassandra podía regalarle algo así.

Tomó la delicada prenda con sus manos y la elevó para detallarla, era un camisón de una tela mucho más delgada de lo acostumbrado, casi transparente, por lo que para detallar la piel bajo esta no se necesitaba de mucho esfuerzo, eso sumado a que era un poco más corta y el escote bordeado en encaje blanco hacía de ella un escándalo, su institutriz moriría al verla.

—¡Estás loca! Yo no puedo usar esto —exclamó ruborizada.

—Por supuesto que puedes, ya pronto descubrirás lo útil que es, pero si no te sientes lista, pues llévala en tu equipaje, serás tú quien decida cuándo usarla o si, por el contrario, prefieres dejarla guardada para la eternidad».

Su doncella sonrió con solo ver la prenda, esa debía ser una buena señal. También arregló su cabello de forma tal que parte de sus ondas cayeron libremente por su espalda, le gustaba tenerlo ligeramente suelto, hacía que su cuello se viera un tanto más largo, quería ser y lucir como la dama más hermosa y elegante de toda Inglaterra, todo para que fuera su esposo quien la desvistiera y le enseñara lo que era ser suya. El miedo a la noche de bodas aún no había desaparecido, sin embargo, para solucionarlo, le escribió una carta a su gran amiga pidiéndole consejo, carta que había llegado el día anterior.

*Querida Lys:*

*Entiendo tus miedos y es normal que te sientas así, creo que todas las mujeres pasamos por ellos cuando nuestra primera vez se acerca, sin embargo, lo que puedo decirte es muy poco y espero que te ayude: primero, habla con tu esposo, dile cómo te sientes, él sabrá qué hacer y qué no hacer para que sea un momento inolvidable y muy placentero, puedes tener la certeza de que no te lastimará; segundo, relájate, deja que todo fluya, que tu cuerpo sienta, experimente y disfrute de todas esas nuevas sensaciones, olvídate del miedo; y tercero, confía, confía en Andrew, es un gran hombre y te quiere.*

*Te deseo lo mejor.*

*Tuya*

*C.L. duquesa de Devonshire.*

Sus palabras la ayudaron, no le dieron una respuesta, pero sí un pequeño descanso, eso era todo lo que necesitaba para arriesgarse, si ya había dado el «sí» en el altar, no podía permitir que el miedo la limitara justo en ese momento que ya tenía gran parte del territorio ganado, además de que, hasta no consumar la unión, su estada en esa casa colgaba de un hilo, no quería darle tiempo y razones para pensar en anular el matrimonio.

—Seguro que el conde se desmaya en cuanto la vea, milady, ¡se ve realmente hermosa! No podrá resistirse —comentó su doncella cuando pudieron apreciar el resultado final. Era cierto, ese vestido azul le quedaba a la perfección, se veía alta, hermosa, elegante e imponente que nadie se atrevería a decir que su matrimonio tenía problemas.

—Esperemos que así sea, Angie.

Puso su mejor sonrisa y bajó al comedor, ya la mesa estaba lista y estaban por avisar al conde, pero ella prefirió hacerlo por sí sola. Se acercó al despacho y, con suavidad, tocó la puerta con sus nudillos.

—Pase —dijeron desde el interior; la dama empujó la puerta de madera con lentitud y entró con la cabeza un tanto gacha.

Andrew se quedó sin respiración y sin palabras al verla, estaba tan hermosa como nunca la vio, lucía perfecta, maravillosa, ¿de verdad esa era su esposa? Porque era un hombre muy afortunado de tenerla a su lado, cualquiera sería capaz de todo por una mujer, incluso de enfrentarse al ejército más poderoso o de matar a quien fuese necesario.

—Espero no molestarte, pero la cena ya está lista y pensé en venir por ti para juntos ir a la mesa. —El caballero se levantó de inmediato y caminó

hacia ella con un par de grandes zancadas.

—Luces... —se quedó sin palabras, no había forma de definir lo que sus ojos veían, por lo que la tomó por la cintura, la pegó a su cuerpo y, con una de sus manos, acarició su mentón, su mirada estaba fija en sus labios—. Quiero besarte —susurró acercando su rostro al de ella; llevaba tanto tiempo ansiando su cercanía.

—Entonces hazlo —accedió Elyse casi sin voz, no sabía si era que su corazón había dejado de latir o si, por el contrario, lo hacía tan fuerte que contar los latidos era misión imposible.

El conde juntó sus labios con los de ella y sintió cómo una corriente atravesaba su cuerpo de pies a cabeza, lo que lo hizo temblar. Todo se intensificó cuando fue su esposa quien empezó tomando su labio inferior entre los suyos y subiendo sus brazos hasta su cuello, sus dedos se movían por su nuca hasta el nacimiento de su cabello. No quería ilusionarse, pero empezaba a creer que su dulce dama había vuelto a ser la misma, rogaba porque así fuera.

Fue un beso lento, delicado y lleno de sentimientos, muy parecido al primero que compartieron en aquel encuentro en el jardín de los duques de Rutland, fue la primera vez que probó sus labios y le gustaron tanto que se convirtieron en una necesidad.

Cuando sus bocas se separaron, sus frentes se juntaron, cerraron sus ojos y permanecieron en silencio disfrutando de lo que estaban experimentando, la felicidad en sus corazones era pura, verdadera y los inundó de paz y tranquilidad. Se sintieron tan bien estando en brazos del otro que no entendían cómo era que podían permanecer tanto tiempo sin siquiera dirigirse la palabra, era más que obvio que estaban hechos el uno para el otro.

—Será un placer acompañarte en la cena, solo tú y yo —dijo el conde, dejando un casto beso sobre sus labios, se alejó, la tomó de la mano y la llevó

hasta el comedor. Todos los sirvientes sonrieron al verlos tan unidos y corrieron a servirles, pero con ellos no se quedaron más que los necesarios en un intento por darles un poco más de privacidad.

—Espero que la cena sea de tu gusto, creo recordar que es tu favorita. — Andrew la miró realmente sorprendido.

—¿Tú te encargaste de todo? —Ella asintió.

—Quería que fuera especial.

—Gracias, todo está maravilloso, pero, aunque odio arruinar el momento, para poder empezar desde cero y ser una verdadera pareja de esposos, necesitamos empezar hablando con sinceridad, supongo que estás de acuerdo con ello, la verdad nos libera.

## Capítulo 15

—Ya conversaremos sobre ello, por ahora, solo disfrutemos de la comida y de una conversación amena. —Su esposo asintió estando de acuerdo con sus palabras. La comida estuvo más que deliciosa, compartieron recuerdos de su infancia, como momentos especiales junto a sus padres o hermanos, mascotas que marcaron su niñez, obsequios que nunca olvidarían, por fin se estaban conociendo mutuamente.

—¿De verdad le hiciste eso a Enrique? —preguntó Andrew en medio de las risas, su joven esposa le contó una de las muchas travesuras que le había hecho a su hermano.

—Sí, enloquecí de la rabia cuando vio su retrato lleno de pinturas de colores. En mi defensa, quería probar mis aptitudes artísticas y pensé que darle un par de toques de luz para mejorar su retrato era una gran idea. Ya cuando fui consciente del desastre que había hecho, no encontré mejor opción que cubrirlo por completo y empezar de cero, ya podrás imaginar cómo quedó, ese día entendí que la pintura no era mi mejor cualidad —recordó la condesa entre risas, su hermano aún la molestaba por ello, se deshizo de todos sus implementos para pintar y nunca más la dejó acercarse a un pincel.

—Ya puedo imaginármelo, a él que tanto le gusta presumir de su belleza y, en más de una ocasión, me ha presumido sus retratos. —Las risas eran las principales protagonistas en el lugar, la comida hacía mucho que se había acabado y los sirvientes desaparecieron.

—Oh, vamos, seguro que tu hermana o tú hicieron varias travesuras. —Él, entre risas, asintió y le contó un par de anécdotas. Antes de darse cuenta,

estaban sentados uno frente al otro, ella con las piernas en medio de las de él y con sus manos entrelazadas, no perdían oportunidad para acercarse un poco más y robarle al otro un par de besos y caricias. Llegado el punto, lord Warrington no soportó la tentación, tomó su rostro entre sus manos y la besó con fuerza, la deseaba más que a nada en el mundo, caricia que ella correspondió con el mismo fervor y entrega.

El caballero la tomó entre sus brazos y la cargó hasta su habitación, nada lo preparó para encontrar su manta favorita perfectamente doblada sobre la cama.

—Espero que no te moleste compartir tu habitación conmigo, me sentía un poco sola en la mía, creo que debí preguntarte antes de solo instalarme. —Él la dejó sobre la cama y, fascinado, tomó posesión de sus labios una vez más.

—Es la mejor noticia que me has dado —dijo entre besos. Sus manos empezaron a moverse por su cuerpo, subieron su falda y acariciaron sus piernas con delicadeza y lentitud, no quería presionarla ni asustarla, por lo que no se acercaba más de lo debido a su entrepierna, y supo que iba por buen camino cuando ella metió las manos bajo su chaqueta y, con mucha timidez, las movió por su espalda.

El conde besó su mentón, su cuello, su pecho y la piel que limitaba con el encaje del vestido mientras ella soltaba un par de jadeos y se dejaba llevar por la pasión con los ojos cerrados. Se moría por deshacerse de su ropa y conocer los secretos de su cuerpo, conocer sus puntos débiles y sus lunares ocultos, quería llevarla al cielo y traerla de vuelta a la Tierra manteniéndola entre sus brazos, lo quería todo con ella, pero no podía dejarse llevar por sus deseos, no hasta resolver todos sus problemas y dejar todo en claro.

—No sabes lo mucho que deseo hacerte mía, tanto que me duele, pero necesito que me expliques tantas cosas que no puedo tomarte, no aún — explicó deteniendo sus caricias. Su esposa asintió y, tras alejarlo, tomó asiento, quedaron frente a frente y él se negó a soltar su mano, esa era su forma

de demostrarle su apoyo.

—La verdad es que no sé cómo pedirte disculpas por la estupidez que hice, me dejé llevar por la rabia y los malos comentarios, olvidé que tu esposa soy yo y es mi deber confiar en ti hasta con los ojos cerrados, pero es que no supe manejar todo esto que estoy sintiendo por ti y la desconfianza que le tengo a los hombres —confesó ella siendo tan sincera como le era posible, no quería más mentiras en su vida.

—No es por recriminártelo, pero en más de una ocasión te pedí que me lo contaras y tú no hacías más que alejarme. ¿Por qué? —La aludida suspiró y se encogió ligeramente de hombros, esa respuesta era un poco más complicada.

—La única explicación que tengo es que cuando me vi ya casada con un anillo en mi dedo, usando tu apellido y viviendo en una nueva casa me sentí abrumada, fue un cambio demasiado fuerte, no habíamos compartido tanto como para tener la certeza de estar hechos el uno para el otro, temía haberme equivocado. Supongo que por eso no permití que me tocaras la primera noche, entregarme a ti era renunciar de una buena vez a lo que era y obligarme a acostumbrarme a mi nueva vida. —A la dama le estaba costando dejar de lado las mentiras que usaba para crear un muro de protección ante todo aquello que podía lastimarla, fue la mejor forma de esconder los sentimientos que creaban en ella puntos débiles, y ya solo era un libro abierto.

—Si no te sentías completamente segura de querer casarte, debiste decírmelo. —Elyse de inmediato negó con la cabeza.

—En eso te equivocas, estaba muy segura de querer casarme contigo, eres un gran hombre, todo un caballero digno de admirar, con todo lo que has trabajado para salvar tu patrimonio, solo puedo sentir orgullo, es todo un honor ser tu condesa —confesó con timidez, si para conservar el amor que Andrew le profesaba debía hablar con sinceridad y acabar con todo lo que se interpusiera entre ellos, pues estaba dispuesta a todo. Él acercó su rostro al de la dama y aferró sus manos a la curvatura de su cintura.

—En este momento, no importa nada más que lo que estamos viviendo tú y yo, dejemos el pasado atrás, olvida todo lo que has vivido y escribamos nuestra historia. —Sin esperar, la besó con fuerza y desenfreno, sus manos se movieron por su cuerpo hasta hacer desaparecer el vestido, el corsé y el resto de su ropa hasta dejarla solo con aquel camisón que, en cuanto lo vio, lo dejó sin respiración.

—¿Te gusta? —preguntó ella en un susurro, su corazón latía tan fuerte que de seguro su esposo podía escucharlo.

—Dios, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, no sé qué hice para merecerte, pero recuérdame no dejar de hacerlo porque ni loco me pierdo de navegar entre tus curvas y perderme en tu interior. —La boca del conde empezó a esparcir besos por su cuello, bajando por su cuerpo a la vez que sus manos se iban deshaciendo del camisón. Al tener un par de hermosos, redondos y firmes senos a plena vista que se erguían orgullosos esperando sus caricias, entendió que si el paraíso existía, solo podía encontrarlo en su cama y en brazos de su esposa. La forma en que ella reaccionaba a sus caricias era indescriptible—. ¿Estás segura de querer esto? —Su voz salió ronca y curiosamente suave, pero era que hacer aquella pregunta le costó mucho más trabajo del que imaginó.

—Contigo, lo quiero todo, así que sí, estoy completamente segura. —Elyse solo cerró los ojos y se dio la libertad de sentir, su cuerpo temblaba y, en su vientre, se producían unas ligeras corrientes que la llenaban de placer, nunca había sentido nada con lo que pudiera compararlo, lo estaba disfrutando, eso era lo único que tenía claro.

Un fuerte toque en la puerta hizo que Andrew soltara un gruñido.

—¡Ahora no! ¡Largo! —gritó negándose a la posibilidad de alejarse y dejar de sentir el calor de su cuerpo, si levantarse para desprenderse de su ropa fue un martirio, no quería ni imaginarse lo mucho que le dolería abrir la puerta.

—Milord, lamento mucho molestarlo, no lo haría si no fuera importante, pero es que el duque de Fife lo espera en la puerta y parece muy asustado. — Los condes se miraron fijamente a los ojos con el ceño fruncido, no entendían qué podía estar haciendo el duque en su propiedad y a esas horas de la noche.

—En un minuto bajo —informó el lord para luego darle un par de besos a sus esposa y levantarse para ir por sus pantalones y su camisa—. Espérame acá en la habitación, prometo solucionar esto y volver tan pronto como me sea posible, una maravillosa noche nos espera. —Dejó un casto beso sobre sus labios y, al terminar de vestirse, bajó en busca de la curiosa visita; incluso llegó a pensar que su mayordomo se había equivocado de persona, pero no, ahí estaba el caballero en cuestión, tan elegante como siempre, aunque la preocupación se reflejaba en su rostro.

—Fife, ¿sucede algo?

—Lamento mucho tener que molestarlo a esta hora, sé que no es adecuado, es solo que no tenía a donde más ir. Carlota quería ir la mansión, pero empezó a sentirse muy mal de repente y el lugar más cercano que encontrar fue tu casa. Mi hija se encuentra muy mal y necesito ayuda. Pido una habitación en donde pueda recostarla y que sea atendida de la forma adecuada, eso sí, necesito que seas tú quien la saque del carruaje, yo no tengo la fuerza suficiente y no permitiré que un sucio lacayo toque a mi hija. —El aludido no supo qué decir, solo lanzó una rápida mirada a su mayordomo, quien de inmediato entendió la orden y acompañó al duque hasta su carruaje. Lady Carlota estaba en el interior de este, recostada sobre la silla. A simple vista, no parecía estar pálida o débil, aunque sí se podía apreciar o suponer que estaba inconsciente.

Siendo muy cuidadoso, la tomó en brazos y la llevó al interior de la mansión.

—Milord, la antigua habitación de lady Amberly está lista y ya envié a alguien para que traiga al doctor cuanto antes —le informó el mayordomo al verlo entrar con la joven. El aludido la llevó hasta el lugar indicado, la

recostó sobre la cama con delicadeza y dio varios pasos atrás alejándose de ella. Justo en ese momento la condesa apareció y se quedó mirando la escena más con rabia que con preocupación. Por suerte, el duque tenía su atención puesta sobre su hija y no sobre ella, no tenía la mejor presentación, solo tenía una bata para cubrirse. Elyse casi arrastró a su esposo hasta salir de la habitación y lo enfrentó.

—Quiero que esa mujer salga de mi casa, de inmediato —exigió.

—No puedo hacer eso, amor, ya la viste, está inconsciente y su padre está muy preocupado. Sus tierras aún están muy lejos, no puedo sacarlos justo ahora. —Ella soltó un gruñido, no solo tenía que aguantársela en Londres, sino que también tendría que hacerlo en su casa de campo.

—En cuanto el médico la revise, la quiero fuera.

—¿Por qué? No entiendo por qué tanto odio si ustedes apenas si se conocen, no han cruzado más que un par de palabras. —La dama se cruzó de brazos.

—Esa mujer quiere que la metas en tu cama, en nuestra cama, me lo dijo el día que anunciamos nuestro compromiso y estoy segura de que, una vez despierta, reiterará sus intenciones. No pienso ser amable o agradable con una persona que quiere quitarme a mi esposo, por mí que nunca despierte. —De no ser porque la situación por la que estaban pasando era un tanto estresante, el caballero se habría tomado el tiempo para disfrutar de los celos que parecían dominar a su esposa, era la primera vez que ella demostraba, aún no le decía que lo amaba.

—Mi amor —se acercó y la abrazó—, no tienes nada que temer, ya te lo dije aquel día en que aceptaste ser mi esposa, soy completamente tuyo, nada ni nadie podrá alejarme de tu lado, tú eres la perfección hecha realidad. —Le dio un beso sobre sus labios y la llevó hasta la habitación—. Ahora, por favor, no salgas de aquí —le rogó sabiendo que imponerse era inservible, ella no era

de las que obedecían sin rechistar.

El doctor no tardó en llegar y atender a la joven, duró varios minutos en la habitación, pero al salir explicó que, aunque ya estaba consciente, no entendía las razones por las que había perdido el conocimiento, ella estaba en perfectas condiciones, por lo que quería pensar que fue el cansancio y el estrés de la preparación de la boda. Recomendó mucho descanso y una buena alimentación y aseguró que, en muy poco tiempo, estaría más que perfecta. La condesa no pudo evitar esconderse para escuchar al médico y sus palabras solo terminaron de corroborar su teoría, así que, en cuanto los caballeros abandonaron la habitación para conversar con él, Elyse no dudó en entrar en esta y hacerle frente a la bruja que quería entrometerse entre su esposo y ella, la sacaría de su casa de inmediato.

Al entrar, la joven abrió sus ojos con lentitud y, al parecer, mucho esfuerzo, pero al ver de quién se trataba, sonrió con autosuficiencia.

—Lady Warrington, no sabe cómo le agradezco la hospitalidad que me han brindado, usted y su adorable esposo han salvado mi vida. ¿Cómo podré agradecersele? Para el conde ya tengo un par de ideas. —La aludida, cansada de su hipocresía y de su falsa sonrisa, se acercó a paso acelerado, la tomó por el cabello, lo que le hizo soltar un fuerte grito, y la sacó de la cama.

—La quiero fuera de mi casa de inmediato si no quiere que yo misma la lleve del cabello y me encargue de hacer públicas las insinuaciones que le ha hecho a mi esposo. Eso, para una joven en edad casadera y con un compromiso ya fijado, no sería de mucha ayuda para su reputación; le aseguro que no quiere tenerme de enemiga, soy capaz de todo con tal de defender lo mío, y ¿adivine qué? Andrew Dunne es muy buen esposo, es muy feliz estando a mi lado y en mi compañía tiene todo lo que necesita para vivir complacido, a usted no tiene por qué importarle las razones por las que se casó conmigo o si hay algún sentimiento que nos una, confórmese con saber que él está fuera de su alcance —dijo con rabia soltando su cabello; se había puesto su mejor

vestido, uno color verde adornado con encaje negro; estaba perfectamente peinada y tenía una de sus mejores joyas adornando su cuello, un hermoso zafiro que le había regalado su hermano en su cumpleaños número diecisiete, le quería demostrar quién era la dama.

Al escuchar que los fuertes pasos se acercaban, dio un paso atrás y enderezó su espalda. Cuando los caballeros entraron, el conde se quedó viéndola con curiosidad mientras que el duque corrió hasta su hija.

—¡Carlota!, ¿estás bien? ¿Qué te sucede? No deberías estar de pie, el médico recomendó mucho reposo. —La joven no podía dejar de ver a la condesa con puro y verdadero odio.

—Excelencia, casualmente, lady Carlota me estaba diciendo que no hay mejor lugar para recuperarse que su hogar, incluso, al llegar, ella ya estaba de pie y preguntando por usted con desesperación, ¿no es así? —explicó la condesa con elegancia aumentando la curiosidad de su esposo, conocía muy bien el carácter de su mujer como para saber que aquello no era una recuperación milagrosa ni nada parecido.

Carlota estaba entre la espada y la pared, al interrumpir la casa de los condes pensó que Elyse no sería capaz de hacer algo para detenerla, pero estaba más que claro que se había equivocado, conquistar al conde solo por el placer de quitárselo a ella le estaba costando mucho más que un par de mentiras y estúpida coquetería. Pidió a su padre que viajaran juntos a la casa de campo con la excusa de recorrer el lugar una última vez antes de convertirse en una mujer casada, el camino los obligaba a pasar justo por el frente de la mansión del conde y no se lo pensó mucho antes de fingirse enferma, lo que obligó a su padre a pedir ayuda. El problema era que todo tiene un límite y ella no podía correr el riesgo de arruinar su reputación y perder el esposo perfecto que ya tenía asegurado, un hombre anciano pero muy rico; aquello había llegado demasiado lejos, no valía tanto la pena como para apostar todo lo que tenía, su padre siempre decía que un buen combatiente

sabe cuándo es hora de retirarse, y ella sabía que ese era el momento para dar un paso atrás, ya encontraría la forma de demostrarle quién estaba por encima de quién.

—Milord, no sabe cómo agradezco todo lo que han hecho por mí, nos han ayudado inmensamente, a mi padre y a mí, pero tal como lady Warrington lo dijo, deseo ir a mi hogar y descansar allí con los cuidados de mi familia. Estoy segura de que así mi recuperación será mucho más fructífera. Padre, ¿es posible que emprendamos el camino de inmediato? Le aseguro que me siento mucho mejor. —Elyse sonrió complacida al escucharla, perdió un par de batallas, pero ganó la guerra, eso era lo único que le importaba.

—Sí, claro que sí, pero ¿estás segura de que puedes viajar, hija? Supongo que los condes no tendrán problema alguno si nos quedamos un par de horas.

—La preocupación era evidente en la voz del duque.

—Sí, estoy completamente segura.

## Capítulo 16

—Esto te lo diré una sola vez, una última vez: no quiero que te acerques a esa mujer, nunca, jamás de los jamases, de lo contrario juro que te lo haré pagar y con creces —amenazó la condesa con seriedad cuando veían cómo el carruaje del duque de Fife desaparecía por el camino. Con un poco más de suerte, Elyse esperaba no tener que volver a cruzarse con esa mujer nunca más y por fin podrían vivir su amor en paz.

—¿Me vas a decir qué fue lo que le hiciste a esa joven para que quisiera salir casi que corriendo de nuestra casa? —preguntó divertido su esposo, ella misma se encargó de ordenar que prepararan el carruaje y que su ama de llaves la ayudara a subir a este, sobraba decir que no le permitió acercarse a ella y lo hizo todo tan rápido que fue casi increíble de ver.

—Absolutamente nada, me comporté como la dama que soy y le ofrecí mi ayuda, pero ella empezó a decir que se sentía mucho mejor y que quería ver a su padre, luego, por alguna extraña razón, terminó gritando y ahí fue cuando ustedes llegaron. El resto de la historia ya la conoces. —Estaba tranquila, relajada y muy feliz, y su voz lo reflejaba, era como si hubiese desaparecido un peso que la había tenido atrapada y por fin podía moverse con libertad, era hora de decir todo lo que tenía guardado en el corazón.

—Bueno, mi dulce y bella esposa, puedes estar segura de que seguiré tus instrucciones al pie de la letra —prometió él acercándose y la tomó en brazos, ya habían pospuesto la noche de bodas por mucho tiempo y su paciencia había llegado al límite al verla tan hermosa e imponente. Tomándola por sorpresa, la alzó y la puso sobre su hombro, lo que la obligó a soltar un buen grito que dejó

a los sirvientes asustados, pero, al ver qué sucedía, dieron media vuelta y desaparecieron.

—¡Andrew! Estás completamente loco, bájame de inmediato —exigió en medio de las risas, pero él hizo caso omiso a sus palabras y, sin problema alguno, subió las escaleras con ella a cuestas hasta su habitación.

—Puede que sí esté loco, pero esto es culpa tuya, amor mío, estoy completamente prendado de ti. —La dejó sobre la cama y se posicionó sobre ella, ubicando sus manos sobre su cuerpo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que más te gusta de mí? —preguntó la dama con coquetería envolviéndolo con sus brazos y rozando su nariz con la de él, su esposo no era el único que se volvía loco al tener a cierta persona cerca.

—Absolutamente todo; eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, eres dulce, alegre, no le temes a nada, estás dispuesta a pelear a mi lado cualquier batalla que se nos cruce por el camino, eres tan inteligente, haces cosas que me dejan sin respiración, como esto. Cualquiera diría que eres la mismísima reina con lo bella que luces, todo por cuidar lo que es tuyo, y eso no es todo, toda tú me fascinas. —La desnudó con lentitud aprovechando cada oportunidad que tenía para tocar la suavidad de su piel, pero esperaría hasta tenerla sin una sola prenda que la alejara de él para besar cada centímetro de su piel.

—¿Me amas? ¿Aun con todas las mentiras que te dije y con todos los secretos que me guardé, me amas? —Él la miró directamente a los ojos para responder.

—Sí, te amo con todo ello, aunque sería un gran apoyo que nunca más vuelvas a mentirme o a guardarme secretos, eso ayudaría mucho a fortalecer nuestra relación. —Ella levantó su mano derecha.

—Lo prometo.

—Bien, ahora solo falta una cosa que, aunque puede parecer pequeña, es

de vida o muerte. —La dama frunció el ceño con diversión al sentir cómo las manos de su esposo se posaban sobre sus senos y empezaban a acariciar sus pezones, lo que le robó un jadeo que la dejó sin respiración, su cuerpo era todo sensibilidad, pero solo para sus manos.

—¿Y qué puede ser esa cosa? —preguntó en un gemido.

—Dime que me amas, Elyse Dunne, condesa de Warrington, mírame a los ojos y dime que me amas tanto como yo a ti y caeré rendido a tus pies. No sabes cómo necesito escuchar esas dos palabras, eso sí, tienen que ser completamente sinceras, que salgan de tu corazón. —Su corazón latía con fuerza ante los nervios que le producían la espera. El conde había sido criado, principalmente, por su madre, una mujer llena de esperanzas y amor. Ella había sido de esas que podían hacerte soñar y ansiar una historia de amor, pues estaba segura de que ese era el secreto de la felicidad eterna, de ahí que su padre nunca permitió que Amberly se casara por conveniencia y le diera la libertad de elegir. Por eso, si algún día llegaba a tener una hija, pensaba ponerle su nombre, en honor a la mujer que le enseñó lo que verdaderamente importa.

Tomó el rostro del caballero entre sus manos y lo miró a los ojos.

—El día que te vi por primera vez me robaste el corazón, solo te bastó una mirada para dejarme sin aliento, el beso que me diste fue lo único que necesitaba para confirmar que soy solo tuya. Ese día me enamoré de ti, y no importó el tiempo que te desapareciste ni lo mucho que me dolió que lo hicieras, te he amado desde siempre, te amo con todas las fuerzas de mi alma, cuerpo y corazón, si no te amara no me habría casado contigo. —Él solo la besó, no encontró una mejor manera de corresponder a sus palabras, aunque le dijera mil y un veces lo mucho que la amaba, no sería suficiente para expresárselo todo.

Andrew era un experto en eso de los placeres carnales, ella no era la primera en su vida, por lo que sabía con exactitud qué era lo que debía hacer

para darle placer. La acarició de pies a cabeza con sus manos y boca hasta que logró llevarla al cielo, luego, cuando su cuerpo estuvo preparado y en medio del éxtasis, se adentró en su interior con movimientos acompasados y lentos. La invasión tomó a Elyse por sorpresa, lo que la tensó por un momento, pero la molestia que sintió fue casi inexistente, el dolor no era como se lo imaginó, ahí entendió por qué Cassandra le insistía tanto en que confiara en su esposo. Lo disfrutó absolutamente todo, no le molestaría practicarlo con más regularidad.

El conde fue el primer en despertar, así que tuvo la oportunidad de disfrutar del paisaje que era ella recostada boca abajo con las sábanas enrolladas entre sus piernas, lo que dejaba gran parte de su cuerpo al descubierto; en definitiva, escogerla a ella como esposa fue de las mejores decisiones de su vida.

El tema del embarazo era algo que le preocupaba, la noche anterior puso todo de sí para terminar fuera de su cuerpo, pero le fue imposible, Elyse lo atrapaba de una forma inexplicable, no tenía la fuerza necesaria para alejarse cuando su dama era el paraíso, el problema era que un hijo no era la mejor opción en ese momento de sus vidas, no solo por el tema económico, sino también porque, a decir verdad, quería disfrutar un poco más de su ser sin reservas ni limitantes, quería enseñarle lo que eran los placeres sexuales y lo mucho que podía disfrutar por medio de su cuerpo, ella era y sería su esposa, su amiga y su amante. Era obvio que no tenía control sobre el tema, dejaría que todo fluyera con normalidad y que pasara lo que tuviera que pasar.

Salió de la cama con mucho cuidado para no despertarla, se puso algo de ropa y dejó la habitación en absoluto silencio. Fue el balcón que le daba una vista perfecta de los alrededores y, tras una respiración profunda, cerró sus ojos y sonrió. Su vida no fue perfecta, ni siquiera cuando era apenas un crío, la atención que le prestó su padre fue prácticamente nula, porque, a pesar de haber tenido a su madre, no tenía un lindo recuerdo en el que le enseñara a

montar o en el que le preguntara qué tal su día. Pasó de eso a tener todo lo que deseó.

Aún necesitaba ser merecedor del cariño de su hermana Amberly, esa fue la condición que le puso Frederick para prestarle el dinero, debía conseguir su perdón y demostrarle que era el hermano que ella merecía, por lo que ideó un plan.

Al volver a la habitación, ella continuaba profundamente dormida, empezó repartiendo besos por toda su espalda hasta que se removió.

—Despierta, amor mío —le susurró cerca de su oído con voz ronca, verla así era lo más *sexy* y caliente que había visto en su vida.

—No quiero, déjame dormir un poco más —pidió ella con voz perezosa. Andrew sonrió al escucharla.

—¿Cómo te sientes? —aunque Elyse no mostró signo alguno de que la hubiese dañado la noche anterior, sí quería estar seguro y, para ello, prefería preguntárselo. La aludida abrió los ojos y buscó su mirada.

—No podría estar mejor —respondió en un suspiro para luego acercarse y besar sus labios.

—Me alegra escucharlo; ahora, arriba, es hora de levantarse, quiero que me acompañes a la casa de campo de Amberly, no está muy lejos, no tardaremos mucho en llegar. Quiero conversar un poco con ella antes de hacerte prisionera en la cama. —La condesa soltó una carcajada, tomó las mantas y se cubrió con ellas.

—No sabes si todavía se encuentra en Londres.

—Ella viajó al día siguiente de nuestra boda, sus hijos la esperaban, por lo que no podía tardar mucho. —Los ojos de la dama se iluminaron al escucharlo. ¡Conocería a sus sobrinos! Aquello era emocionante, en la mansión nunca hubo niños y Enrique nunca parecía muy dispuesto a

conseguirlos.

—¡Grandioso! Llamaré a mi doncella. Corre a arreglarte, no hay tiempo que perder. —Él odiaba la ayuda de cámara, por lo que solía prepararse prácticamente solo.

—¡Como ordene, mi condesa! —respondió con diversión haciendo una reverencia llena de burla, pero antes de prepararse, él la besó con pasión y desenfreno una vez más a modo de saludo, podía acostumbrarse a ello.

No tardaron mucho colocándose sus mejores trajes, comieron algo rápido en lo que prepararon su carruaje y, tan pronto como pudieron, emprendieron el camino. En todo momento, permanecieron abrazados el uno al otro y nunca faltaron un par de besos que los dejaba suspirando por más. El viaje duró poco más de treinta minutos, el edificio era hermoso con su fachada en piedra y enormes ventanales.

—Los duques los recibirán en un momento —les informó el mayordomo, por suerte ni Amberly ni su esposo eran de los que despertaban pasado el mediodía, mucho menos con un par de pequeños que, de seguro, no los dejaban dormir mucho, porque aunque tenían una niñera excelente que los ayudaba, ellos querían ver con sus propios ojos cómo sus hijos crecían cada día. No estaban dispuestos a perderse ni el más mínimo detalle, algo de admirar, pues no solo no tenían tiempo para ellos, sino también para su relación como pareja, se amaban.

—¡Andrew, Elyse! Pero qué placer tenerlos aquí —exclamó emocionada la duquesa al ver a su hermano y esposa esperándolos en uno de los saloncitos para el té.

—Amber, tan hermosa como siempre. —Se abrazaron con emotividad y emoción. El duque no tardó en acompañarlos, pero al entender las miradas de su cuñado, tomó a la condesa y la llevó para que conociera a los pequeños para darles un poco de privacidad a los hermanos.

—¿Sucede algo? —preguntó preocupada.

—No, nada, es solo que quiero pedirte perdón. —La duquesa estaba por silenciarlo, pero él la detuvo y continuó hablando—. Sé que esto no te gusta nada y que, en más de una ocasión, me has dicho que no importa el pasado y que no tienes nada que perdonarme, pero esto es algo que tengo que decir; de verdad lamento haberte presionado tanto cuando padre se negó a usar tu dote para pagar parte de las deudas, quería obligarte a buscar un matrimonio por conveniencia cuando yo mismo me negaba a casarme para conseguir dinero, era un egoísta, estaba pensando en ti cuando eras la directa implicada y lo único que puedo decir a mi favor es que mi propósito era velar por el bienestar de los tres, lo que menos quería era perjudicarte. Te quiero, Amberly, mucho más de lo que te imaginas, y aunque no te lo diga muy seguido, así es y estoy dispuesto a todo por tu felicidad; eres mi hermanita, mi única hermana, no sabes la alegría que me da verte feliz, con una familia realmente hermosa y junto a un hombre que te ama. Solo nunca olvides que ahí estaré yo, siempre que me necesites, ahí estaré para ti. —La aludida no esperó para correr y lanzarse a sus brazos, tenía los ojos llenos de lágrimas que ya mojaban sus mejillas y su corazón latía con fuerza. Era cierto que en su momento le pidió perdón, pero no lo hizo con tanta certeza y arrepentimiento como en esa ocasión, era obvio que lo estaba haciendo desde el corazón, no había nada más especial.

—Ya te lo he dicho, yo no tengo nada que perdonarte, entiendo que fue algo que hiciste en medio de la desesperación, pero eso es algo que ya no importa. Además, tengo un par de hijos hermosos que son mi adoración y un esposo que será mi eterno amor, además de un hermano que querré toda la vida, por ti y por padre estuve a punto de casarme con otro hombre, pase lo que pase, nunca dudes de lo mucho que te quiero, haría cualquier cosa por ti y no sabes lo alegre que me hace verte tan feliz junto a Elyse, solo prométeme que si algún día llegas a necesitar algo, me lo dirás, no importa si es dinero o lo que sea, me lo dirás. —El caballero la abrazó con fuerza, ella tenía un

corazón tan dulce.

—Te lo prometo. Así como también te juro que, de ahora en adelante, seré el hermano que mereces.

Pasaron el resto del día en casa de los duques compartiendo con los pequeños y haciendo varias actividades. Las damas tomaron el té y estuvieron varias horas conversando en el jardín, conociéndose la una a la otra como las hermanas en las que se convirtieron y descubrieron que tenían mucho en común, no sería muy complicado forjar una gran amistad. Los caballeros montaron a caballo, compartieron un par de copas y hablaron de negocios. Eran una familia hermosa que estaba destinada a crecer.

Los condes de Warrington volvieron a su propiedad después de la cena, llegaron directamente a su habitación y, mientras hacían el amor, se prometieron amor eterno, algo que no les costaría mucho trabajo cumplir, pues siempre estuvieron destinados el uno para el otro y ni siquiera el muro que construyeron las mentiras logró acabar con el amor que existía entre ellos desde aquel primer beso entre las sombras de un jardín.

## Epílogo

Elyse Dunne caminaba de un lugar a otro en la habitación con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—¡Llegamos! —anunciaron Cassandra y Amberly con una sonrisa en sus labios, estaban pasando el final de la temporada en Londres y las había mandado a llamar de urgencia, ese día, ella y su esposo celebraban su primer aniversario como marido y mujer y tenía un posible regalo que no sabía qué tan bueno era.

—¿Por qué tardaron tanto? ¡Me estaba muriendo de los nervios! —Tras las duquesas, entró el doctor con una sonrisa en sus labios.

—Lo lamentamos, Lys, es que traer al médico con tanto secretismo no fue tan fácil como te lo imaginas —explicó su cuñada encogiéndose ligeramente de hombros.

—Lo sé, y lamento mucho haberlas puesto a correr de un lado a otro para ayudarme, pero es que me estoy muriendo de los nervios y la verdad es que ya no sé qué hacer, la espera me está matando lenta y dolorosamente. —Las damas comprendían a la perfección lo que la joven sentía, ellas pasaron por lo mismo cuando apenas sospechaban un embarazo, es ese sentimiento de miedo combinado con alegría, nervios y ansiedad que te hacen dar ganas de correr, gritar, bailar y saltar todo al mismo tiempo. Las llamó pidiéndoles ayuda para entender los síntomas, por lo que estaba pasando en los últimos días, eran mareos, náuseas, apetito y fatiga que no eran normales en ella.

—Tranquilícese, lady Warrington, que yo me encargaré de todo —le dijo

el médico para luego pedirle que se recostara sobre la cama para examinarla y no tardó mucho en darle una respuesta definitiva, con eso ya estaba más que lista para informarle a su esposo, solo necesitaba que llegara, que nos sería hasta la cena.

—¡Amor mío! Feliz aniversario. —La emoción en la voz del conde la llenó de alegría a medida que iba entrando, cosa que creció cuando le entregó el pequeño paquete que contenía una hermosa gargantilla en oro blanco con pequeños diamantes incrustados y un zafiro colgando; cuando las deudas apenas empezaron, el anterior conde se vio en la obligación de vender gran parte de las piedras preciosas de su esposa, por lo que las joyas de la familia era limitadas, y Elyse no tuvo mucho qué recibir, así que su esposo le regalaba tanto como le era posible.

—¡Mi amor, estás hermosa! —Él la tomó y se la colocó, lucía tan hermosa en su cuello que no pudo evitar imaginársela haciéndole el amor solo con aquella joya puesta—. Pero yo también te tengo un regalo —soltó ella sorprendiéndolo.

—¿Ah, sí? Bueno, pues dámelo porque ya se me están ocurriendo un par de ideas para hacer de esta noche la más perfecta. —Elyse, muerta de nervios y con manos temblorosas, tomó las manos de su esposo y las puso sobre su vientre, era el momento o nunca lo lograría, pero aquello lo dejó completamente helado. No habían hablado del tema de los bebés, no más de lo que ya se habían dicho, el problema era que les costaba mucho permanecer lejos del otro y no siempre Andrew lograba salir de su cuerpo a tiempo para evitar un embarazo. Su situación económica había mejorado considerablemente, el negocio con la mercancía les había dado muy buenas ganancias. Aún no lo tenían todo, pero sí se acercaban mucho.

—Sé que aún no estamos listos para ser padres, pero amor, estoy embarazada —soltó tan directa como siempre. El color desapareció de las mejillas del conde por un momento, no movía ni un solo músculo, parecía más

una estatua que una persona—. Andrew, ¿estás bien? —susurró preocupada al verlo tan pálido.

—Sí, amor, estoy bien, es solo que me tomaste por sorpresa. —Pasó la mano por su rostro con un toque de frustración, lo que la hizo temblar.

—¿Eso significa que no estás feliz con la noticia? —Él no necesitó más para reaccionar, de inmediato, la miró y negó.

—Mi amor, todo lo que venga de es la perfección para mí; sí, me tomaste por sorpresa, la verdad es que no me imaginé que me llegarías con una noticia, lo cual es un tanto ridículo si tenemos en cuenta que dedicamos gran parte de las noches en buscar herederos. —Aquel comentario los hizo reír, lo que alivió un poco el ambiente—. Pero soy feliz, muy feliz de saber que muy pronto seremos padres y que ese pequeño fue hecho con todo nuestro amor, estoy muy feliz. Gracias. —La dama se aferró a él y lo besó con desenfreno. Serían una familia, porque, a decir verdad, al ver a sus amigas con hijos ya se le estaba antojando la idea de tener un bebé que fuera solo de ellos, tal vez una hermosa dama que hiciera honor al apellido o un apuesto heredero que continuara haciendo crecer el gran monopolio que, de seguro, dejaría su padre.

Cuando se intenta huir de aquello a lo que más le tememos, usamos todas las posibilidades a nuestro alcance, no importa el límite o las consecuencias de estas, pero nunca se puede olvidar que el amor lo puede todo, incluso tiene el poder para erradicar las mentiras, esas que duelen aún más que las verdades y que causan heridas tan profundas que matan, pero amor es amor.

Fin

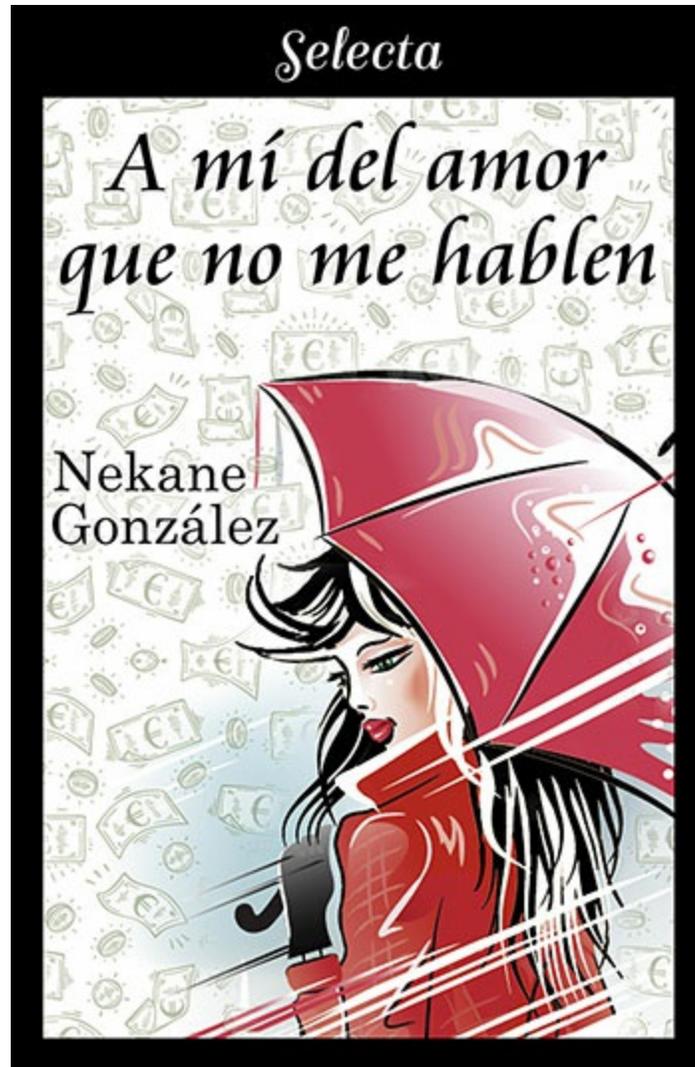
Si te ha gustado

*Una mentira al día*

te recomendamos comenzar a leer

*A mí del amor que no me hablen*

de *Nekane González*



## Capítulo 1

Suena la canción de Estopa, «Cuando tú te vas», justo cuando pienso que en breve se echará el frío del invierno; la lluvia y la humedad se apoderarán de todo y, sobre todo, de mi frágil sistema termorregulador. Frágil al frío, a la oscuridad de los días en el norte, a las nieblas y a la incesante lluvia que obliga a una a salir a la calle como si fuera a viajar al espacio. Y perdí la

cuenta de los años que llevo viviendo en Bilbao, a pesar de que había venido solo por tres meses en un principio. Por lo menos debían ser ya trece o catorce, seguro. ¡Qué destino más irónico, que me estuvo reteniendo contra mi voluntad durante años! Y no es que yo no haya intentado salir de aquí, pero nada, al final nunca termina de cuajar ninguna de las cosas que mi mente no para de idear.

De todos modos, es verdad que ya tengo mi vida hecha aquí. La familia, los amigos... La comodidad se hace presente cuando las cosas están a mano y poco tienes que preocuparte, pues sabes que siempre hay alguien dispuesto a ayudar en caso de necesidad. Extrema, eso sí, porque yo nunca he llevado bien lo de pedir, he sido más de esperar. Y parece que mis expectativas en el resto del mundo eran demasiado altas porque, empezando por mis padres y terminando por mi última relación con un cubano de pro que dejó mi vida hecha un fiasco, todo el mundo ha terminado por hacerme daño siempre.

Así que aquí estoy yo, con casi cuarenta años, económicamente en bancarrota, con el corazón en mil pedazos, en un intento de lamerse las heridas las heridas en algún cajón, y pensando que no estoy dispuesta a pasar un invierno más en el frío norte.

Apenas han terminado las fiestas de Bilbao, pero este año ni eso me motiva. Sí, salí un par de días por ahí con mi hermana María, aunque ni esta con sus locuras consiguió animarme. María es fotógrafa profesional y muy buena, la verdad. No es porque sea mi hermana, es que tiene una visión del mundo tan particular que creo que esta es la que le da esa calidez a sus fotos.

Somos muy parecidas físicamente a pesar de que yo le saco un par de años. Las dos somos morenas con una melena de pelo rizado que, aunque da mucho trabajo, reconozco que, cuando quiere, se pone muy bonito el *joío*. Ella es más alta aunque, para ser más alto que yo, tampoco hay que haber comido muchos *petit suisse*, porque solo mido uno sesenta y dos, así que calculo que ella me sacará unos ocho centímetros por lo menos. Yo tengo los ojos más

verdes, ya que los suyos tiran a marrón, sobre todo cuando está triste; pero, si llora, se le ponen de un verde intenso como a mí.

El caso es que fue en una de esas noches que salí con mi hermana María donde me di cuenta de que ya nada me retenía en esta ciudad. «Definitivamente aquí ya no hay nada para ti», pensé en ese anochecer.

Así de simple y fácil, como a quien se le cae de pronto la venda de los ojos y descubre que no le gusta lo que ve. De manera que el siguiente paso era trazar cómo salir de Bilbao de una vez por todas y para siempre.

La tarea no iba a ser fácil y menos pensando en mi situación financiera, pero si algo tengo es que soy muy cabezota y no me suelo dar por rendida fácilmente. Al fin y al cabo, andar de una comunidad autónoma a otra era algo que hacía, en otro tiempo de mi vida, como ir al baño.

Lo que sí tenía muy claro es que no estaba dispuesta a pasar otro frío invierno en el norte y para conseguirlo estaba dispuesta a todo. En resumidas cuentas, no tenía mucho más en Bilbao de lo que pudiera encontrar en otro sitio. Siempre he sido muy extrovertida y hacer amistades es algo que me cuesta poco o nada. Es más, es la gente la que siempre se acerca a mí para contarme su vida y sus cosas sin conocerme de nada. A veces pienso si llevaré algún cartel que dice: «Confesionario móvil» o «Échame tu mierda, que yo lo absorbo todo».

Pensando en todo aquello, salgo de mi casa para ir a tomar aire y, de paso, comprar el pan y quizá algún caprichito para prepararme una ensalada templada de champiñones y cebolla a la plancha, con unos taquitos de jamón para darle un poco de aderezo. ¡Me encanta!

El barrio, un barrio obrero de clase media-baja (ahora más baja que media desde la crisis) donde nunca más, desde que hube llegado allí, había encontrado a nadie con quien mantener conversaciones «tribanda», como yo las llamo. Las llamo así porque, de tanta ironía que contienen, son siempre

deducibles a tres bandas. ¡Ay, señor! ¿Dónde quedaron aquellos años en que vivía en las maravillosas Baleares y donde tenía amigos de todos los tipos y sitios, con los que podía mantener horas de conversaciones tribanda? Allí, donde podías elegir con quien acostarte cada noche, entre un buen ramillete de hombres de todas las edades y profesiones. ¡Qué lejos se ven ahora aquellos tiempos en los que, junto con mis compañeras de piso, salíamos a ligar a demanda! Sí, sí, a demanda. Que hace falta un electricista porque se rompió el enchufe de la lavadora... Pues ¡a ver quién pillas antes a un chispas! Y así con los gremios que hicieran falta.

Ciertamente soy guapa. Como dice una amiga mía, a la que quiero muchísimo, soy guapa «reversible». Vamos, que lo mismo da mirarme por dentro que por fuera aunque, como todo el mundo, tengo mis cosas y entre ellas reconozco que tengo unos ojos verdes que enamoran; si bien, cuando me enfado..., dan miedo. Tengo mucha profundidad en la mirada y mi alma suele expresarse libremente a través de ella, sin que yo pueda remediarlo la mayoría de las veces. Recuerdo, tiempo atrás, cuando esa independencia me trajo algún que otro «problemilla», al delatarme cuando menos lo esperaba. Pero bien es cierto que, desde que vivo en Bilbao, nadie más ha descubierto nunca lo que verdaderamente siento. ¡Ay, los vascos!, esos hombres capaces de pasar por la calle al lado de una mujer desnuda y no darse cuenta siquiera. Todavía no me explico cómo han conseguido sobrevivir sin extinguirse.

Una noche, hace algún tiempo, mi hermana María y yo salimos de fiesta, en una noche de esas en las que preferíamos emborracharnos para olvidar y, si podíamos llevarnos algún chulito por delante, mejor. La noche iba viento en popa; habíamos conocido, en la puerta de un bar de Iturrubide, que es una de las calles del casco viejo de Bilbao donde los jóvenes y no tan jóvenes van los fines de semana a beber como locos y poco más —porque eso de ligar en Bilbao debe ser pecado—, a un chico que tocaba la guitarra en la puerta del bar. Como a mí me encanta la guitarra y, además, doy clases de iniciación, sobre todo, para niños —aunque tengo alumnos que son bastante mayores que

yo—, nos acercamos allí decididas a conocer al muchacho. Resultó que el niño era de Cádiz.... ¡Ay, mi Cádiz!

El caso fue que, llegado a cierto punto de la noche, el tío dijo que se iba, justo cuando mi hermana y yo estábamos babeando por llevárnoslo al huerto.

—¿Qué?, ¿te vas? —preguntó María entre frustrada y enfadada.

—Sí —respondió él—, mis colegas se marchan.

Yo incapaz de pronunciar ni un monosílabo.

—Pero, ¡tío! —casi gritó María, atónita—, ¡que queremos echar un polvo contigo!, ¿no lo ves?

Pues no lo vio, no, porque —ni corto ni perezoso— los amigos le vocearon y así, encogiéndose de hombros, se marchó. Igual es el aire de Bilbao....

Que no, que yo no nací en Cádiz ni lo conozco, pero que no sé qué me pasa con aquella tierra, que me tira y mucho desde que tengo uso de razón. He pasado horas con el Street View recorriendo la zona, y ya es como si viviera allí hace tiempo. Más concretamente me decanto por la zona de Conil.... ¡Ay, mi Conil! Teniendo en cuenta que el sueño de mi vida siempre ha sido tener una casa en el campo, pero enfrente del mar; plantar un pequeño huerto que me permita esos lujos de comer sano, que en la civilización ya no se dan, y unas gallinitas que me permitan volver a saborear esas yemas amarillas de los huevos de antaño y que tan riquísimas sabían. Porque seamos sinceros: ¿alguien se acuerda de que las yemas de los huevos tienen sabor? Yo sí; es la parte que más me gusta. Y si encima resulta que el huevo lo he recogido yo, después de pasarme horas sentada frente al culo de la gallina esperando que salga, ni te cuento el placer que se puede llegar a sentir al comérselo después. Es toda una experiencia asistir al «parto», porque es un parto, de una gallina. Bueno, al menos para mí. Quien no lo haya experimentado nunca o no le atraiga la idea seguro que pensará que estoy loca o que me falta irrigación en

el cerebro. Menos mal que yo paso de lo que diga nadie y, desde luego, a mí del amor que no me hablen.

El caso es que el sitio donde ahora vivo no se acerca en lo más mínimo a lo que mi alma quiere. Aun así, esa mañana paseo por el barrio y me recreo en cada uno de sus detalles: el súper y las chicas que trabajan allí, la tienda que no encuentra dueño y el estanco al que suelo acudir siempre y que regenta un hombre de unos sesenta años, con pinta de ser huraño, antipático y de pocas palabras. Extrañamente conmigo siempre ha sido simpático y, en alguna ocasión, hasta me ha querido hacer una broma. Obviamente con la gracia del que la quiere, pero ni en sueños la consigue; es la falta de práctica. Sigo paseando y me encuentro con esa extraña familia que vive en mi bloque y es muy educada y cordial con la gente de fuera pero, en cuanto entran en su casa, entre ellos, se tratan como si fueran lo peor y, si oyeran las broncas y los «piropos» que se echan, estoy convencida de que el mismísimo «Hermano mayor», ese que sale por la tele, se daría a la fuga por salir corriendo de su casa. No es que yo sea cotilla ni nada parecido, no soporto los chismes, pero este barrio no tiene secretos para nadie. Las paredes de la casa parecen papel de fumar. ¡Qué digo!, el papel de fumar que yo uso es más grueso que las paredes. Es imposible esconder nada aquí. Y no es que tenga nada que esconder, pero a veces el sentimiento de intimidad se hace demasiado necesario, y eso es algo que, desde luego, no conocen en este barrio. Más para mí, que vivo en un bajo y soy la única con una vida interesante.

Desde que salí de mi pueblo natal, siempre me había preocupado de vivir en el más absoluto de los anonimatos, hasta que llegué aquí y fue como una regresión al pasado, un sentimiento de tener una pesadilla de la que no puedes despertar, aunque lo intentes por todos los medios. El primer año de mi llegada a Bilbao, lo pasé fatal. Estuve enferma todo un año, con todo tipo de cuadros respiratorios, que me daban unas fiebres de mil demonios y que no me permitieron, casi en todo el año, moverme de la cama, cosa que agradecí porque ¡menudo frío!

Por aquel entonces caían más nevadas y los inviernos eran más duros. Ahora, gracias al cambio climático, son más llevaderos, aunque eso no calma mi ansia de volver a bañarme desnuda en el mar por la noche, alumbrada por la luz de la luna llena que, reflejada en el agua, formaba como estrellitas alrededor de mi cuerpo desnudo. Dios, ¡qué sensación! Yo, que decía que de allí me sacaban con los pies *pa'lante*... Y ahora, después de haber desarrollado una rinitis alérgica y camino del asma, ya no encuentro forma de salir de aquí.

El desempleo en el sur tampoco ayudaba mucho a tomar la decisión y el capullo del cubano se había vuelto para Cuba, con el rabo entre las piernas, eso sí, pero habiéndose llevado hasta el último euro y, de paso, habiendo dejado hasta la nevera vacía. Ciertamente, desde que por fin se hubo acabado esa relación tóxica, me limité a sobrevivir, sin mucho entusiasmo tampoco. Pero mi hermana María se empeñó en que saliera, aunque para ello hubiera tenido que estar arrastrándome durante meses, como lo hizo. Si no hubiera sido por ella y por su perseverancia, hubiera muerto de inanición o de asco. ¡Qué más da!

Como dice la canción: «A veces llega un momento en que te haces viejo de repente, sin arrugas en la frente, pero con ganas de morir». Pues bien, yo entiendo perfectamente el significado de esa frase, lo he experimentado en mis propias carnes; es más, creo que aún lo siento. Si no fuera porque Conil está ahí, no sé a qué me podría estar agarrando ahora mismo. Aunque, si tenemos en cuenta que me estoy agarrando a una ilusión casi imposible.... ¡Ay, Diosito, qué pinto yo aquí! Y lo mejor: ¿dónde coño estoy?

Llevo caminando durante no sé cuánto rato, sumida en mis pensamientos, sin rumbo fijo pero, cuando levanto la mirada, me encuentro delante de la administración de lotería. ¿Casualidad? Por si acaso, entro.

Miro el tablón de juegos y premios como quien observa el menú de un restaurante caro y no sabe por cuál de sus deliciosos platos decantarse. Tanto

millón junto empieza a marearme. ¡¿Qué cojones?! Yo me merezco lo más. Me han robado, engañado, partido el corazón, se han reído de mí y he aguantado estoicamente sin que se me caiga el mundo encima. Porque yo sé quién soy y no me dejo amedrentar. Soy una mujer madura, con la cabeza muy bien amueblada, y tengo muy claro lo que quiero. Y en mis planes no entra un hombre ni de coña, desde luego. Se acabó. Nunca más volveré a suplicar que me quieran. Soy una tía estupenda —lo dice todo el mundo— y me merezco la tranquilidad que tantos años he ansiado. A mí del amor que no me hablen.

—¡Buenos días! ¿Me da una primitiva, por favor?

—¿Algún número en especial o se lo saco de la máquina? —contesta sin levantar siquiera la vista del ordenador.

Pues si el azar me ha traído....

—De la máquina —afirmo con seguridad—. Perdón, ¿son setenta y ocho millones de euros los que hay de bote para el jueves? —Me mareo.

—Sí —dice sin inmutarse.

—Gracias —respondo aún mareada por la cifra.

Salgo de la administración tan absorta como entré. «Setenta y ocho millones», retumba una y otra vez en mi cabeza.

¡Madre mía!, ¿qué haría yo con tanta pasta? Desde luego, largarme de aquí a toda pastilla. Eso seguro. Hombre, supongo que tanto dinero me daría para arreglar la vida de mi familia y la de algún amigo muy cercano que, a pesar de todo, siempre se ha mantenido a mi lado. Y mira que últimamente estoy rara de cojones, tan rara que no me soporto ni yo la mayoría de los días. Pero es normal. Me siento como un pez fuera del agua, como cualquier animal fuera de su ecosistema. ¿Acaso podría vivir el oso polar en el desierto o las iguanas en Alaska? Pues es así de simple y creo que he sobrevivido más años de los que cualquier caso de los anteriores lo ha hecho.

Llego hasta mi casa, no sin antes pasar la aduana. La aduana es una familia del barrio que se queda en la entrada de la única calle que hay para llegar a mi casa. Y más te vale traer una retahíla preparada que te permita pasar sin dar lugar al tercer grado, al que te pueden someter cuando menos lo descuides; o fingir que vienes hablando por el móvil, que viene siendo una de mis favoritas en estos días. Así que, evitando una vez más el acoso y derribo, llego hasta mi casa y la cifra vuelve a golpear mi mente para llamar mi atención.

Me resisto y voy hasta la cocina, dispuesta a preparar mi deliciosa ensalada templada. Es mi ritual. Saco la tabla de madera, me sirvo un sucedáneo de martini que venden en el súper, con zumo de naranja del mismo súper, y escojo un cuchillo. A mí nunca me ha gustado cortar nada, en ningún sentido de la palabra. Aunque con los hombres siempre me tocó ser la mala, solo porque debo de tener una personalidad tan absorbente que, después de un tiempo conmigo, unos más y otros menos, acaban haciéndose completamente dependientes de mí. Es en ese momento cuando a mí la mochila me pesa tanto que, a como dé lugar, tengo que quitármela de encima. Punto y final, ese es el resumen de mi vida sentimental, una y otra vez. Por fuertes e independientes que parezcan en un primer momento, al final, todos caen en lo mismo. Y yo, como siempre, me quedo sola y destrozada con el sentimiento de que, una vez más, aplasté la personalidad de otro pobre incauto que se enamoró de mí. Por eso no quiero que me hablen de amor, ni de hombres, ni de mujeres porque, oye, tengo un don para que se me tiren las mujeres encima y yo hacerles la cobra. ¡Que a mí no me gustan las mujeres! Que, para mi desgracia, soy una de las víctimas de Walt Disney, al que, sin ningún rencor, creo que habría que descongelar y quemar, por si acaso. Quién dice que en unos años, y con lo que avanza la ciencia, el tipo se despierta y vuelve a engañar otra vez a qué se yo cuántas generaciones más de mujeres con eso de que los príncipes azules existen. Así se pega una las ostias que se lleva luego en la vida.

Sigo con mi pequeño ritual culinario. Pelo y pico media cebolla; después lavo los champiñones y los corto en finas láminas; lo sofrío todo en la sartén

con apenas una gota de aceite de oliva, y para rematar le pongo unos taquitos de jamón. Mientras todo esto se cocina, lavo la lechuga y la corto directamente en el plato; le añado maíz dulce, queso de cabra, manzana, tomate, y la aliño. Por último, condimento la cebolla con los champis y el jamón. ¡Excelente, me chifla la ensalada templada! Además, esta receta es mía.

Con semejante manjar delante, me permito soñar con esa cifra, la cifra que sigue dando vueltas en mi cabeza como si fuera el salvapantallas del ordenador.

Decidido: me voy a Conil. Eso seguro. ¿Y cómo será mi hogar? ¿Qué tipo de casa quiero realmente?

Poco a poco voy dando forma a mis sueños, mientras decido que la casa, como cosas imprescindibles, debe de tener piscina, chimenea (por si acaso), huerta y espacio para el gallinero. Que sea grande, que salgo de una caja de cerillas con apenas cuarenta metros habitables y sin nada de luz natural. Por favor, ¡quiero muchísima luz! Mi hermana la llama «el zulo» a mi casa; esa condena con la que me dejó enganchada el cubano y que, probablemente, se resolverá con un embargo del banco tarde o temprano. Que yo lo prefiero, la verdad, porque le tengo una manía a la casa y a todos sus problemas añadidos, que los tiene y muchos, que nadie se hace idea. Eso por no hablar de la cantidad de malos recuerdos que me trae, de experiencias vividas en esa última relación. Vamos, que hay que salir pitando de aquí.

Así que, después de saborear mi maravilloso manjar, le permito a mi imaginación ir un poco más allá y curiosear en internet acerca de las casas que están en venta por la zona que yo quiero.

Llevo buen rato mirando casas y más casas. Parece que todo el pueblo está en venta. Las hay de todo tipo, así que, para no agobiarme, aplico varios filtros en función de lo que para mí tiene que tener imprescindiblemente. Aun así, la lista es interminable. Con los ojos más bien enrojecidos por la pantalla y por el humo de mi propio tabaco, con la ilusión un poco mermada por no

encontrar lo quiero, a punto de tirar la toalla y pensando en diseñarla yo misma para que alguien me la construya, y de pronto ¡allí está! ¡No puedo creerlo! ¡La casa de mis sueños está fabricada ya! ¡Exactamente igual a como yo la tenía imaginada dentro de mi mente!

El color ladrillo anaranjado en sus paredes, en contraste con el tejado en marrón oscuro, le da un aire fresco y a la vez romántico. En la foto se ven unos grandes ventanales que dan lugar a un hermoso jardín repleto de palmeras, algunas de ellas muy bajitas, que hacen sombra a una majestuosa piscina culminada por un *jacuzzi* para ocho personas. Por si eso fuera poco, en un extremo del jardín y maravillosamente cerca de la alberca, hay una especie de chiringuito con el mismo tipo de techo que la casa y con vigas de madera, que alberga una preciosa barbacoa. Hasta fregadero y armarios tiene el sitio, separado por una preciosa barra de bar en forma de ele, un cenador blanco que protege del sol una enorme mesa de jardín en color madera, con seis sillas a modo de comedor exterior. Ni yo misma lo habría diseñado mejor. «Veamos el interior», me digo.

Es una casa de dos plantas y trescientos metros cuadrados habitables. ¡Pfiuuuuu!, ¡eso sí que es tener espacio! Seis habitaciones, cuatro baños, dos salones y una preciosa y grandísima cocina, decorada en azul turquesa, en ese color que me vuelve loca cuando lo veo porque me recuerda al mar, pero no al mar del Cantábrico, no; ese es negro y, por buena vista que tengas, es imposible ver nada allí abajo. Eso por no hablar de la cantidad de mierda que tienen en sus playas, porque la gente que sale en barco no se acuerda de que los Tampax que tiran al mar acaban, irremediablemente, en la playa, donde se bañan niños que nada saben de Tampax, excepto que es un tubito que llega del mar. Y como tal lo tratan los peques, que son los seres más curiosos del mundo; y no digamos nada cuando el objeto que curiosear viene del mar. Así que recuerda dónde puede acabar tu Tampax cuando vayas en barco.

Volviendo al azul turquesa y al mar, que me recuerda que es ese limpio y

transparente que te permitía verte las uñas de los pies, incluso con más de ocho metros de profundidad. Ese azul que me recuerda las carreras de natación con mis compañeras de piso en las calas de Mallorca, en las que íbamos hasta la cota de la playa, que está delimitada a doscientos metros por una cuerda llena de boyas; esa era nuestra meta. Una vez llegábamos allí nadando, después de deleitarnos con el paisaje —tan bello por abajo como por arriba—, nos dábamos la vuelta y volvíamos de la misma manera a la playa, para después irnos a comer una paella de marisco al puerto. ¡Cuánto añoro ese estilo de vida!

Con los años aprendí que lo que estaba bien a los veinte no tiene por qué seguir pareciendo bien a los cuarenta y yo, que ya me acerco a estos, ahora prefiero algo más tranquilo, pero sin renunciar a las paellas ni al marisco en puerto, a los baños a la luz de la luna como mi madre me trajo al mundo y... ¡vamos!, a todo aquello que en Bilbao, debido al clima, es imposible. Por lo menos para mí que, entrando septiembre —y no digamos al llegar a octubre—, las inmensas ganas de invernar y los pocos deseos de salir de la cama me impiden llevar un tipo de vida normal. Así que la sensación es de llevar trece o catorce años invernando; así siento mi cuerpo, mi alma y, lo que es peor, mi corazón.

Volvamos a la maravillosa casa de ensueño, con la que me dormí en la cabeza durante tres días y la que llenó mis pensamientos con la cantidad de cosas que haría en ella. Miro las fotos millones de veces, me recreo en los detalles y, en algunas, me imagino haciendo actividades como bañándome en la piscina o simplemente cocinando la cena en la que yo ya llamo «mi cocina».

Miro con deleite esos ventanales y me dejo llevar por las millones de historias que me inspiraría un sitio así en un día de tormenta. ¿Curioso? Pero es que no es lo mismo una tormenta en el frío norte que en el cálido sur; no, señor, no lo es. Decidido: ese será el rincón para ponerme a escribir en invierno porque, mientras el clima me lo permita, escribiré fuera, tomando el

sol en cueros y haciendo honor a mi nombre, Eva.

Siempre he pensado que mi nombre debería estar relacionado con mi tendencia al naturismo, que no al nudismo porque, aunque lo pueda parecer, no son lo mismo. Yo soy natural al cien por cien en todos los contextos. Bueno o al menos lo intento. Yo soy yo y hace tiempo, mucho tiempo, que me da igual lo que los demás piensen.

En esos tres días, fui un poco más allá de la casa de mis sueños y me estuve informando un poco acerca de productos bancarios o de inversión. Me di cuenta de que setenta y ocho millones de euros es mucho dinero y que con él se pueden hacer muchas cosas. Aunque, a estas alturas de mi vida, yo solo quiero tranquilidad. Eso sí, mi huerta y mis gallinas no me las quita nadie y, por supuesto, a mí del amor que no me hablen. Y menos con tanto dinero, que seguro que cambio de estilo y solo se me arriman cazafortunas de esos que solo esperan exprimirte y, cuando lo logran, desaparecen de tu vida tan rápido como entraron.

El sexo de una noche hace tiempo que ya no me interesa porque al final te quedas más vacía de lo que estabas en un principio y, con el paso del tiempo, han dejado de interesarme también los hombres. Por lo menos esos que yo me encontraba a diario por la calle o en cualquier lugar. Al final me he acostumbrado a que no me vean y yo también he sacado partido a ser invisible: he dejado de arreglarme. Salvo cuando quedo con mi padre, eso sí; a él le gusta que sus hijas vayan hechas un pincel y, aunque ni mi hermana ni yo hemos salido lo finas que a él le hubiese gustado, al menos yo lo intento, simplemente para que él sea feliz.

Los hombres que no han dejado de interesarme son aquellos que mi amiga Megan describe en sus libros. ¡Madre mía!, si yo me tropezara con uno de esos, creo que tampoco acertaría a decir nada, por lo menos normal. Conociéndome y teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que hace que no estoy con alguien del sexo opuesto... ¡Ay, Jesús! Yo la lío seguro en plan

comedia americana y con ello llamo la atención de todo el lugar donde ocurra, porque así soy yo.

Y mira que me ha costado conocerme. Han sido años de dependencia en todos los sentidos para luego terminar dándome cuenta siempre de que los dependientes eran ellos y no yo. Pero su afán de quedar por encima hacía que quisieran anularme, y el mejor medio siempre es la dependencia económica. Esto es algo que va a cambiar. Aunque hayan pasado ya dos años desde que el cubano se fue para dejar mi vida seca y vacía en todos los sentidos y no haya conseguido más que trabajos esporádicos y puntuales —que me han permitido pasar los meses con menos pena, que no con gloria tampoco—, no me voy a agobiar. Tengo que salir adelante económicamente, y quizá sea éste el mejor momento para coger el toro por los cuernos y empezar a dedicarme a eso que siempre me salió tan natural desde niña y que una puñetera profesora se encargó de frustrarme en el instituto. El instituto, esa etapa de la vida en la que uno aún no sabe nada de sí mismo y se mueve por puro impulso natural. Por aquella época yo escribía ríos de tinta a mano, eso sí. Mis cuadernos estaban llenos de historias y hacía años ya, en el colegio, que había escrito un par de obras de teatro que más tarde fueron representadas en fin de curso. Como digo, volcaba sobre el papel cualquier emoción o sentimiento que pasaba por mi vida y, claro, eran tantos que me pasaba el día escribiendo. Hasta que un fatídico día en clase, la profesora me pilló escribiendo y no se le ocurrió nada mejor que leer en alto mi escrito, con la consiguiente burla de mis compañeros. Aquella mujer dejó mis sentimientos allí tirados delante de toda la clase, para mi vergüenza y sin motivo aparente. Así dejé de escribir y me dediqué a realizar montones de trabajos, cambiando de gremio como quien cambia de camisa, y sin encontrar lo que verdaderamente me llenara. Con los años descubrí que eso de los horarios y estar encerrada no va conmigo. Soy un espíritu libre, nací así y así moriré. No me gusta que me encasillen, huyo de la rutina en cualquiera de sus variedades y prefiero que mi vida tenga mucho color y acción. Adoro la luz del sol y cómo sus rayos penetran en mi piel y me

hacen sentir ese calor tan especial que solo él puede darme y que, en Bilbao, he sentido menos veces de las que yo quisiera.

En fin, ahora escribir se torna casi como el último recurso, pero he llevado tantos años sin hacerlo... Vuelvo a mirar las fotos de la casa en Conil que he visto por internet.

«Ese sí que sería un buen sitio para escribir un libro —pienso—, y más con la tranquilidad que deben dar setenta y ocho millones en el banco». Y aunque sé que la probabilidad es extremadamente pequeña, me vuelvo a dormir con aquella cifra que ronda mis sueños y los endulza mucho.

El jueves tres de septiembre amanece oscuro y lluvioso, presagiando que se han acabado ya los cuatro días de calor que hizo este verano y que no llegaron ni a calentar el agua de la piscina del barrio. Para qué probar en la playa si hay mucha más agua que calentar, ¿no?

Esa mañana me despierto bastante nerviosa, tanto que llamo a mis padres y a mi hermana para cerciorarme de que todo esté bien. Es como un presentimiento cargado de nostalgia. El zulo se me ha antojado más oscuro y extraño de lo normal. Me preparo el café y me siento a leer una de esas novelas que me permiten soñar con hombres que ni en mis mejores sueños he imaginado. Porque yo en el amor ya no creo. Pero el extraño nerviosismo no me deja concentrarme en la lectura, así que decido ir a dar un paseo para conectar un poco con la naturaleza. Me subo a mi sitio preferido, que es un mirador desde donde se ve toda la ciudad. Es una zona recreativa con columpios, aparatos para hacer ejercicio, caminos para hacer senderismo, mesas para ir a pasar el día y hasta baños.

Si bien, la zona del mirador está un poco más apartada de la recreativa, y yo procuro subir siempre cuando sé que hay menos gente, básicamente porque lo que busco allí es tranquilizarme, pensar o escuchar el silencio simplemente. Ese sonido hermoso del silencio, tan difícil de conseguir en mi barrio a ninguna hora del día.

Cuando ya he conseguido calmarme y hasta relajarme, me vuelvo a casa consciente de que el día tampoco da para mucho aire libre y, si sigo allí, cogeré una pulmonía. Paso el resto del día entre sándwich y novelas. Creo que, sin lugar a dudas, este verano se lleva la palma de libros leídos. Con el tiempo que ha hecho y mi economía, no había muchos más recursos.

Pero, hacia las nueve de la noche, comienzo a inquietarme de nuevo. La cifra, la casa y todo lo que he estado soñando días atrás, de pronto, se agolpan en mi cabeza sin dar cabida a nada más y, casi como un resorte, me levanto del sofá para darme cuenta de que tengo el cuerpo hecho polvo de las horas que he pasado tirada leyendo en ese incomodísimo mueble, que el cubano se encargó de dejar hecho un asco. Enciendo el ordenador y busco rápidamente en san Google el sorteo en línea. Quedan apenas cuarenta minutos para que dé comienzo. Abro mi Facebook y doy una ojeada al grupo de las «Guerreras Maxwell» y a otros grupos literarios en los que estoy incluida. Ya falta menos y con premura voy a buscar los números que tengo para el sorteo. 13, 24, 25, 32, 33, 38 y, como reintegro, el 6.

La miro, la remiro y la vuelvo a mirar, como si de mi escasa memoria dependiera que saliesen del bombo. Conectan con el sorteo y una presentadora de voz muy agradable, a la que no le veo la cara, dice con toda soltura que es el mayor bote que se haya dado jamás y que lleva no sé cuántas semanas subiendo. «¡Vaya! —pienso—, pues sí que se resiste a salir. Ya me estaba pareciendo a mí que era mucho dinero, sí».

Ahora, que se lo oigo decir a la presentadora, me vuelvo a marear con la cifra y... ¡ya salió la primera bolita! 25. «Bueno, por lo menos ya tengo uno», pienso. 32... «Dos», digo. 13... «¡Ay, madre, que tengo tres, y algo ya cobro seguro!», musité. 38... «¡Cuatro, tengo cuatro!», exclamé. 24... «Me da algo, me da ya y esto no espera», pienso. ¡33!... «¡Ay, Jesús bendito, la Virgen María y la madre que me parió! ¡No me lo puedo creer!», exclamé.

Veo que sacan otro número que dicen es el complementario por si tienes

cinco aciertos, para que cobres más, pero ¡seis!, ¡yo tengo seis aciertos! El corazón me late a veinte mil revoluciones por minuto y la cabeza me zumba de un modo extraño. Diría que estoy borracha si no fuera porque no he bebido. Me siento confundida, sin aún saber muy bien si esto me está pasando a mí o me he desbordado soltando la imaginación; mientras, el sorteo sigue su curso ajeno a lo que sucede ahora mismo en este zulo de este pequeño barrio de Bilbao. Y van a por el reintegro. Dice la presentadora de voz agradable que, para cobrar el bote, es imprescindible tener los seis números y el reintegro. Me agarro a la silla con todas las fuerzas de mi alma y, rezando a todo lo conocido y desconocido por que el dichoso numerito sea el.... ¡seis! Es el ¡seis! Me da algo, ¿qué hago? No sé qué hacer, estoy nerviosísima y me tiembla el pulso de una manera que soy casi incapaz de encenderme un cigarrillo. Me preparo un sucedáneo de martini mientras pienso que es el último que voy a servirme en este deprimente zulo. ¡Madre mía!, esto tengo que asimilarlo. ¡Soy la ganadora del mayor bote de la primitiva!

Al pensar esto, me doy cuenta de que no sé cuánto va a durar mi anonimato y, aunque me gustaría tener tiempo para poder digerirlo y, sobre todo, saborearlo, tengo la sensación de que tiempo es lo que menos voy a tener para reaccionar. Automáticamente pienso en «mi casa», esa a la que últimamente le he dedicado más horas de mis sueños que a Tom Cruise cuando yo era joven y él protagonizaba la película de *Top gun*, que es una de mis favoritas. Vale, tengo claro a dónde quiero llegar, pero ahora ¿qué hago?

Lo primero que se me ocurre es llamar a mi hermana, a la que los números se le dan siempre muy bien y es muy resuelta para cualquier tipo de situación. Espero que sea capaz de mantener la serenidad que a mí me está faltando ya.

—¿Tata? —le digo sin dejarle apenas descolgar—, ¿estás en casa?

—Pues claro, Eva ¿dónde coño voy a estar si me estás llamando a casa?  
—responde.

—Claro, es verdad. Perdona, es que estoy muy nerviosa; ha pasado algo...

—balbuceo sopesando si puedo darle esa noticia por teléfono.

—¿Que ha pasado algo? ¿Qué ha pasado?, ¿estás bien? —casi me grita.

—Sí, sí, yo... estoy bien, es solo que...

—Venga, Eva, que me estás matando, ¿qué pasa? —exige levantando el tono.

—No sé si puedo contártelo por teléfono y...

—Salgo para tu casa ahora mismo. —Corta sin dejarme terminar de hablar y me cuelga.

La verdad es que agradezco que venga porque, si yo tuviera que conducir ahora mismo con el tembleque que tengo... Decido fumarme un cigarro y centrarme en el sucedáneo de martini hasta que llegue mi hermana; mientras, pienso que voy a tener que amordazarla para poder contarle la noticia sin que grite y se entere todo el barrio.

¡Madre mía!, ¡me voy de aquí!, ¡me voy a Conil! Mi corazón late descontroladamente con una mezcla de emoción y miedo. Setenta y ocho millones de euros son una gran responsabilidad y la información que había estado absorbiendo en los días previos, me lo había hecho constar ya.

Vuelvo a repasar mis números con la combinación ganadora para cerciorarme, una vez más, de que es cierto. Soy yo, la ganadora del mayor bote de la primitiva soy yo.

**Fernanda Suárez.** Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Sobre Fernanda Suárez © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-47-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial